



HARLEQUIN
Romantic Novels

Deseo

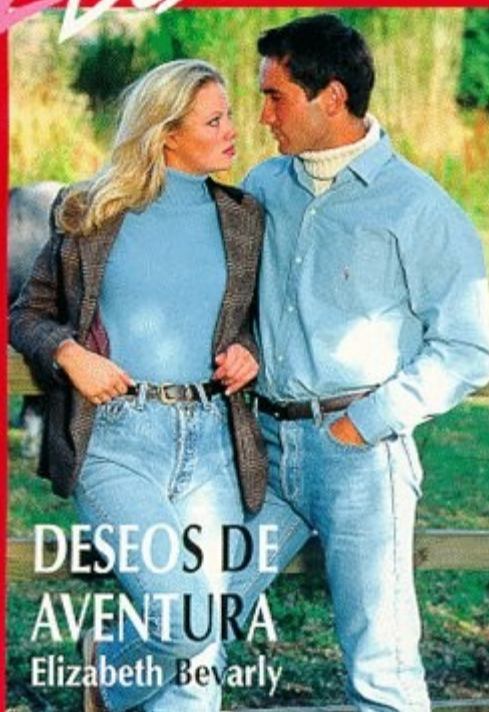


DESEOS DE
AVENTURA
Elizabeth Garly



HARLEQUIN®
Recrea el tiempo para ti™

Deseo



\$3.50 U.S.

DESEOS DE
AVENTURA
Elizabeth Bevarly

Deseos de aventura

Elizabeth Bevarly

Argumento

Angie Ellison acababa de casarse con un hombre misterioso en una boda dispuesta en apenas unos días. Estaba claro que las leyendas sobre el cometa que pasaba cada quince años sobre su ciudad eran ciertas... ¡afectaba extrañamente a todos los habitantes de Endicott! Esa debía ser la razón de que estuviese deseando llegar a la noche de bodas, aun teniendo por marido a un hombre poco modélico.

El agente infiltrado en la mafia Ethan Zorn no estaba interesado en esas tonterías de cometas, ni en una boda rápida, ni en quedarse en aquella ciudad de locos una vez hubiese resuelto su caso. Pero también sabía que no era el dichoso cometa lo que le hacía actuar como un recién casado enamorado. Era culpa de Angie...

Deseos de aventura (1999)

Título Original: *Bride of the bab boy* (1998)

Serie: **01 Bob, el cometa**

Editorial: Harlequin Ibérica

Sello / Colección: Deseo 824

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Ethan Zorn y Angie Ellison

Prólogo

–Me parece que le veo.

–¿Dónde?

–Allí arriba. En lo alto del sicómoro. Un poco a la izquierda de la luna. ¿Lo ves?

Angie Allison miró hacia donde su amiga Rosemary March le señalaba. Lo único que se veía era un bulto oscuro rodeado por la luz plateada de la luna, y un pequeño haz de luz que difería sólo ligeramente de las otras estrellas del cielo.

–¿Esa cosita? –Preguntó incrédula su amiga Kirby Connaught–. ¿Eso es Bob?

Rosemary asintió.

–Eso no es nada –contestó Angie, en un tono de desilusión que las niñas de quince años tienen muy bien estudiado–. Francamente, no me impresiona. Además, ¿qué tiene de especial? Al fin y al cabo no es más que una enorme bola gaseosa, ¿no?

Angie, Rosemary y Kirby estaban tumbadas contemplando el cielo en el fondo del amplio jardín de Angie, donde no había luz que pudiese impedir la contemplación de la cola del cometa. Eran las tres y cuarto de la mañana y estaban esperando tumbadas sobre la hierba a poder ver el cometa Bob, que se esperaba pasase por el cielo de Endicott, Indiana, exactamente a las tres y diecisiete.

Aquella noche de septiembre era calurosa, y la brisa apenas movía las hojas de los árboles. Bob, o más exactamente el Cometa Bob, se acercaba a la tierra de manera que los científicos no acertaban a explicarse cada quince de septiembre exacta y directamente sobre Endicott. La celebridad del cometa había crecido de tal modo que la pequeña ciudad de Indiana recibía la visita de científicos cada año que se marchaban invariablemente rascándose la cabeza y sin haber encontrado explicación.

Aunque habían empezado el colegio hacía ya tres semanas, la aparición de Bob, ausente desde el año del nacimiento de las chicas, y la consiguiente fiesta de bienvenida que se organizaba en el pueblo provocaba una fiesta decretada por el alcalde para trabajadores y estudiantes, de modo que todo el mundo pudiese ver tranquilamente a Bob.

Pero el cometa parecía tener otros planes aquel año. Aunque parecía acudir a la cita con prontitud según aquellos que tenían telescopios potentes, las nubes que cubrían el cielo aquella noche lo habían ocultado a la vista de la mayor parte de los observadores. Angie aguzó la vista mirando hacia la zona en que los astrónomos habían dicho que aparecería el cometa pero seguía sin ver nada,

aparte de un punto en el cielo.

–Me parece que se han equivocado –dijo Angie–. Bob no va a venir esta noche.

–Vendrá –contestó Kirby–. Han pasado quince años, y nunca ha faltado a la cita.

–No vendrá, ya está ahí –intervino Rosemary–. Bob está ahí, por encima del sicomoro.

Mirad bien.

El cometa Bob tenía un nombre mucho más formal, un nombre lleno de consonantes y con muy pocas e impronunciabiles vocales, pero daba igual. Bob era famoso por sí mismo y por varias razones: llegaba siempre a tiempo, podía verse a simple vista y Endicott se enriquecía con su explotación cada quince años.

Y además, estaban sus leyendas. Cualquiera que hubiera asistido en más de una ocasión a la llegada de Bob, sabía que era responsable de que ocurrieran toda clase de cosas. Hay quien decía que Bob causaba interferencias cósmicas que hacían que los Endicotianos, tanto nativos como de adopción, se comportasen de forma muy extraña. Otros creían que Bob les hacía ver fantasmas del pasado. Y luego estaban los que estaban convencidos de que Bob era responsable de crear relaciones amorosas entre personas que, de otro modo, ni siquiera se habrían mirado a la cara.

Y, aparte, estaban los deseos.

Entre la gente de Endicott se decía que si alguien nacía en el año del cometa y que si esa persona pedía un deseo cuando volviese a pasar, ese deseo se haría realidad en su siguiente visita. Angie no daba demasiado crédito a esas leyendas, pero Kirby evidentemente, sí.

–Oídmme, chicas: ¿vosotras creéis en lo que se dice de Bob y los deseos?

–¿El qué? ¿Lo de que se te cumplen si has nacido el año del cometa? –preguntó Angie.

–Sí. ¿Creéis que es cierto?

–Qué va –contestó Angie–. Los deseos no se hacen realidad ni con intervención cósmica ni sin ella.

–Es verdad, –corroboró Rosemary–. Yo no creo que nadie en Endicott haya conseguido lo que pidió.

–La señora Marx sí –respondió Kirby–. Me lo ha dicho ella. Nació un año en que Bob pasó por aquí, y a la siguiente ocasión le pidió un deseo y cuando cumplió treinta años, cuando Bob pasó por tercera vez, el deseo se le cumplió.

Angie y Rosemary se volvieron a mirarla, claramente interesadas porque les contase más.

–¿Y qué pidió? –preguntó Rosemary.

–La verdad es que no me lo ha dicho –confesó.

–Me lo imaginaba –dijo Angie.

–Pero me juró que se le había cumplido.

Rosemary hizo un gesto despectivo.

–Sí, y yo voy y me lo creo.

–Es que es verdad –insistió Kirby, pero como ninguna de sus amigas dijo nada, se volvió a seguir intentando localizar al cometa.

Angie hizo lo mismo. Le llamó la atención que el cielo sin luz estaba más oscuro que nunca. Alejadas de la luz como estaban, apenas podían verse más que las caras y los millones de estrellas que salpicaban el cielo. Angie intentó con todas sus fuerzas ver a Bob.

Y pensó–de nuevo en lo de los deseos.

–Bueno, nosotras hemos nacido en el año del cometa, ¿verdad? –dijo, retomando lo que su amiga Kirby había dicho. Si lo pidierais, ¿qué pedirías?

Hubo un momento de silencio entre las tres amigas y después Rosemary, que era siempre la más habladora, intervino:

–Yo pediría que a ese idiota de Willis Random alguien le diera lo que se merece.

Willis era el compañero de Rosemary en el laboratorio de química, cuyo objetivo en el vida parecía ser hacerle la vida imposible a ella. A Rosemary nunca le había gustado demasiado la ciencia y Willis había iniciado una campaña para reprenderla y, en general, darle la lata por su falta de interés en el campo científico que él había elegido como campo de estudio.

Angie asintió. El deseo de Rosemary le parecía adecuado.

–¿Y tú, Kirby? –le preguntó a su otra amiga.

Kirby emitió un silbido largo.

–Yo pediría... –su voz se perdió lentamente y cuando Angie estaba a punto de volver a hablar, dijo–: yo pediría un amor verdadero. Uno de esos amores para siempre. De éstos que hay en los libros y en las películas antiguas.

La vida de Kirby transcurría entre ir al colegio y ocuparse de su madre inválida, lo cual no le dejaba tiempo alguno para actividades sociales o deportivas, y la mayoría de los chicos de Endicott la consideraban demasiado buena como para invitarla a salir, así que su deseo de que alguien pudiese venir a hacer su vida más romántica no le sorprendía.

–Esa clase de amor no existe –contestó Rosemary.

–Sí que existe –objetó Kirby.

–No –replicó Rosemary inmediatamente–. No existe.

–Claro que sí –contestó Kirby con la misma vehemencia.

Sabiendo que las dos eran capaces de estar discutiendo del tema toda la noche, decidió cortar:

–Lo averiguaremos dentro de quince años.

–Lo dudo –murmuró Rosemary.

–¿Y tú, Angie? Si pudieras pedir un deseo, ¿qué pedirías?

–Sí, ¿qué pedirías? –insistió Rosemary.

–¿Yo? Pues... no sé. Supongo que yo pediría que algo... o alguien excitante llegase a esta estúpida ciudad.

–Eso es –coreó Rosemary–. Algo o alguien excitante. No hay problema –se apoyó en un codo para poder mirar a su amiga

–Angie –le explicó pacientemente–, esto es Endicott. Nada excitante ocurre jamás en este pueblo. Ni siquiera Bob puede hacer ese milagro.

–Bueno, pues eso sería lo que me gustaría que ocurriese.

–Muy bien. ¿Has oído eso, Bob? –gritó Rosemary al cielo–. Mi amiga, Angie Ellison, quiere que algo o alguien excitante vengan a Endicott la próxima vez que tú tengas que pasar por aquí. Apúntalo, ¿eh?

Y mucho más arriba, en el cielo negro de Endicott, Indiana, Bob parpadeó al pasar directamente sobre sus cabezas antes de tomar de nuevo dirección al sol. Ya volvería.

Exactamente al cabo de quince años.

Capítulo Uno

Angie Ellison no podía creer que estaba haciendo lo que estaba haciendo. Era peligroso.

Era inmoral. Era ilegal. Y estaba mal. Pero era su única oportunidad para salvar la forma de vida de su padre, y puede que incluso su propia vida.

Se agachó tras un arbusto en flor y tuvo que llevarse un dedo a la nariz para no estornudar y después miró a la ventana de la habitación de Ethan Zorn. Al menos, eso esperaba ella: que fuese su dormitorio. Había estado en la casa sólo en dos ocasiones. La primera mientras estaba aún en el instituto, con un viaje cultural a lo que entonces se conocía como Statelty Randall House, y la segunda la semana anterior, cuando se había hecho pasar por una representante de Junebug Cosmetic para poder echar un vistazo.

En la primera Ocasión, Ethan Zorn ni siquiera vivía en Indiana y su espectro no había amenazado aún a la familia de Angie. En la segunda ocasión, mucho más reciente, el ilustre señor Zorn, que regentaba lo que ahora era la Casa de Huéspedes Randall, no estaba en casa.

Por supuesto, antes de levantar el enorme llamador de cobre de la puerta, ella ya lo sabía. Lo contrario habría interferido en sus planes. De modo que, una vez dentro, abrió su maleta de muestras para que la viera la casera, fingió un repentino dolor de estómago y salió corriendo al baño... donde se las arregló para hacer algunos sonidos bastante convincentes, recordó con orgullo.

El ama de llaves había corrido a la cocina para traerle un vaso de agua y un antiácido, momento que Angie había aprovechado para escabullirse escaleras arriba y echar un vistazo. Y según recordaba, aquella ventana era la de su dormitorio. Al menos, eso esperaba porque era ahí donde tenía intención de entrar.

Un rizo húmedo y rubio se escapó de la gorra negra de béisbol puesta del revés e intentó sin éxito apartar el tirabuzón que se empeñaba en pegársele a la frente. Estaba bastante incómoda con aquella camiseta negra de manga larga y vaqueros negros también, con el calor que hacía.

El mes de septiembre en Indiana podía ser más o menos como el de julio en la selva del Amazonas. El aire era opresivo y cargado de humedad, pero había tenido que ponerse algo que cubriera su pelo rubio y su piel clara. De otro modo habría reflejado la luz de la luna mejor que si fuese un espejo.

Se levantó despacio y fue rodeando la gran casa de ladrillo, las deportivas silenciosas sobre la hierba y su respiración un tanto alterada. De pronto pensó que podría haber un sistema de alarma que

le complicase las cosas, pero inmediatamente descartó la posibilidad.

La gente en Endicott dejaba hasta las puertas abiertas, así que ni siquiera un tipo como Ethan Zorn tendría que preocuparse por alguien que pudiese entrar sin haber sido invitado.

Esas cosas no pasaban en Endicott.

Ni siquiera a los mañosos.

Así que Angie decidió que tenía el cincuenta por ciento de posibilidades de salir con bien de todo aquello, mejores en cualquier caso de las que tendría su familia si no conseguía demostrar que Ethan Zorn era el saco de basura que ella sabía que era.

Al acercarse a una ventana, le llegó el sonido de una música: los *Conciettos de Brandenburgo*. Habría reconocido aquellos compases en cualquier lugar. Angie se había graduado en música, lo cual no le había servido prácticamente de nada para su carrera de periodismo. Seguía trabajando para el *Endicott Examiner*, y aun trabajando para un periódico como ése, no había conseguido una primera página. Y no es que trabajar como periodista de investigación estuviese mal. El problema era que en Endicott jamás pasaba nada; jamás había un crimen o alguna otra cosa de ese tipo que pudiese hacer más interesante su trabajo.

Ojalá aquella escapada le sirviese, además de para ayudar a su familia, para tener una buena historia que contar. Y además Marlene, la editora del *Examine* tendría que recompensarla por su integridad periodística y sus agallas. Puede que incluso llegasen a vender su historia a otros periódicos. Y se imaginó su nombre en la portada del *New York Times*.

Claro que, después de aquello, todos los mañosos sabrían dónde encontrarla. ¿Estaría haciendo lo correcto? La música se paró en aquel momento y ya no tuvo tiempo de pensar más. Se pegó a la pared fría de ladrillo de la casa para esconderse en una sombra. No tenía que dejarse vencer por el miedo. Ethan Zorn seguía fuera de la ciudad. Lo sabía porque había llamado a su amiga Rosemary que trabajaba en una agencia de viajes y que le debía más favores de los que podría pagarle en toda su vida. Había sido ella quien le había dado su itinerario, así que debía haber sido el ama de llaves quien había apagado la música.

Angie se aventuró a asomarse a la ventana. Efectivamente se trataba de la dulce señora MacNamara, que andaba tocando los mandos del estéreo, y no dejó de hacerlo hasta que consiguió sintonizar la emisora de la clase de comunicación del instituto. Y con el bum bum de la música de Nina Hagen, la señora MacNamara se sentó en una mecedora junto al piano y retomó su labor de ganchillo.

«Es ese condenado cometa», se dijo Angie. Faltaba semana y media para que pasase directamente sobre sus cabezas, y ya todo el mundo andaba haciendo cosas que no habría hecho nunca de otro modo.

Como por ejemplo colarse en una casa, pensó mientras se agachaba para pasar por la ventana. Como arriesgarse a despertar la ira de un asesino como Ethan Zorn para salvaguardar a su familia.

La verdad es que no podía estar segura de que Ethan Zorn hubiese matado a alguien.

Simplemente lo daba por hecho, teniendo en cuenta su línea de actuación. Los mañosos se pasaban la vida matando gente, ¿no? O al menos, contratando a otros para que lo hagan. En Endicott nunca, hasta la llegada del señor Zorn, habían tenido problemas con actividades ilegales. Pero ahora las cosas habían cambiado. Un poco. Ojalá pudiera identificar esas actividades. Al fin y al cabo, era periodista de investigación.

Fue rodeando la casa en silencio y cuando se aseguró de que la señora MacNamara era la única persona que había en la casa, volvió bajo la ventana del dormitorio. A la luz del día, no le había parecido que un segundo piso estuviera tan alto, pero al mirar en la oscuridad, la ventana le pareció estar francamente alta.

Respiró profundamente y el aire caliente de septiembre le llenó los pulmones. No tenía otra opción. Además, la bajada del canalón quedaba justo bajo la ventana del dormitorio, de modo que le era imposible resistirse.

Agarrándose al canalón con una mano de guante negro, puso el pie en el espacio entre los ladrillos y se impulsó hacia arriba. Sin pausa pero sin prisa, aferrándose a los ladrillos y al canalón, fue subiendo por la pared del edificio con la excitante sensación de ser la heroína de un cómic.

Pero fue precisamente al llegar a la ventana cuando el pánico clavó en ella sus garras.

Porque se dio cuenta de que en el fondo, esperaba que la ventana estuviese cerrada y que pudiera desistir de aquel absurdo plan con un suspiro de alivio, pero, desgraciadamente, la ventana no sólo no tenía el pestillo echado, sino que estaba abierta de par en par. Iba a ser facilísimo colarse en la casa de Ethan Zorn.

Maldición.

Con un suspiro final, se apoyó en el alféizar y se coló dentro.

Ethan Zorn detuvo su coche, un modelo inhumana y caro, delante de su casa alquilada mientras se juraba que, aunque su vida dependiera de ello, la próxima vez tomaría un avión.

Era demasiado estresante, demasiado impredecible, demasiado

plebeyo y estaba demasiado saturado.

Hubo un tiempo, se recordó a sí mismo, en el que le encantaban las multitudes y lo impredecible, para no hablar de comportarse como un plebeyo. Pero nunca le había preocupado en demasía el estrés. Era curioso como, en los últimos tiempos, había conseguido eliminar de su vida todo lo que le gustaba y dejar solamente lo que siempre había odiado. O quizás no fuese tan divertido, pensó frunciendo el ceño.

Apartó todas aquellas preocupaciones al abrir la puerta del coche, bajó y estiró la espalda antes de sacar la cartera y el portatrazes. Las dos cosas parecían ser sus eternos compañeros aquellos días, y casi sin darse cuenta reparó en que empezaban a mostrar signos de cansancio y uso.

Casi como él. Pero es que, en su misma línea de trabajo, los hombres no duraban demasiado.

Tras cerrar la puerta del coche con el pie, Ethan activó la alarma, preguntándose al tiempo por qué lo hacía. Su nuevo cuartel general, ya que no le parecía que la pequeña ciudad de Endicott pudiese ser su casa, le parecía un lugar lleno de gente decente. Pero estaba acostumbrado a tener ojos en la espalda.

Las llaves le tintinearón en el bolsillo al subir las escaleras del porche, y cuando iba a meterla en la cerradura, decidió probar primero. Abierta. Otra vez. Iba a tener que tener una charla seria con la señora MacNamara.

La señora MacNamara había vivido siempre en Endicott, así que le resultaba muy difícil asimilar que había gente mala por el mundo. Endicott era el corazón y el alma del centro oeste de Norteamérica, un lugar donde los deseos aún podían hacerse realidad.

Era casi risible la ingenuidad y la bendita ignorancia de las gentes de aquella ciudad. Si la gente se imaginara lo que él estaba haciendo de verdad en aquella ciudad, recogerían a sus niños y a sus perros y saldrían corriendo como alma que lleva el diablo.

Afortunadamente para Ethan, había borrado bien su rastro. Pero es que eso era algo esencial en su trabajo: un error podía costarle la vida.

La puerta principal se abrió con un agradable crujido y una música de rock duro le asaltó, y siguiéndole hasta el salón, se encontró a la señora MacNamara dormida profundamente con su labor sobre las rodillas mientras los altavoces casi saltaban sobre las estanterías con el martilleo de un bajo. Se acercó al equipo y lo apagó, y el glorioso silencio despertó a la mujer.

—Ah... Hola, señor Zorn. Llegas pronto. No le esperaba hasta mañana por la noche.

Ethan se pasó una mano pesadamente por la cara.

–He terminado antes de lo previsto. ¿Todo va bien?

–Tan bien como puede ir con Bob en el horizonte.

Así que ella también creía en todas esas tonterías del cometa. Era lo único que encontraba inquietante en Endicott: la histeria del cometa que parecía estar afectando a todo el mundo. En las dos semanas que llevaba allí, habían culpado al cometa absolutamente de todo, desde animales perdidos hasta de la lentitud del servicio de correos. Y cada vez que los ciudadanos hacían alguna estupidez, desde adelantar con el coche en zona prohibida hasta acostarse con la mujer del vecino, le echaban convenientemente la culpa a Bob.

–Bien –dijo Ethan para cortar la conversación sobre el cometa antes de que pudiese ir más lejos. Estaba demasiado cansado para hablar con ella de lo de la puerta principal, así que decidió irse a dormir–. Me voy a mi habitación.

La señora MacNamara asintió. –Yo también. Desde que Bob apareció en el horizonte, me he quedado sin energía.

Claro. Su falta de energía no podía tener nada que ver con el hecho de que estuviera a punto de cumplir ochenta años, ni con el hecho de que recientemente hubiese tenido que hacerse cargo de su nieto de catorce años, que era casi un delincuente. No podían ser ésos los motivos. Tenía que ser el condenado cometa.

–Hasta mañana, señora Mack se despidió. Esperó a que su ama de llaves se hubiese marchado para quitarse la americana del traje y mover los hombros y el cuello para intentar suavizar la tensión que la pistolera le ejercía en la espalda. Su enorme pistola MAC-10

había viajado desmontada en el equipaje que había facturado en el avión, pero en cuanto había recogido su maleta en la cinta del aeropuerto, había entrado en el lavabo más cercano para ensamblarla de nuevo y ponerla en su funda. Se sentía demasiado vulnerable sin ella.

Tras aflojarse la corbata de seda de Valentino, se echó la chaqueta sobre el hombro, recogió su cartera y subió a su habitación. Mientras subía las escaleras, se cambió de mano la cartera y fue desabrochándose los botones de la camisa para sacársela de los pantalones.

Comodidad. Eso era todo lo que deseaba en aquel momento: comodidad y tranquilidad.

Hizo una pausa fuera del dormitorio para quitarse los zapatos Gucci y estaba a punto de entrar y dar la luz cuando oyó un ruido raro y suave al fondo, en la oscuridad: el crujido de los muelles del colchón. Alguien estaba en su habitación, en su propia cama.

Dio un paso hacia atrás y dejó todo lo que traía en el suelo, sin

hacer ruido, antes de sacar la pistola y quitarle el seguro. El aire de la noche se volvió sofocante y se secó el sudor que humedecía su labio superior. Entonces encendió la luz.

Cuando la lámpara se iluminó, Ethan ocupó el hueco de la puerta con los pies bien plantados en el suelo, las rodillas algo flexionadas y los brazos extendidos al frente, pistola en mano.

Pero lo que él no se esperaba era encontrarse con una rubia bajita vestida completamente de negro, de pie sobre la cama y una pila de almohadas para poder llegar a un cuadro de Moby Dick que colgaba más arriba del cabecero. La chica se dio la vuelta rápidamente por la sorpresa y perdió el equilibrio, cayendo sentada en el centro del colchón.

Cuando vio a Ethan apuntándole con la pistola, se cubrió la boca con ambas manos como si quisiera ahogar un grito. Tenía los ojos abiertos de par en par pero no emitió ningún sonido. Parecía temblar de pies a cabeza y su pecho subía erráticamente.

Instintivamente Ethan supo que había entrado en su casa no para hacerle daño, sino por alguna otra razón que él no podía ni imaginar. Aunque llevaba sólo dos semanas viviendo en Endicott, no recordaba haber visto antes a aquella mujer, porque de lo contrario, la recordaría, sin duda. Especialmente teniendo unos ojos como aquellos.

Una rubia de ojos castaños. Siempre había sentido algo especial por las rubias de ojos castaños. Qué suerte encontrarse con una en la cama.

Cuando se dio cuenta de lo asustada que estaba de él, reparó en lo que tenía en las manos y sonrió, pero sujetó la pistola aún con más fuerza para asustarla todavía más, de modo que estuviera más dispuesta a contestar a sus preguntas, y se acercó a ella tras cerrar la puerta con el pie, echar la llave y lanzarla al otro extremo de la puerta.

Sin dejar de taparse la boca, la vio mirar primero hacia la chimenea y después a la ventana abierta. Era evidente que estaba sopesando sus posibles vías de escape, pero no iba a dejarla escapar con tanta facilidad. Quizás con ninguna.

Dio unos cuantos pasos más hacia la cama y ella se quitó por fin las manos de la boca, pero aun así no emitió ningún sonido ni se movió de la cama.

Cuando Ethan se acercó a ella, se dio cuenta de que era aún más pequeña de lo que le había parecido en un principio, y se preguntó qué demonios haría entrando en la casa de un hombre de dos veces su talla y su peso. Debía gustarle vivir peligrosamente, así que peligro era exactamente lo que le iba a hacer sentir.

Se mantuvo completamente inmóvil mientras él se acercaba. Primero le llamó la atención el rizo rubio que se escapaba de su gorra de béisbol puesta del revés; después bajó poco a poco, deteniéndose primero en sus ojos, luego en su boca y después en su cuerpo.

–Bueno, bueno, bueno... –dijo, una vez hubo completado el inventario. La mujer retrocedió hasta pegar la espalda al cabecero de la cama, y él sonrió de nuevo, manteniendo el arma apuntándola–. ¿Quién ha estado durmiendo en mi cama? –se preguntó en voz alta–.

Y lo que es peor: ¿por qué está todavía aquí?

«Vaya por Dios», pensó Angie. Esta vez sí que se había metido en un buen lío. Al mirar a los ojos a aquel hombre de mirada letal, que siempre era mejor que mirar a la reluciente pistola que apuntaba contra su pecho, se preguntó qué iba a hacer.

La verdad es que no habría estado de más que hubiese preparado una ruta de escape por si se daba el caso de que Ethan Zorn la descubría, pero es que le había parecido poco probable que eso ocurriera. Por otro lado, si lo intentaba con ahínco, podía convencerse de que Zorn no amenazaba con dispararle. De ser así, no habría cerrado la puerta con llave, porque eso sólo habría servido como impedimento a la hora de deshacerse de su cuerpo.

Además, si hubiera planeado dispararla, ya lo habría hecho, así que cabía la posibilidad de que lo de la pistola fuese un numerito con el que asustar a la gente.

Y en lo que se refería a ella, había funcionado.

–No irás a atarme, ¿verdad?

Había hecho la pregunta sin darse cuenta de lo que estaba diciendo, y cerró los ojos.

«Eres idiota, Angie», se dijo. ¿Por qué demonios le había hecho esa pregunta?

Cuando volvió a abrirlos, se encontró con que Ethan Zorn la estaba mirando con una ceja arqueada.

–¿Es que quieres que lo haga?

En lugar de decir cualquier otra cosa que pudiese hacerla parecer tan idiota como se sentía, Angie apretó los dientes y cerró la boca.

–Supongo que podría encontrar alguna cuerda por la casa –sonrió–. Quiero decir, si eso es importante para ti. Aunque claro –añadió, y su sonrisa se hizo lasciva–, puede que te gustase más si utilizase algunas de mis corbatas. Son de seda, ¿sabes? Supongo que no te dejarían marcas.

Angie siguió mirándolo, incapaz de articular palabra.

–Bueno, puede que en otra ocasión –dijo, como lamentando que su respuesta no hubiese sido entusiasta–. Si no estás aquí para llevarte

algunas baratijas, ¿podrías decirme qué estás haciendo en mi habitación?

Angie no encontró, no *podía* encontrar nada que contestar.

–¿Y bien? –insistió él.

Por fin recuperó la voz. No fue más que un graznido, así, pero por lo menos pudo decir:

–¿Y bien, qué?

Él movió un poco el arma, indicándole sin necesidad de palabras que ella sabía bien a qué se estaba refiriendo.

Angie se encogió de hombros y fingió no comprender, en la esperanza de que alguna intervención divina o médica le ofreciera la oportunidad de escapar. Porque, tal y como le latía el corazón, estaba a punto de sufrir un ataque, que siempre sería mejor que un disparo.

Ethan Zorn la miró con curiosidad.

–Estoy esperando una explicación, Ricitos de Oro –le dijo, con el acento de buen colegio que tanto intimida en el noreste del país–. ¿Qué estás haciendo en mi casa... y en mi cama, para ser exactos? ¿Es que se te han enfriado las gachas y quieres caldear un poco las cosas?

Por un instante, en lo único que Angie pensó fue en que Ethan Zorn tenía los ojos castaños más profundos y benevolentes que había visto en toda su vida. Como los de la madre de Bambi. Incluso podrían pasar por los del propio Bambi. Pero entonces recordó que era un asesino. Casi seguro que lo era. Y los asesinos no tienen ojos de Bambi.

–Ah, ¿es que ésta es tu casa? –preguntó, fingiendo sorpresa e intentando ganar tiempo.

El no se tragó su confusión.

–Uno de mis empleados la ha alquilado para el tiempo que duren mis negocios aquí, sí.

Ella miró a su alrededor como si viese la habitación por primera vez y se dio una sonora palmada en la frente.

–Dios mío, cómo lo siento. Pensé que ésta era la casa de Bumper Shaugnessy.

Conocerás a Bumper, ¿verdad?

Ethan Zorn siguió estudiándola y no contestó. Angie tampoco dijo nada. Cada minuto que pasase podía acercarla a la portada d,d *Examiner*.

–Pues no –contestó él al final–. No he tenido el placer de conocer a Bumper.

–Pero si todo el mundo en Endicott le conoce –contestó, fingiendo sorpresa–. Desde aquel incidente con la Reina del Maíz de Indiana, en la feria de Madison. De eso sí que habrás oído hablar, ¿no?

El hombre siguió mirándola fijamente.

–Pues no. Me temo que eso también me lo he perdido.

–Fue una historia increíble –dijo Angie, haciendo un gesto con la mano–. Te va a encantar. Verás, lo que ocurrió fue que Boomer salía con la hermana gemela de Dierdre, Daphne, pero la Reina del Maíz era Dierdre, claro y él no se dio cuenta de que...

–¿Quién eres?

Angie parpadeó varias veces y de nuevo se sintió agujereada por la mirada de Zorn.

–Soy Angie –contestó–. Angie Ellison.

Él estaba confuso.

–¿Por qué estás en mi casa, de noche, vestida de negro, como si pretendieses...

digamos... robar?

Una vez más tuvo la extraña sensación de que el hombre sentado a su lado, el mismo hombre que blandía un arma y que era una amenaza para su familia, tenía un interior de bollo de crema.

–Ya te lo he dicho –contestó, forzando las palabras a salir de la boca que, de pronto, se le había quedado seca–. Creía que ésta era la casa de Bumper Shaugnessy.

–No, no. Lo siento, cariño, pero eso no me lo trago –con un movimiento rápido y hábil, apuntó hacia el techo, cargó el arma, y cuando el sonido metálico se desvaneció, volvió a apuntar a Angie con ella–. Vamos a preguntártelo otra vez: ¿quién eres y qué estás haciendo en mi casa?

–Soy Angie –repitió–. Angie Elli...

–El nombre lo he entendido bien a la primera, preciosa. Lo que pasa es que no lo reconozco–. Supongo que no querrás obligarme a hacer algo que no quiero tener que hacer,

¿verdad?

Angie contuvo la respiración e intentó encontrar algo con lo que poder explicar su presencia allí.

–Es que... yo... ¿me creerías si te dijera que he venido a traerle a tu casera unos productos que me encargó la semana pasada de Junebug Cosmetics?

Ethan contestó que no con la cabeza.

–Pues me temo que no. Prueba con otra cosa.

Angie se mordió el labio.

–Mm... ¿me creerías si te dijera que trabajo para el *Bug's Burger Extermination*? En *Bug's* pensamos que el único bicho bueno es el bicho muerto, y que tenemos razones para creer que una rara especie de cucaracha trepadora está infectando tus paredes?

Él volvió a responder que no con la cabeza, muy despacio.

–No.

Angie lo intentó una vez más.

–¿Me creerías si te dijera que... que te admiro desde hace tiempo y que quería conocerte?

Con la última ocurrencia consiguió, por lo menos, arrancarle una sonrisa, pero era decididamente lasciva y Angie se preguntó si la última respuesta había sido muy inteligente.

–Aunque creo que me gusta la idea de ser admirado por alguien –empezó–, hay algo que me dice que ésa tampoco es la razón. Tres intentos, Ricitos de Oro –añadió, apuntando con firmeza–. Y a no ser que quieras intentarlo una vez más y decirme la verdad, ya te puedes ir despidiendo.

Capítulo Dos

Ethan Zorn llevaba mucho tiempo metido en aquel mundo, y hasta aquel momento había conocido unas cuantas personas que podrían calificarse de *peculiares*. Manny el Carnicero, por ejemplo. Y Dos Dedos Xick, Joey el Navaja, Lenny el Salvaje... pero nunca había conocido a alguien como Angie Ellison. Angie *El Ángel* Ellison, la bautizó. Aquel nombre encajaba con ella. Había algo en su persona que sugería una existencia superior, unos valores más elevados. Además de ser hermosa de una forma que sólo podría describir como etérea... sí, ese adjetivo le iba a las mil maravillas, había en ella un aura de inocencia y beatitud inconfundible. Y aunque en aquella ciudad todo el mundo parecía ser inocente al extremo, esa inocencia parecía alcanzar cotas distintas en aquella mujer.

Ojalá supiese quién demonios era y qué diablos estaba haciendo allí.

Debería estar aterrorizada, pensó. Él era dos veces ella, estaba armado y había cerrado la puerta de la habitación con llave. Es más, debía estar pensando que iba a matarla. Cualquier otra mujer se habría quedado muda de espanto, pero Angie Ellison estaba flirteando con él.

¡Flirteando! Era la única forma que se le ocurría de interpretar su mirada, su timbre de voz, el modo en que jugaba con las palabras. Sí, estaba intentando salvar su vida... no hacía falta ser un genio para darse cuenta de ello, pero es que lo estaba haciendo de una forma tan...

tan... inocente que le estaba poniendo los pelos de punta.

Podía atribuir aquel aparente candor al hecho de que fuese nativa de Endicott. Si algo había aprendido en el tiempo que llevaba viviendo allí era que la gente de aquella comunidad vivían una especie de era Eisenhower era que había vaciado sus vidas de cualquier contacto con la vida real. Aún festejaban el Día de los Fundadores, tenían un festival de calabazas y en él se celebraba un Baile de los Enamorados. Increíble, ¿no?

Vivir en Endicott era como estar atrapado para siempre en una película de Hayley Mills.

Y de ahí que Angie Ellison no pudiese seguramente apreciar lo precario de su situación, por lo que Ethan iba a verse en la necesidad de meter más presión.

—Ángel —empezó.

—Angie —le corrigió ella rápidamente.

—Ángel —repitió él—, sólo hay dos maneras de que salgamos de aquí.

Ella arqueó las cejas con curiosidad, como si de verdad estuviese

interesada en lo que él iba a sugerir. Hasta podrían haber estado tomando el té, a juzgar por la preocupación que demostraba.

–Para empezar, sé que no has confundido mi casa con la de ese tal Boomer...

–Bumper –le interrumpió–. Bumper Shaugnessy.

–Como sea –contestó, y sintió que el arma perdía ligeramente el blanco, pero no se molestó en corregirla–. No sé por qué estás aquí, pero estoy seguro de que tiene que ver conmigo.

Ella se inclinó ligeramente hacia delante.

–¿Y tu nombre es...?

–Zorn –contestó, tras observarla pensativo un instante–. Ethan Zorn.

Ella asintió, pero parecía más concentrada en los movimientos de su boca que en lo que estaba diciendo. Él sonrió. Aquello se estaba poniendo francamente interesante.

–Es un placer conocerte –le dijo ella, y hasta parecía verdaderamente satisfecha de conocerle–. ¿Estás de visita en Endicott, o tienes familia por aquí?

–Lo que esté haciendo aquí, Ángel...

–Angie.

–Ángel, no es asunto tuyo. Sin embargo –continuó rápidamente cuando vio que iba a volver a corregirlo–, lo que *tú* estés haciendo en *mi* casa, sí que es asunto mío, sobre todo porque sigues evitando mi pregunta.

–No la estoy evitando –protestó–. Sólo pretendía mantener una conversación educada.

–Gracias, pero preferiría encontrarle el sentido a esta situación.

Se acercó más a ella, hasta que sus muslos se rozaron, y entonces le quitó la gorra negra y la tiró al suelo. Un torrente de cabello rubio y plata cayó hasta sus hombros en sueltas espirales, y ella contuvo la respiración por la sorpresa, a lo que él contestó con su sonrisa más siniestra antes de tomar unos mechones de pelo en la mano para enrollárselos en el puño.

No tenía ningún deseo de ponerse desagradable. Angie Ellison parecía una persona agradable, y él siempre intentaba no tener que utilizar la fuerza con esa clase de personas.

Desgraciadamente, en su trabajo la rudeza era casi uno de los primeros requerimientos que se veía obligado a utilizar. Ojalá aquél no terminase por ser uno de aquellos casos.

–Te lo voy a preguntar una vez más –dijo, intentando no prestar atención a la suavidad de su pelo y al aroma a flores de primavera que le había rodeado al quitarle la gorra–: ¿qué estás haciendo en mi casa?

La suerte estaba echada, pensó Angie. O lo que quiera que se dijese en esas películas de gángster que solía ver en el Roxy cuando era pequeña. Ethan Zorn estaba empezando a impacientarse, y aunque no estaba segura de lo que la impaciencia podía empujar a hacer a los gángsters, lo más probable era que no tuviese buenas consecuencias para ella.

Y su sospecha se vio confirmada cuando él le tiró del pelo hacia atrás y apoyó el cañón de la pistola en la garganta.

–Contéstame –insistió.

Su corazón se lanzó a latir desesperadamente al sentir el metal frío y duro en la piel. Así no era como se había imaginado que saliera todo aquello, y cuando él volvió a tirarle del pelo, más fuerte esta vez, por fin empezó a comprender en dónde se había metido.

–Por favor... –le pidió con suavidad–. Me... me estás haciendo daño.

Para mortificación suya, los ojos se le llenaron de lágrimas, más como resultado del miedo que del dolor físico, y se mordió con fuerza un labio para evitar que cayeran. No quería que aquel hombre la viese llorar. Llorar era un signo de debilidad, y no quería aparecer débil ante Ethan Zorn.

Él aflojó un poco el tirón del pelo al ver sus lágrimas, y su expresión pareció suavizarse.

Era curioso que un gángster pudiera parecer sentir remordimientos por algo tan simple como las lágrimas de una mujer. Tras un momento, Ethan Zorn apartó la pistola, le puso el seguro, y volvió a guardarla en la pistolera, pero siguió con un puñado de su pelo en la mano, acariciándolo entre el pulgar y el índice, casi como si hubiese descubierto algo parecido a un talismán mágico.

–Voy a darte una última oportunidad –le dijo en voz baja, pero sin la amenaza que había contenido antes.

–De acuerdo –cedió; había comprendido que no iba a dejarla marchar hasta que no contestase a sus preguntas–. Como ya te he dicho, me llamo Angie Ellison, y... y trabajo para el *Endicot Examiner*.

–¿El periódico? –preguntó, sorprendido.

Ella asintió.

–He entrado aquí a sabiendas de que era tu casa.

Él la miró pensativo un instante.

–¿Por qué?

Angie tragó saliva y lo miró a los ojos, sorprendida una vez más por la profundidad de la inteligencia y de la emoción que tan claramente brillaba en ellos. De nuevo parecía lamentar haberle hecho daño.

–Porque sé quién eres –le dijo.

Él sonrió.

–¿Y quién soy?

El corazón de Angie latió más deprisa.

–Eres Ethan Zorn, y... y trabajas para la mafia.

Su única reacción ante la acusación fue un ligero oscurecimiento de sus ojos. De no haber estado tan cerca de él como estaba, le habría pasado desapercibido, y por un instante pareció sorprendido de su astucia, pero un segundo después, pareció también divertido.

–¿La mafia? –repitió con una sonrisa-. ¿Es eso lo que piensas?

–Es lo que sé.

–Ángel, he de admitir que tienes una imaginación muy activa.

–Me llamo *Angie*– le corrigió, irritada. Con arma o sin arma, la irritaba que la llamase Ángel con aquel tono demasiado familiar que usaba-. Y sé que trabajas para la mafia –

continuó-, así que no te molestes en negarlo, porque lo sé.

Él negó con la cabeza.

–Trabajo para la Cokely Chemical Corporation –le dijo-, y estoy aquí en visita de trabajo, que durará varias semanas. Intento abrir unas cuantas cuentas nuevas.

–Ya –le desafió, ahora que él parecía haberse relajado un poco-. Y Cokely envía siempre a sus ejecutivos con armas como ésa, ¿verdad? Supongo que es para garantizarse que consiguen todos los clientes que se proponga, ¿verdad?

Él miró su arma y luego a Angie.

–Los ejecutivos que viajamos mucho somos objetivos fáciles –contestó-. No me gusta estar desprevenido.

–O puede que nunca sepas cuándo vas a tener que hacer callar a una periodista fisgona, ¿verdad?

–¿Hacer callar a una periodista fisgona? –repitió, sonriendo-. Ángel, has visto demasiadas películas de Humphrey Bogart. Soy un vendedor de la Cokely Chemical Corporation, y nada más.

–Ésa es tu tapadera –dijo, asintiendo enérgicamente, y recordó demasiado tarde que él seguía sujetando su pelo-. Mira, mi padre es propietario de una empresa farmacéutica, y todavía no lo has llamado. ¿Podrías explicarme por qué un ejecutivo de una gran empresa farmacéutica lleva dos semanas en la ciudad y todavía no se ha puesto en contacto con la empresa que podría ser la más lucrativa? La empresa de mi padre debería haber sido tu primera visita, así que no tiene sentido. Tú no trabajas para Cokely.

–Muy bien: imaginemos por un momento que no trabajo para

Cokely. ¿Cómo has llegado a la conclusión, a partir de ahí, de que trabajo para la mafia?

—Tengo mis fuentes.

—Ya. Pues evidentemente Cokely no es una de ellas. Si te hubieses molestado en llamarlos, te habrían dicho que llevo años en su nómina.

—Eso es exactamente lo que me dijeron —le confirmó—, pero como ya te he dicho, tengo otras fuentes. Y además, podrías simplemente haber contratado a alguien en el departamento de personal para que corroborase tu empleo en Cokely, si alguien preguntase por él.

Ethan Zorn la miró durante un largo momento y después soltó su pelo. Sin hablar, se levantó de la cama, caminó hasta la mesa y sacó un sobre blanco y grande de uno de los cajones. Después se sacó la cartera del bolsillo, la abrió y la lanzó sobre el colchón, seguida del contenido del sobre.

—Mis credenciales —dijo—. Lee todo lo que quieras. Angie lo miró con desconfianza, pero no iba a desaprovechar aquella oportunidad, así que, con sumo cuidado, como si estuviese manejando una bomba, escogió su cartera e inspeccionó su carné de conducir.

Pennsylvania. Su dirección era de Philadelphia, una calle y un número que no significaban nada para ella, pero lo memorizó inmediatamente para poder verificarlo a la mañana siguiente.

Unas cuantas tarjetas de crédito estaban guardadas en las aberturas a tal efecto, y las inspeccionó cuidadosamente una a una. En todas ellas figuraba el mismo nombre: Etahn Zorn. Con un poco más de osadía, fue a mirar en el compartimiento del dinero, pero al final decidió mirarle primero para pedirle autorización.

—Adelante —le dijo él.

Abrió las solapas reservadas a los billetes, y reparó en el hecho de que estaban perfectamente colocados de mayor a menor, y todos ellos con la cara del presidente hacia delante. Muy concienzudo. Trescientos setenta y ocho dólares. ¿Qué clase de persona llevaba todo ese dinero en la cartera? La respuesta le llegó de inmediato: un mafioso. Lo miró, y volvió a encontrarle sonriendo.

—No me gusta usar cheques de viaje —le dijo, siguiendo su línea de pensamiento.

—¿Por qué no? ¿Porque pueden localizarse?

—Las tarjetas de crédito también pueden localizarse —replicó.

—Sí, pero sólo si se usan —dijo—. ¿Quién dice que éstas no sean sólo para enseñar?

Él cabeceó despacio. La creía una idiota.

—Digamos que no me gusta que conozcan mi nombre por todas partes.

–Una persona muy celosa de su intimidad, ¿no?

–Digamos que sí.

–Ya. Pero tengo la sensación de que no utilizas cheques de viaje, ni tarjetas de crédito, por otra razón completamente distinta.

Él suspiró.

–¿Y qué razón puede ser?

–Pues que estés fichado.

El se echó a reír, pero el sonido de su risa resultó demasiado seco y nada persuasivo.

–¿Y qué iba a hacer un mafioso como yo en un lugar como éste?

Angie lo miró a los ojos con lo que esperó que él comprendiera como determinación.

–Meter tus sucias manos en el negocio de mi padre.

Su sonrisa fue suficiente e indulgente, la clase de sonrisa que una madre le dedicaría a su niño de dos años que se empeña en no respirar por enésima vez.

–Ya. ¿Y por qué iba yo a querer meter las manos en el negocio de tu padre?

–Pues para que tú y tu mafia podáis... blanquear el dinero de vuestros negocios sucios.

Aquello le valió una auténtica carcajada.

–Tienes que estar de broma.

–No te molestes en negarlo –replicó, irritada–. Sé que ésa es la razón de que estés aquí.

–Ángel, estoy aquí para expandir el negocio de Cokely, eso es todo. Esta ciudad está perfectamente situada para llegar desde ella a las comunidades más pequeñas de tres estados –tras una breve pausa, añadió–: Dices que tu padre es el dueño de una industria farmacéutica. ¿Podrías darle mi tarjeta?

–Muy gracioso.

–Estoy hablando en serio. Necesito aquí toda la ayuda que puede conseguir. Además, Cokely podría ofrecerle un acuerdo mucho más ventajoso que su proveedor actual.

–Gracias, pero mi padre no hace negocios con criminales.

Ethan Zorn cabeceó lentamente e hizo un gesto hacia los documentos del sobre.

–¿Quieres echarle un vistazo a todo eso? Soy exactamente quien digo ser. Confía en mí.

«Sí, sí...», se dijo Angie. El último tipo que le había pedido que confiase en él había pretendido tumbarla en el asiento delantero del coche en poco menos de treinta segundos.

Afortunadamente para ella, le había plantado la rodilla en sus

partes casi sin esfuerzo. Pero algo le decía que Ethan Zorn estaría mucho más preparado para esa maniobra, si es que ella se viese en la necesidad de intentarlo.

Entonces miró los diferentes documentos, en variados tamaños y colores, que se amontonaban sobre el colchón. Una identificación de Cokely que parecía ser auténtica, varios pedidos, mapas de Endicott y de sus alrededores, invitaciones de la cámara de comercio, incluso una carta de la alcaldesa de Endicott invitándolo a visitar la ciudad.

Pero aunque todo aquello parecía indicar que Ethan Zorn no era nada más que un ejecutivo comercial de Cokely Chemical Corporation, Angie seguía sin tenerlas todas consigo. Tal y como le había dicho antes, tenía sus fuentes, además de las indagaciones que había hecho por su cuenta y de las razones personales que le empujaban a creer que era exactamente quien le había acusado de ser.

–¿Satisfecha? –le preguntó cuando volvió a levantar los ojos.

Angie volvió a meter sus credenciales en el sobre, evitando mirarlo.

–No –le dijo sin más–. No es difícil falsificar todas estas cosas.

–¿De verdad crees que falsificaría hasta la carta de la alcaldesa?

Ella se encogió de hombros.

–Puede ser.

–Entonces, ¿por qué no la llamas y averiguas si se ha puesto en contacto conmigo para hablarme de la industria local?

–Puede que lo haga.

–Mira, Angie Ellison... –empezó, pero de pronto se detuvo y un segundo después fue él quien se golpeó en la frente con la palma de la mano. Ojalá su intento anterior hubiese resultado más convincente que aquél.

–Un momento –dijo–. Claro, ahora caigo. ¿Dices que te apellidas Ellison?

Ella asintió.

–Ellison Pharmaceuticals –dijo–. Voy a verlos el viernes.

–Llevas en Endicott más de dos semanas, ¿y es ahora cuando vas a ver a mi padre?

La pregunta pareció dejarle sin respuesta un instante, pero lo disimuló admirablemente.

–Tenía un montón de trabajo preliminar que hacer. Además, he tenido que volver unos días a Philadelphia. De hecho, acabo de volver de allí.

–Ya.

En lugar de contestar, le tendió la mano como si estuviese haciendo algo tan inocente como invitarla a salir de un coche. Y Angie

lo miró detenidamente por primera vez.

Tenía la camisa abierta sobre un pecho ancho y cubierto de un vello oscuro que desaparecía más allá de la línea de los pantalones. Tenía unas piernas largas, y a pesar de que los pantalones eran amplios, su impresión era que estaban muy bien formadas. Los antebrazos que las mangas subidas dejaban al descubierto eran un prodigio de músculos y venas, y sus manos... Angie contuvo un suspiro. ¿Quién habría sospechado que un asesino pudiese tener unas manos tan sexy como aquellas?

Una ola de calor la invadió al procesar la información que había recabado sobre su físico. Tenía la cara de un ángel... de un ángel caído, eso sí, pero no menos ángel por ello.

No tenía la clase de rostro que generalmente se asocia con un gángster. Sus ojos oscuros eran soñadores y hermosos, la nariz recta e intacta es decir, que nunca se la habían roto en una pelea. Los labios carnosos y muy masculinos y su boca quedaba centrada en el paréntesis que hasta entonces siempre había asociado con las estrellas de cine. Las pestañas eran densas e incluso más negras que el pelo, y la mandíbula firme y bien definida.

Y como colofón, la ropa italiana que vestía con descuido y su mirada seductora le hacían merecedor de la portada de cualquier revista masculina. No había forma alguna de que pudieran convencerla de que aquel hombre era un representante comercial. Con todo el debido respeto a los agentes comerciales, aquel hombre era demasiado... demasiado...

Demasiado.

Pero el problema era que, ahora que había hablado personalmente con él, tampoco le parecía un mafioso. ¿Podría haberse equivocado sobre él? ¿Podrían haberse equivocado también sus fuentes?

Seguía de pie frente a ella, ofreciéndole la mano, y sin tan siquiera pensar en lo que estaba haciendo, Angie colocó su mano en la de él. Inmediatamente, Ethan la cerró, y su mano quedó completamente engullida. Su piel era cálida y áspera, su mano confiada y posesiva, y a Angie se le ocurrió pensar que aquel hombre podría conseguir cualquier cosa que se propusiera en aquel mundo.

–Gracias –murmuró cuando él tiró ligeramente.

La ayudó a levantarse de la cama, pero mientras que ella se hubiese detenido en cuanto sus pies tocaron el suelo, Ethan Zorn siguió tirando de ella hacia delante hasta que colisionó con su pecho.

–Vaya... –susurró él, sujetándole ambas manos a la espalda.

–¿Te importa? –dijo ella, intentando soltarse.

–En absoluto –contestó él, apretándola con más fuerza.

–No me refería a esto –protestó, pero él siguió sujetándola.

–Has sido tú quien se ha metido en mi cama –puntualizó–, y lo único que estoy haciendo es llevar las cosas a su conclusión más lógica. ¿No crees que es normal que piense que estás tan interesada en algo así como lo pueda estar yo? Además, me has dicho que has estado admirándome de lejos, y la verdad, un trabajo en el que se viaja tanto como en el mío a veces resulta demasiado solitario.

Ella dejó se moverse y lo miró con el ceño fruncido.

–No hay conclusión lógica alguna –replicó–. Ni te he estado admirando desde lejos, ni me importa lo solo que puedas sentirte.

–Pero antes has dicho que me habías admirado desde....

–Te mentí, ¿vale? Además, me dijiste que no te lo habías creído.

Él inclinó la cabeza para acercarse más a ella y murmuró:

–Pues he cambiado de opinión. No me pareces una mentirosa.

Angie prefirió ignorar el comentario.

–Y yo no me he metido en tu cama.

Él ladeó la cabeza y arqueó las cejas, y Angie supuso que le debía al menos una explicación.

–Me he *subido* en tu cama –le clarificó–. Hay una gran diferencia.

–A mí me parece que no –replicó, y ladeó un poco la cabeza como si fuese a besarla–.

¿Estás segura de que no quieres que te ate? –le preguntó.

El corazón de Angie volvió a dispararse, y envió sangre a partes de su cuerpo que no necesitaban ya más calor. Estaba sintiendo su respiración en la frente, y sus brazos alrededor del cuerpo con una familiaridad extraña. Era como si hubiesen estado abrazándola toda la vida. Y cuando llegó a la cuna de sus nalgas, sólo pudo dejarle hacer, preguntándose cómo sería si aquella familiaridad fuese real.

Que Dios la ayudase, porque aquel hombre la había excitado como nunca: completa e irrevocablemente. Estaba respondiendo con un deseo visceral y hambriento a un hombre que, aunque fuese increíblemente sexy en una forma de macho que ninguna mujer que se respetase lo bastante admitiría encontrar atractiva, tan pronto estaba dispuesto a matarla como a hacerle el amor.

Tenía que empezar a salir más... eso era todo. –No –le aseguró, recordando casi a medias su pregunta. Dios, menudos ojos.

–¿No, que no quieres que te ate? –le preguntó con suavidad–, ¿O no, que no estás segura? Porque si es eso, Ángel, creo que deberíamos...

–No, no quiero que me ates –le interrumpió, aunque casi no se convenció ni a sí misma–.

Y me llamo Angie, no Ángel.

El sonrió, pero no hizo concesión alguna. –Como tú quieras. Quizás en otra ocasión.

Pero siguió sin soltarla. Y por un momento, Angie ni siquiera se debatió para soltarse, ni insistió en que la soltara, sino que se quedó así, sintiendo sus brazos alrededor, deseando en el fondo que de verdad fuese el agente comercial que decía ser, y que ella fuese la directora de la Cámara de Comercio de Endicott.

Porque en ese caso podría hacer algo que su parte más oscura y delirante deseaba hacer diciéndose que era sólo por el bien de la comunidad, que era algo que crearía puestos de trabajo e impulsaría la economía local.

Y entonces fue cuando se le ocurrió pensar que quizás el mito de Bob debía tener algo de cierto. Había presenciado por sí misma el hecho de que el cometa hiciera hacer y decir a los demás cosas que nunca harían o dirían en circunstancias normales, pero en aquel momento y por ridículo que pudiera parecer, estaba empezando a creer en esa otra parte del mito que decía que Bob era capaz de crear relaciones amorosas entre personas que normalmente nunca se sentirían atraídas la una por la otra.

Maldito cometa.

Mientras Angie estaba todavía dándole vueltas a todo aquello, Ethan Zorn inclinó aún más la cabeza para apoyar su frente en la de ella.

–¿Sabes? –murmuró, y su voz fue una cálida caricia–, debería llamar a la policía y que te arrestasen por irrumpir en mi casa.

Sin poder evitarlo, Angie ladeó también la cabeza de modo que sus bocas quedaron a punto de rozarse.

–Pero no vas a hacerlo –suspiró–, porque estás relacionado con la mafia y no quieres tener nada que ver con la policía, lo mismo que yo. Ni siquiera con la policía local.

–No –susurró–. No voy a llamarles porque no quiero perder el tiempo.

–Ya. Ésa es tu excusa.

–Para no llamarlos, puede, pero para esto, no tengo excusa.

Y Ethan Zorn la besó.

Angie respondió instintivamente, sin pensar, ladeando la cabeza y enredando las manos en su pelo. Por un instante de irreflexión, sucumbió a las sensaciones en lugar de ante la razón, y en aquel instante único, fueron ellas quienes gobernaron su vida.

Un calor líquido y perezoso recorrió su cuerpo, llegando a todas partes, hirviendo por sus venas para transformarse en vapor abrasador en su corazón. Sus labios apenas la rozaban, una y otra vez, pero

Angie sentía la repercusión de esa caricia en lo más profundo de su alma, y lo único que pudo hacer fue maravillarse de que un hombre pudiese ser tan tierno y tan delicado.

Ethan estaba demasiado ocupado disfrutando de aquel beso como para preocuparse de nada, especialmente de qué le había empujado a besar a Angie el Ángel de aquella manera.

Aunque en el fondo sabía que estaba cometiendo la mayor de las estupideces, sencillamente no era capaz de ponerle fin. Le había respondido de una forma distinta a todas las demás mujeres, abriéndose a él completamente, confiando en que hiciese lo correcto.

«Bastardo», se insultó. «No deberías estarte aprovechando de una chica como ésta».

Pero su conciencia se negó a sentirse culpable, limitándose a recordarse que Angie el Ángel había aparecido en su cama y que no estaba lo que se dice pataleando y gritando para que la soltase, ¿no?

De todas forma, se obligó a separarse de ella antes de que las cosas pudieran llegar a desbocarse. La vio parpadear varias veces y ajustar su mirada a la realidad. Esperaba que se enfadase, que se sintiera ultrajada por lo que había hecho, pero sorprendentemente, parecía desilusionada porque se hubiera detenido, aunque no dijo nada que pudiera ayudarlo a confirmar ninguna de las dos cosas.

–Sí, puede que la próxima vez podamos probar con lo de la corbata –dijo con suavidad–, pero por ahora... –hizo una pausa y volvió a acercarse a ella para trazar su labio inferior con el pulgar–, por ahora creo que primero deberíamos conocernos un poco mejor.

Angie Ellison sólo pudo mirarlo hipnotizada un momento y después la vio asentir levemente.

–Tengo que irme –dijo al fin, casi como si hubiesen salido en una cita en lugar de haberse conocido gracias a un allanamiento de morada y a una acusación de mañoso.

Ethan asintió.

–Te llamaré.

Angie volvió a asentir.

–De acuerdo.

Atravesó la habitación en absoluto silencio hacia donde él había tirado antes la llave, pero en lugar de utilizarla, volvió a salir por la ventana. Pero antes de desaparecer, miró brevemente a Ethan y él habría vendido su alma, la poca que le quedaba ya, por saber qué pensaba. Si estaba tan sólo la mitad de aturdido que él, no sería buena idea que se descolgase de la ventana de un segundo piso.

Pero antes de que pudiera detenerla, y con una agilidad que le sorprendió, dio media vuelta y se descolgó por la pared, dejándole en

medio de la habitación preguntándose si todo aquello no habría sido un sueño.

Apenas había prestado atención a las historias que circulaban por Endicott acerca del bueno de Bob, y de las cosas que, por su intervención, la gente llegaba a hacer. Cosas que de otro modo no haría ni en un millón de años. No había dado crédito a todas aquellas habladurías, pero en aquel instante empezó a preguntarse si no habría algo de verdad en todas ellas.

Porque, por más que lo intentase, no podía encontrar una sola razón lógica que pudiera explicar el hecho de que hubiera besado a Angie Ellison, periodista metomentodo, hija del hombre al que había ido a controlar, mujer decente y ciudadana notable. Era casi como si besándola hubiese pretendido salvarla de la perdición eterna. Si sus superiores llegaban a enterarse de aquello, lo decapitarían. Pero de todas las ideas que abarrotaban la cabeza de Ethan, había una que seguía dando vueltas con alarmante regularidad: ¿cómo podía haberse enterado de que estaba allí precisamente a instancias de la mafia, y que había llegado a Endicott para analizar el negocio farmacéutico de su padre y el potencial que podía tener para expandir su negocio?

Capítulo Tres

Angie se despertó a la mañana siguiente con una extraña sensación de bienestar. La almohada y el colchón le parecían mucho más confortables de lo que nunca le habían parecido, y las sábanas de algodón parecían haberse vuelto de seda. Una brisa sutil, empapada del olor a césped recién cortado y al sol de otoño, movía suavemente las cortinas de la ventana que quedaba sobre el cabecero de su cama y un petirrojo cantaba alegremente muy cerca de allí. El patio del colegio que quedaba al otro lado de la calle estaba lleno de niños que reían, y una suave música de jazz le llegaba desde la ventana de un apartamento vecino.

Qué forma tan deliciosa de despertare, pensó al estirar los brazos por encima de la cabeza. Y qué día tan maravilloso. Brillaba el sol, el aire era cálido, los niños reían, los pájaros cantaban y... y ella había besado a un gángster la noche anterior.

Darse cuenta de ello fue como una explosión dentro de su cabeza. Se quedó a medio estirar, abrió los ojos de par en par y con una agonizante claridad volvió a ver ante sus ojos todo lo ocurrido, culminando con aquel único y delirante beso.

«Dios mío, ¿qué he hecho?», se preguntó apretando los ojos e intentando inútilmente hundirse en el colchón. ¿De verdad le había dejado besarla? Es más, ¿de verdad le había besado ella también? Y... y ¿había llegado a insinuar que le gustaría que la atase?

Angie gimió y se tapó los ojos con las manos. Lo había echado todo a perder. Además de quedar en el más absoluto ridículo, Ethan Zorn estaba ya avisado y no daría ni un solo paso en falso.

Pretendía confiscar la empresa de su padre para la mafia. Según había sabido, su intención era poner a su padre en dique seco, incluso a toda la familia si era necesario, para poder apoderarse de Ellison Pharmaceuticals con sus sucias manos. Y ella le había besado.

Había besado a un hombre que debía saber más del beso de la muerte que de besos de pasión. Además, no se conocían. ¿Qué pensaría de ella?

«Ethan Zorn es un criminal», se recordó. ¿Por qué preocuparse de lo que un hombre así pudiera pensar de su moralidad?

Pero el problema no era sólo lo que había hecho, sino el hecho de haberlo disfrutado tanto. Angie gimió en voz alta. Tenía que ser el maldito cometa. Todo era culpa de Bob. En circunstancias normales, un hombre como Ethan Zorn no habría despertado jamás su interés, y si lo intentaba con ahínco, podía llegar a creer que era Bob la razón de que hubiese sucumbido ante un criminal la noche anterior. El único problema era que una parte de sí misma seguía empeñada en recordar

lo que había sentido entre sus brazos, envuelta como en un capullo. Recordó la fuerza de los brazos que la rodearon, el suave contacto de sus labios, los latidos erráticos de su corazón y el calor que había sentido por todo el cuerpo.

Gimió una tercera vez. ¿Cómo un hombre tan malvado podía haberla hecho sentir tan bien?

–No pienses más en ello, Angie –se dijo en voz alta.

«Sí, claro», se respondió. «Tan fácil como chasquear los dedos. Besa a un tipo con las manos y el capó del coche manchados de sangre y, después, olvídale. Sí. Eso es. Fácil».

Se levantó de la cama, se duchó y se vistió rápidamente para ir a trabajar. Decidió vestirse de forma más o menos profesional, con unos pantalones beige anchos y una blusa sin mangas color coral. Antes de salir, sacó una americana también beige del armario por si después refrescaba. Nunca se sabía lo que podía ocurrir en el mes de septiembre de Indiana.

Y viviendo junto al río, era imposible predecir el tiempo.

Al pasar por la cocina, sacó un par de galletas integrales de una caja en el armario, y aún llevaba una entre los dientes cuando salió por la puerta principal. Entonces, al volverse hacia los ascensores, fue cuando le vio. Ethan Zorn la estaba esperando.

La galleta que llevaba en la boca se volvió de serrín, y aunque tragó, se le quedó atascada a medio camino del esófago. Volvió a tragar, varias veces, y con cierta dificultad, consiguió por fin hacerla bajar. Después, se guardó lo que le quedaba en el bolsillo del pantalón.

Aunque el instinto le dijo que lo que debía hacer era volver a entrar en su apartamento y atrincherarse en el salón con los cuatro muebles que tenía, se quedó de pie delante de la puerta e intentó no asustarse. Pero Ethan Zorn la miraba desde un poco más allá, su postura indiferente, su mirada indescifrable.

Estaba apoyado contra la pared de al lado del ascensor, las manos guardadas en los bolsillos de su pantalón gris marengo. Llevaba la americana desabrochada sobre una camisa blanquísima y una corbata de seda con dibujos geométricos en azules suaves, granates y verdes. Se había afeitado, y una extraña desilusión se apoderó por un segundo de ella.

Estaba tan adorablemente duro, tan maravillosamente imperfecto con aquella sombra oscureciendo sus rasgos... Recién afeitado resultaba casi demasiado atractivo.

Casi.

Pero en su mirada seguía brillando el rescoldo del pendenciero, del

seductor, del criminal. Se estaba riendo de ella. Angie estaba convencida de que era el objeto de un chiste personal del que estaba disfrutando inmensamente, y eso le hizo fruncir el ceño.

«Representante de farmacia... ja!» Mientras hacía la carrera, había trabajado a tiempo parcial como dependienta en una tienda de ropa de caballero, así que conocía el *prêt-à-porter* masculino mejor que el femenino. Ethan Zorn debía recibir jugosas comisiones si se podía permitir llevar trajes de doscientos dólares y corbatas de la mitad. También había visto el cochecito rojo que llevaba, y no conocía ninguna empresa del planeta que equipara a sus vendedores con Porsches rojos.

–¿Qué haces aquí? –le preguntó, sin importarle un comino parecer grosera–. ¿Cómo has averiguado dónde vivo?

Él se apartó de la pared y se acercó a ella.

–Utilizando un librito que he encontrado encima de la nevera de mi casa. La guía de teléfonos. No sé si habrás oído hablar de ella.

Muy bien. Se había ganado una respuesta así.

–¿Me estás siguiendo? –le preguntó.

El sonrió.

–Todavía no. Aún no has ido a ninguna parte.

Ella elevó al cielo la mirada.

–¿Has *planeado* seguirme?

Él se encogió de hombros.

–Depende de adonde vayas.

–Voy a trabajar.

–¿Quieres que te lleve?

–No.

–¿Te parecería bien que cenásemos juntos esta noche?

–No puedo –dijo. Esperaba haber rechazado su invitación con el suficiente aire de desinterés, a pesar de que el corazón le estaba dando saltos en el pecho.

–¿Por qué no?

Ella sonrió.

–Es que ya tengo una cita para cenar.

Ethan se acercó más y la clavó al suelo con la mirada.

–Cáncélala.

Su descaro le hizo arquear las cejas.

–¿Cómo dices?

Sacó las manos de los bolsillos y apoyó una en la cadera y otra en la pared junto a la cabeza de Angie antes de acercarse a ella aún más, demasiado como para sentirse cómoda.

–Cáncélala –repitió con suavidad.

Su audacia le hizo dar un paso hacia atrás, lo que sólo le sirvió para golpearse la cabeza con la pared. Con tanta fuerza que hizo una mueca de dolor.

–Eres persistente, ¿sabías? –comentó mientras se frotaba la cabeza.

–Eso dice todo el mundo. ¿A qué hora te recojo?

–No voy a ir a cenar contigo. Ni esta noche ni nunca. Yo no como con criminales.

–De acuerdo –dijo–. Cenaremos en mi casa. Casi nadie sabe lo buen cocinero que soy.

¿Qué te parecería a las... siete?

Y esperó en silencio su respuesta, sin hacer nada más que mirar su boca como si tuviese algo pensado para ella. Ojala dejase de mirarla de esa forma, no sólo porque le hiciese sentir toda clase de cosquillas en el estómago, sino porque estaba suscitando imágenes en ella que no debería contemplar, independientemente de quién fuese él.

–¿Por qué has venido? –le preguntó de nuevo. Era increíble que su voz hasta pareciese normal.

Él suspiró profundamente.

–Quería asegurarme de que estabas bien –dijo–. Que habías llegado bien a tu casa anoche –y dudó un instante antes de añadir–: una mujer que vive sola debe extremar las precauciones.

–¿Es una amenaza? –preguntó, mirándolo a los ojos.

–No, Ángel. Es simplemente un hecho.

Su estómago pareció arder en llamas al oír el sobrenombre que había elegido para ella.

–No me llames así –le dijo, pero su voz carecía de convicción.

–¿Por qué no? ¿Porque no eres un ángel?

Tragó saliva de nuevo. La galleta ahora parecía de cemento.

–Siempre soy clara como el cristal –replicó.

Él se echó a reír, y su carcajada fue un sonido profundo y redondo que parecía provenir de un lugar oscuro de su interior.

–Eso sí que me lo creo –dijo, y con la mano que tenía apoyada en la cadera, rozó sus labios–. Y es una pena.

La caricia de sus dedos le fue casi insoportable. Sus ojos se cerraron un instante y como por voluntad propia y después, muy despacio, volvieron a abrirse.

–¿Una pena para ti –le preguntó, casi sin respiración–, o para mí?

La miró fijamente antes de contestar:

–Puede que para ambos.

Angie echó la cabeza hacia atrás para escapar de la sutil seducción de sus dedos... y volvió a golpearse con la puerta.

–Ay –murmuró, frotándose de nuevo con la mano–. ¿Quieres hacer

el favor de marcharte y dejarme en paz?

Y una vez más, él sonrió, y su sonrisa caldeó en ella lugares que no tenían por qué estar caldeados.

–Me iré, al menos por ahora –dijo, y retrocedió un paso–. Pero no creo que vaya a ser capaz de dejarte en paz.

Angie hubiera querido ser capaz de contestar algo a eso, pero no se le ocurrió ni una sola respuesta inteligente. Bueno, ni inteligente ni estúpida. Lo único que pudo hacer fue verlo alejarse en silencio.

Y lo único que pudo pensar fue «gracias a Dios que no vas a dejarme en paz. Temía tener que pasar sola por las idioteces que el dichoso cometa me está empujando a hacer».

Rosemary estaba ya sentada en su mesa habitual al fondo del Maple Leaf Café cuando Angie entró aquella tarde. No vio a Kirby, lo cual debía significar que su otra amiga llegaba aún más tarde que ella. Menos mal. Sería más fácil desviar la conversación a algún tema inocuo teniendo sólo a una persona como interlocutor. Con un poco de suerte, para cuando Kirby llegase, el nombre de Ethan Zorn no habría sido mencionado ni una sola vez.

Rosemary la saludó un tanto ausente cuando se sentó, y una camarera apareció inmediatamente para tomar nota de lo que quería tomar. Pidió lo de siempre y automáticamente escogió cinco sobres de azúcar del cuenco que había sobre la mesa para agitarlos en preparación de la vuelta de la camarera. Pero cuando volvió, no le traía lo de siempre.

–Stephanie –la llamó, sujetándola por un brazo y mirando con desconfianza el líquido marrón–. ¿Qué es este... potingue que me has traído?

Stephanie se encogió de hombros.

–Lo de siempre: zumo de melocotón y limonada con un toque de angostura y un chorrito de Jack Daniel's.

Angie contuvo una arcada.

–Eso no es lo de siempre.

Stephanie se dio una palmada en la frente.

–Ay va, tienes razón. Eso es lo que toma Tippy Brody –retiró la copa de la mesa–. De verdad te digo que Bob me tiene la cabeza loca. Llevo una semana que no doy pie con bola.

–Qué me vas a contar a mí –contestó Angie–. Yo, sin ir más lejos, entré anoche en una casa sin permiso.

–Ése es mi Bob –contestó Stephanie, puntuando la observación con la risa y un gesto negligente de la mano–. Es un bromista.

–Muy gracioso, sí.

La camarera suspiró.

–Debo haberle llevado a Tippy tu té helado. Te traeré uno nuevo.

–Gracias.

Una vez Angie tuvo su bebida delante, le añadió el azúcar a su gusto y miró a Rosemary con una sonrisa.

–He oído decir en la redacción que tu viejo compañero de laboratorio, Willis Random, ha vuelto a la ciudad.

Rosemary levantó la cara y sus rizos cortos se movieron al ritmo del gesto.

–Sí, ha vuelto –dijo enfadada–. Ahora es astrofísico con un montón de premios, lo cual no me sorprende en absoluto. Ha venido a estudiar a Bob –y tras un instante, añadió–: y para hacerme la vida imposible.

–¿Qué pinta tiene? ¿Sigue teniendo la cara redonda como una pizza?

La expresión de Rosemary cambió, pero Angie no fue capaz de interpretar lo que salía de sus ojos.

–Ojalá.

Cuando su amiga no elaboró más la respuesta y se lanzó a despedazar un panecillo de la cesta con más vigor del necesario, Angie insistió:

–¿Yeso?

Rosemary le clavó primero la mirada y después el cuchillo en el panecillo para untarle mantequilla. Pero cuando fue a extenderla sobre la blanca superficie, accidentalmente rompió el panecillo por la mitad al clavarle el cuchillo.

–¿Qué? –ladró.

–Pues que me cuentes, Rosemary. ¿Qué pasa con Willis?

Rosemary siguió empalando el panecillo.

–¿Aparte del hecho de que me ha visto en ropa interior, quieres decir?

Angie se quedó boquiabierta.

–¿Que Willis Random te ha visto en ropa interior?

–No quiero hablar de ello.

Angie estaba a punto de insistir cuando Kirby llegó a la mesa con un paso brusco y algo desigual. Los mechones de su pelo liso y rubio le rozaron los hombros al volverse a mirar por encima del hombro con gesto preocupado, casi como si los perros del infierno vinieran dándole caza. Ella también parecía fuera de su estado normal y Angie no supo bien cómo interpretarlo.

–Hola, Kirb –la saludó–, ¿qué hay de nuevo?

Kirby se dejó caer sobre la silla, abrió el menú y su mirada lo recorrió de principio a fin antes de volver a dejarlo sobre la mesa.

–Nada –dijo con frialdad–. Siento llegar tarde.

Angie miró a Rosemary con curiosidad, pero su otra amiga se encogió de hombros para indicar que tampoco comprendía el comportamiento de Kirby.

Tras un momento de extraño silencio, fue Rosemary quien habló:

–Ahora que las dos estáis aquí, tengo un chismorreo que contaros. ¿Queréis oírlo?

Angie y Kirby asintieron, y la expresión de Rosemary se llenó de picardía.

–Ser agente de viajes por fin me ha reportado algo interesante. ¿Sabéis quién ha reservado habitaciones en la ciudad? ¿A que no sabéis quién va a venir al festival del cometa? Nunca os lo podríais imaginar.

–¿Quién? –preguntó Angie.

–¿A que no lo adivinas?

–Dame una pista.

–Es una celebridad internacional. Un playboy con una malísima reputación. Es rico, famoso, guapo, excéntrico y astrónomo aficionado. Nunca os lo podríais imaginar. Ni en un millón de...

–James Nash.

Rosemary miró a Kirby boquiabierta y a Angie, confusa.

–¿Y cómo sabes que James está aquí? –preguntó Rosemary.

–Está aquí –fue todo lo que Kirby contestó.

–¿Le has visto? –preguntó Angie–. ¿Has visto a James Nash en carne y hueso?

Para algunos, habría sido como volver a ver a Elvis.

–No sólo le he visto, sino que me lo han presentado –afirmó Kirby, mirando el menú en lugar de a sus amigas.

–¿Qué te lo han presentado? Repitieron las dos al unísono.

Kirby asintió.

–¿Y? –insistió Angie.

–¿Y qué?

Angie suspiró impaciente.

–¡Pues que nos cuentes los detalles más jugosos, mujer!

Kirby la miró frunciendo el ceño.

–Me ha visto desnuda, ¿vale? ¿Es eso bastante jugoso para ti?

Las dos mujeres la miraron boquiabiertas.

–¿Que James Nash te ha visto desnuda? Pero Kirby, ningún hombre de Endicott te ha visto desnuda –y tras un momento, añadió–: Es decir, que no es que no hayas intentado...

–Pues James Nash sí, ¿vale?

–¿Y cómo demonios ha ocurrido eso? –preguntó Angie.

Kirby volvió su atención al menú.

–No quiero hablar del tema.

Angie hizo una mueca.

–¿Pero qué os pasa hoy a las dos? Yo os he contado lo de Ethan Zorn y lo de sus conexiones con la mafia, así que ahora quiero que me contéis lo de vuestros chicos. Creo que tengo derecho.

Kirby miró a Rosemary, que de pronto estaba muy interesada por su propio menú.

–¿Que Rosemary tiene un chico? ¿Quién?

–Willis Random ha vuelto a la ciudad –dijo Angie con una sonrisa significativa.

–¿De verdad? ¿Y sigue teniendo esa cara de pizza?

–No lo sé –contestó Angie–. Pregúntaselo a Rosemary.

Kirby se volvió a su otra amiga.

–¿Sigue teniendo cara de pizza?

–No quiero hablar de ello –dijo Rosemary, y decidió invertir la situación–. ¿Cómo es James Nash?

Kirby adoptó una postura desafiante.

–No quiero hablar de eso.

Las dos mujeres clavaron la mirada en sus respectivos menús, y Angie las miró a ambas.

–Pero...

–No quiero hablar de ello –dijeron las dos al unísono.

Entonces Rosemary la miró a ella.

–¿Y tú?

Angie se quedó inmóvil.

–¿Qué pasa conmigo? –preguntó, fingiendo no entender.

–¿Qué tal fue tu visita nocturna a la casa de Ethan Zorn?

Entonces fue el turno de Angie de levantar el menú y estudiarlo concienzudamente.

–No quiero hablar de ello.

–Pero Angie...

Ella siguió con la mirada clavada en el menú.

–¿Cuál es el plato especial de hoy?

Ethan Zorn volvió a su casa aquella noche con la imagen de Angie el Ángel aún bailándole ante los ojos, pero desgraciadamente la imagen se esfumó al ver los recados que tenía sobre la mesa.

La escritura de la señora Mack no era la mejor del mundo, pero sólo había dos personas que pudieran llamarle a aquel número. Y tal y como le habían estado saliendo últimamente las cosas, podía adivinar de quién eran aquellas notas, aun sin haber descifrado la P con que ambos nombres comenzaban.

Maldita sea. Había albergado la esperanza de que los jefazos no se

enterasen del episodio de Angie hasta más adelante, pero no debería haber sido tan ingenuo, porque siempre se enteraban de todo.

Descolgó el auricular del teléfono y marcó una larga lista de números; después se aflojó el nudo de la corbata mientras esperaba respuesta al otro lado de la línea. Y mientras el

.timbre le resonaba en el oído, sus pensamientos empezaron a vagar de nuevo hacia la nube de su ángel.

—Aquí Palmieri —dijo una voz al otro lado del hilo, que por cierto le pilló un poco desprevenido.

—Soy Zorn —contestó, esperando que su voz no transmitiese el desdén que sentía por Denny Palmieri.

—Desházte de esa Ellison —le dijo sin preámbulos—. No sé cómo se ha enterado de nuestra operación, y francamente, no me importa. Límitate a deshacerte de ella. Haz lo que tengas que hacer, pero la quiero fuera.

Ethan cabeceó lentamente. ¿Cómo demonios podían enterarse tan rápidamente de todo?

O tenían la casa controlada, algo que él se ocupaba de revisar diariamente, o habían colocado a alguien con una furgoneta cerca. Le estaba costando un esfuerzo titánico estar siempre un paso por delante de ellos.

—Es inofensiva —le dijo, confiando en estarle diciendo la verdad. Parecía inofensiva sí, pero también le daba la sensación de ser tan tenaz como un toro cuando se trataba de conseguir algo que se había propuesto.

—Está al corriente de lo nuestro. Obviamente hemos subestimado a los locales. No podemos permitirnos que ande metiendo las narices. Lo echará todo a perder.

—No sabe nada —le aseguró—. Lo que le pasa es que ha visto *El Padrino* demasiadas veces y que tiene una imaginación demasiado activa. Añádele a eso que vive en un lugar como éste, donde nunca pasa nada, y todo eso da como resultado una mujer con la imaginación desbocada. Punto. No supone ninguna amenaza para nosotros.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque la conozco.

—¿Y?

Ethan se sonrió.

—Es demasiado inocente, Denny. No hay de qué preocuparse.

—Tengo un mal presentimiento con ella.

Ethan también tenía un presentimiento, y tampoco era nada bueno.

–No te preocupes. Puedo manejar sin problemas a Ángel Ellison.

–Creía que se llamaba Angie.

–Sí, Angie –se corrigió, maldiciéndose por el patinazo.

–¿Estás seguro?

–Estoy seguro.

–No me gusta esto, Ethan. Ni un pelo.

–¿Quieres dejar de preocuparte? Yo me ocupo.

–Esta es la primera vez que te hemos dado carta blanca para que actúes como quieras –le recordó–. Aún no has demostrado que puedas arreglártelas solo, así que no la cagues.

–¿Alguna vez os he defraudado?

Palmieri suspiró.

–No.

–Y no voy a empezar ahora –le aseguró–. Angie Ellison es una aficionada, una novata.

No tiene peso específico alguno. No es nada –tragó saliva tras la mentira y esperó no estarse jugando un farol demasiado arriesgado–. Olvídate de ella.

Su seguridad fue recibida por un largo silencio.

–Sigo pensando que lo más fácil sería deshacerse de ella.

Ethan se mordió un labio para mantener la calma.

–Esta ciudad es un lugar muy tranquilo y pacífico, Denny, y a Angie la conoce y la quiere todo el mundo. Si desaparece, despertaremos mucha más atención de la que nos podemos permitir. Yo me ocuparé –repitió con más énfasis.

Hubo una última duda.

–Será mejor que así sea, Zorn, o seré yo quien se ocupe personalmente de los dos.

Palabrería. Lo único que Palmieri hacía era hablar. El trabajo sucio lo dejaba para sus subordinados. Subordinados como él.

–Mañana voy a ver a su padre –le dijo a su jefe–. Tendré más que decirte después de la reunión.

–Sí, será mejor. Quiero un informe completo. Y Ethan –añadió en voz baja y amenazadora.

–¿Sí?

–No pierdas de vista a la chica.

Fue incapaz de contener la sonrisa al considerar lo mucho que iba a disfrutar con aquel encargo en particular.

–No te preocupes, que es lo que pienso hacer.

Capítulo Cuatro

–Pero papá, es un criminal.

Louis Ellison miró a su hija por encima de la montura de sus gafas de lectura y dejó la edición del viernes del *Endicott Examiner* sobre las rodillas. Angie había visto aquella expresión antes, en muchas otras ocasiones a lo largo de su vida, y le hizo moverse incómoda en su asiento.

Su padre la había mirado así cada vez que había entrado como una tromba en casa diciendo que había encontrado huesos de dinosaurio en la granja del señor Klondike, o que había visto a la anciana señora Slovak hirviendo un ojo de tritón y cuerno de alce en el jardín de su casa, o que estaba segura de que el padre de Freddy Barry era un fugitivo de la justicia que había asesinado a su mujer, a sus hijos y a su cocker en Ocala.

Naturalmente su padre nunca la había creído, ni entonces ni ahora.

–Papá –insistió–. Sé que lo es. Su padre frunció el ceño y bajó un poco más la cabeza de modo que su mirada–se hizo aún más penetrante.

–Angela Delilah Ellison, no estoy dispuesto a consentir que hables así de un hombre tan correcto como el señor Zorn.

–Un hombre correcto? –Repitió con incredulidad–. Ethan Zorn es un gusano, un saco de basura que trabaja para la mafia.

Angie estaba segura de lo que decía porque había vuelto a llamar a Maury a Filadelfia, y él le había confirmado que la información sobre Ethan Zorn era correcta.

Su padre suspiró, estiró con vehemencia el periódico y siguió leyendo la sección de deportes.

–Es un ejecutivo de ventas que trabaja para Cokely Chemical Corporation –dijo su padre desde detrás de las columnas en blanco y negro–. Y después de la reunión que he mantenido con él esta tarde, estoy casi decidido a trabajar con ellos. El señor Zorn me ha ofrecido unos términos muy competitivos y unos incentivos sustanciosos.

–Ya, claro. Muy bien. Pues nada, empieza a trabajar con él, y ya verás. Luego no te lamentes si te despiertas una buena mañana y te encuentras con la cabeza de un caballo donde siempre estaba mamá.

–¿De qué estabas hablando, cariño?

Su madre entró en aquel preciso instante en el salón. Las manos de Millie Evans estaban cubiertas con unos guantes de cocina ligeramente chamuscados, tenía el rostro sonrosado del calor del horno de la cocina, su pelo de sal y pimienta se había ondulado ligeramente y su delantal de volantes estaba indeleble y deliciosamente salpicado con manchas de mantequilla, salsas y sopas.

Normalmente Angie disfrutaba mucho de cenar con sus padres los viernes por la noche y de volver al lugar en el que había crecido, de la casa de estilo colonial en Orchid Street.

Además le encantaba disfrutar de lo que su madre les preparaba porque ella era una cocinera horrible. Pero no aquella noche. No con su padre cerrando filas con ese... ese...

asesino mañoso de Ethan Zorn.

–Decía que –explicó de nuevo para beneficio de su madre–, si papá se empeña en hacer negocios con la mafia, se va a encontrar sepultado hasta las cejas en cabezas de caballos.

Su madre la miró sin comprender.

–¿Y por qué iba tu padre a hacer negocios con la mafia? Louis, querido –le dijo–, ¿estás haciendo negocios con la mafia sin decírmelo?

Su padre hizo sonar de nuevo el periódico y masculló algo entre dientes.

–Por supuesto que no, Millie. Es la dichosa imaginación de tu hija –Louis miró a Angie frunciendo el ceño–. Una vez más. –Pero...

–Ethan Zorn es un buen hombre –le interrumpió su padre–, y está aquí para hacer negocios legítimos. Es tan agradable que hasta había pensado que podrías querer conocerlo.

De hecho, le he invitado a... El melodioso ding dong del timbre de la puerta resonó por el salón y Louis Ellison se levantó con presteza del sillón para abrir. Angie le vio marcharse con un peso enorme en el estómago. No, pensó. No podía ser. Su padre no haría algo así.

No era posible. No podía. Sí podía.

Oyó la voz de barítono de Ethan Zorn a su espalda y se echó hacia delante, vencida. Iba a tener que compartir con él el famoso estofado Yankee de su madre; iba a verlo sentado a la misma mesa de sus padres, ocupando el puesto de honor a la derecha de su padre.

¿Podría alguna vez ocurrirle algo peor?

–Sí. Además, su hija y yo ya nos hemos conocido –le oyó decir–, y de una forma bastante curiosa. Yo volvía de un viaje de negocios y me la encontré en mi...

Angie se dio la vuelta tan rápidamente que le hizo callar. Sonreía de oreja a oreja, y maldición, estaba más atractivo que nunca, vestido informalmente con unos pantalones caqui y una camisa de franela a rayas sobre una camiseta azul marino, remangada casi hasta el codo.

Angie lo miró a los ojos y se encontró deseando haberse vestido con algo más favorecedor que aquellos viejos vaqueros y un jersey fino de algodón blanco. El pelo también lo llevaba hecho un desastre, medio dentro medio fuera de la coleta que no se había molestado en

rehacer desde la media tarde.

«Es un mañoso», se recordó, cruzándose de brazos. «¿Qué puede importarle lo que piense de tu aspecto?»

Y contestó a su sonrisa con una que esperó transmitiese su desprecio.

–¿Y dónde la encontró? –preguntó su padre, sorprendido.

–En mi... guía de teléfonos –contestó Ethan–. La cámara de comercio local me la facilitó tras haber señalando a las personas más prominentes de la ciudad.

Eso sorprendió a Angie lo bastante como para distraerla por un momento.

–¿Que estoy en una guía de personas prominentes de la ciudad? ¿De verdad? No tenía ni idea –admitió, y su sonrisa se caldeó un poco–. Qué amables.

Louis Ellison les miró a ambos y Angie se dio cuenta de que a su padre le interesaba bastante el intercambio.

–Pues sí. Figuras en ella –le confirmó Ethan–. En el epígrafe de *prensa local* Angie arqueó las cejas, y entonces reparó en que Ethan traía un enorme ramo de crisantemos multicolores, y a pesar de sí misma, se ruborizó. Era un hombre despreciable, sin duda, pero había sido un detalle encantador por su parte traerle flores. Y en aquella mezcla de oro y naranja que eran sus colores favoritos. ¿Cómo lo habría sabido? Sonrió tímidamente y extendió la mano justo cuando él se volvía hacia su madre.

–Señora Ellison –le dijo, ofreciéndole el ramo a su madre–, es un pequeño detalle para darle las gracias por su generosidad al invitarme a cenar. Para un hombre que se pasa tanto tiempo fuera de casa como yo, es muy poco corriente poder disfrutar de una comida casera.

Rápidamente Angie bajó la mano, pero no antes de que Ethan se diera cuenta.

Entonces fue su madre quien enrojeció.

–Qué joven tan encantador –exclamó Miüie, quitándose mío de los guantes del horno para aceptar el ramo, y la sonrisa que le dedicó le hizo parecer veinte años más joven.

Entonces se volvió hacia su hija con una mirada que lo decía todo–. Qué detalle. Es tan poco corriente encontrar unos modales así en los jóvenes de hoy en día.

Angie se abstuvo de hacer ningún comentario y se retiró a la otra esquina de la habitación. Oyó a su padre invitar a Ethan a sentarse, y rápidamente ocupó el sillón de orejas que había frente a la chimenea para no verse obligada a compartir el sofá con su némesis.

Los dos hombres estuvieron charlando animadamente del negocio,

y Angie tuvo que admitir oyendo hablar a Ethan que hablaba como si fuese quien decía ser. Su conocimiento de las ventas en general y de la industria química en particular, junto con el diálogo que estaba manteniendo con su padre parecían ser auténticos y muy naturales.

Pero claro, eso podía no significar nada. Toda clase de gente podía entrar en el ámbito criminal.

–Bueno, señor Zorn –dijo durante un receso de la conversación–, tengo entendido que es usted de Filadelfia.

Él asintió.

–He nacido y he crecido allí.

Ella asintió también.

–Tengo entendido que hay una gran actividad mañosa en la ciudad del amor fraterno.

–Angela... –le advirtió su padre.

Pero Ethan se echó a reír con toda naturalidad.

–Hay mucho más en mi tierra natal aparte de la mafia, señorita Ellison. Filadelfia tiene sus problemas, como toda gran ciudad, pero creo que descubriría que hay muchas más cosas en ella –dudó un instante y añadió–: quizás le gustaría venir a visitarla. Es un lugar muy excitante, y a mí me encantaría servirle de guía.

–Estoy convencida de ello –replicó.

Y lo que más le gustaría enseñarle sería el río Delaware, cabeza abajo y con una piedra atada a los pies.

Él fue a contestar, pero en ese momento la madre de Angie les llamó desde el comedor.

–La cena está lista.

El trío se levantó y entraron en el comedor. Angie, que se negaba a permitir que un hombre como aquél ocupase la posición de privilegio reservada a los huéspedes en la mesa, intentó ocupar esa posición, pero allí fue exactamente donde su padre condujo a Ethan.

Louis y ella intentaron abrirse camino con el codo durante treinta segundos, pero al final Angie tuvo que rendirse ante la mayor fuerza y el estatus de cabeza de familia de su padre.

A regañadientes ocupó la silla que quedaba enfrente de Ethan. No quería perderle de vista. Al fin y al cabo, su madre había preparado la mesa con la cubertería de plata.

Sorprendentemente, excepto por un pequeño accidente que estuvo a punto de ocurrir cuando Angie le pasaba a Ethan la guarnición, que a punto estuvo de caerle en los pantalones, accidentalmente por su puesto, la cena transcurrió sin incidentes. Fue después de la cena cuando las cosas cambiaron, empezando por la sugerencia de su madre de que Ethan y ella tomaran el café solos en la terraza. A la luz

de la luna.

–Hace una noche deliciosa –comentó Millie–. El cielo está cuajado de estrellas. Quizás si miráis con atención, podríais descubrir a Bob y ganar el premio por ser los primeros en verlo sin ayuda de telescopio.

Tengo entendido que este año el premio es un fin de semana en el lago Modoc –añadió a modo de incentivo.

–Es demasiado pronto para ver al cometa sin telescopio –dijo Angie–. Aún tienen que pasar unos cuantos días para eso.

Millie clavó la mirada en su hija. –De todas formas, ¿por qué no salís a echar un vistazo?

«Genial», se dijo Angie. Ahora su madre estaba intentando prepararle una cita con el elemento criminal.

Pero en lugar de discutir, ya que sabía que sería inútil con u madre, Angie sirvió el café en dos delicadas tazas de porcelana y le entregó una a Ethan. Intentó no pensar en lo incongruente que resultaba un hombre tan grande tomando café de una frágil tacita con rosas pintadas a mano. Las mismas manos que seguramente habrían dejado un cuerpo sin vida podían sostener la taza con tanta delicadeza como la mismísima reina de Inglaterra.

Entonces, sin hacerle indicación alguna pero segura de que la seguiría de todas formas, ya que no dejaría pasar la oportunidad de prolongar su agonía con su presencia, Angie salió por la puerta de atrás al aire fresco de la noche.

Y no pudo evitar un estremecimiento. –¿Tienes frío? –le preguntó él, pasando una mano por su cintura para acercarla a su costado.

Angie sujetó con cuidado su taza y se separó de él. –Estoy bien –mintió desde el otro extremo del patio, mientras acariciaba con nerviosismo una tardía zinnia roja, pero desgraciadamente su cuerpo la traicionó con otro escalofrío involuntario. Rápidamente apuró su café, pero cuando el líquido caliente no consiguió que dejase de temblar, comprendió que se trataba de la proximidad de Ethan y no del frío de la noche.

–No estás bien –dijo él–. Te estás helando. Ten.

Dejó la taza sobre la barandilla de piedra, se sacó la camisa de los pantalones y empezó a desabrocharla. Angie observó sus movimientos fascinada, incapaz de decir ni una palabra porque la voz se le había atascado en algún punto de la garganta.

Estaba desnudándose. Por ella. Ese era su único pensamiento al ver cómo iba desabrochando uno a uno sus botones. Y lo único que pudo hacer fue quedarse allí y desear que las circunstancias fuesen diferentes, que en lugar de estar en el porche de la casa de sus padres, estuviesen de nuevo en el dormitorio de Ethan, con Bob interfiriendo

en sus quehaceres.

Por fin terminó de desabrocharse la camisa y se la colocó sobre los hombros antes de que pudiese echar a correr. Inmediatamente Angie se sintió rodeada por su calor y su olor, algo que le recordaba vagamente a un lento amanecer del desierto. Y sin pretenderlo, se encontró arrebujándose en el suave tejido de la camisa e inspirando profundamente.

–Gracias –le dijo–. Pero ahora vas a ser tú quien tenga frío.

El arqueó las cejas mientras se bajaba las mangas largas de su camiseta.

–Vaya, vaya, señorita Ellison. No me vaya a decir ahora que de pronto se interesa por mi bienestar.

Angie se llevó la taza a los labios para apurar el poco café que le quedaba.

–Digamos sólo que no quiero que te mueras de frío en la terraza de mis padres. No me gustaría ser objeto de una de las venganzas de la mafia.

Él se echó a reír y se sentó en la barandilla de piedra antes de recuperar de nuevo la taza.

Después, la miró fijamente por encima del borde mientras tomaba un sorbo de café, y no dijo una palabra hasta que Angie ya no pudo soportar el silencio.

–¿Qué estás mirando? –le preguntó con impaciencia.

–A una mujer con una imaginación desbordante –replicó al punto.

Ella suspiró, exasperada.

–Eso me han dicho.

–No te desilusiones. Una imaginación desbordante no es algo tan malo.

–Ya. Para ti es fácil decirlo. Seguramente nunca has tenido que preocuparte por inventar escenarios delirantes cuando eras pequeño para poder mantener el interés por la vida. Tú has crecido en Filadelfia, y seguramente ocurrían cosas excitantes constantemente en tu barrio.

Él se quedó callado un instante y después preguntó:

–¿Alguna vez has salido de Endicott?

Ella frunció el ceño.

–Por supuesto. Fui a la universidad en Bloomington.

Ethan ni siquiera se molestó en disimular la gracia que le había hecho su respuesta.

–Ah, ya. Así que has estado un poco por todas partes.

–Es un lugar muy agradable –replicó.

–No lo dudo.

–Y he estado en Cincinnati un par de veces también. Y en Indianápolis y con un poco menos de vehemencia, añadió–: y he estado en París, en Versalles, Glasgow, Londres, Varsovia... y en Atenas y Esparta también. ¿

Eso le sorprendió.

–¿Has recorrido Europa?

Ella bajó la mirada.

–Mm... no. No exactamente. Era... mm... París, Kentucky. Y... y Versalles, Kentucky –

aclaró, pronunciando *Versalles* con un acento mucho menos francés–. Glasgow y Londres, Kentucky. Y Varsovia, Kentucky. Y... –carraspeó delicadamente– ...y Atenas y Esparta...

Kentucky –lo miró con una disculpa en los ojos–. Tenía que escribir un artículo para el periódico. *Europa queda al Sur*.

El volvió a reír.

–Así que de verdad has estado un poco por todas partes.

–Puede que no haya estado en tantos lugares como tú, pero no soy tan inocente como parece creer. La experiencia de la vida no sólo se adquiere viajando.

–Tienes toda la razón –contestó, sorprendiéndola–. Viajar es algo genial, Ángel, no me malinterpretes. Pero me gusta el hecho de que hayas vivido una vida tan protegida. Te hace más...

No estaba segura de querer saber la palabra que buscaba, sobre todo teniendo en cuenta el tono desigual que había adquirido su voz, pero de todas formas se lo preguntó:

–¿Más qué?

Él elevó la mirada hacia el cielo de la noche y después la clavó en el café.

–Más... pura –dijo en voz baja–. Eso es todo.

–Sí, justo lo que yo siempre he querido ser –murmuró ella–. Pura. Y yo que creía que ésa era la etiqueta que todo el mundo le ha puesto a Kirby. No es que ella no haya intentado...

–¿Quién es Kirby?

–Una amiga.

Ethan miró a Angie el Ángel y a pesar de la oscuridad vio que estaba empezando a perder la hostilidad y que se dulcificaba su actitud hacia él. Era curioso cómo la noche podía afectar a las personas. Era curioso cómo lo oscurecía y lo igualaba todo de modo que fuera lo que fuese lo que envolviera, o a quien envolviera, lo hacía parecer de la misma clase. Uno podía ocultar su verdadera personalidad en la oscuridad, aunque fuese sólo por un tiempo limitado. Y de pronto Ethan deseó hacer precisamente eso. De pronto

deseó ser otra persona.

Aunque fuese sólo por un tiempo limitado. –¿Por qué estás siendo tan agradable conmigo de repente? –le preguntó sin pensar-. ¿Por qué has dejado de lanzarme dentelladas?

Ella miró al cielo, examinándolo de un confín al otro, como si estuviese buscando algo.

Después, se volvió a él y contestó:

–Yo podría hacerte también la misma pregunta: ¿por qué estás siendo tan agradable con mi familia y conmigo?

Él se encogió de hombros.

–Eso es fácil de contestar. Me gustas, Ángel. Y me gusta tu familia también.

–Pero pretendes arrebatarnos su forma de vida. Él sonrió de medio lado.

–¿Ah, sí?

–Sí –replicó, aunque con cada minuto que pasaba iba perdiendo su convicción a ese respecto-. Y no sólo eso –continuó-: yo sé quién eres en realidad y puedo dejarte al descubierto en cualquier momento. Volvió a sonreír.

–¿De verdad?

Ella asintió pero sin aplomo. Ethan se preguntó hasta dónde debería llegar con aquel juego improvisado, y al final, preguntó:

–¿Y estás pensando... dejarme al descubierto, como tu dices? ¿Quién soy, Angie? De verdad, quiero decir. ¿Estás segura?

–Sé quién eres. Como ya te he dicho, tengo mis... Fuentes. Ya lo has dicho, sí. Ella lo miró con mucha menos dulzura que antes, pero no dijo nada.

–Pero ¿tienes alguna prueba? –continuó-. ¿Algo, además de tus sospechas y de tus supuestas fuentes, que pueda respaldar lo que dices de mí? –cuando ella se volvió de nuevo a mirar la noche, él asintió-. No. Me lo imaginaba.

–Es sólo cuestión de tiempo –le aseguró, y volvió a mirarlo-. Me sorprende que hables tan desenfadadamente de todo esto. Es como si estuvieses admitiendo que tienes una doble identidad.

–¿Ah, sí? No es lo que pretendía.

–Entonces, ¿estás admitiendo que no eres quien dices ser?

–No lo sé. ¿Lo estoy?

–Tú me dirás.

Ethan la miró con curiosidad.

–¿Y si no soy quien digo ser... pero tampoco soy quien tu piensas? ¿Cambiaría eso tus sentimientos hacia mí?

Ella emitió un sonido de disgusto.

–Yo no siento nada por ti.

–No puedo creerte, Ángel. Ninguna mujer le responde a un hombre como tú me has respondido a mí a menos qué sienta algo por él. Esos sentimientos pueden no ser buenos, pero sé que sientes algo por mí.

–Ni lo sueñes.

–Pues ya lo he soñado –le respondió con voz cálida–. Créeme. Pero mis fantasías no son el tema de esta conversación. Ya tendremos todo el tiempo del mundo más adelante para hablar de ello –Angie fue a decir algo, así que él se apresuró a continuar–. De lo que estamos hablando ahora es de tus verdaderos sentimientos hacia mí.

–Yo creía que estábamos hablando de tu verdadera identidad.

–¿Ah, sí? De acuerdo. Entonces, hablemos de mi verdadera identidad.

Elle lo miró con desconfianza.

–¿Que es...?

Él volvió a sonreír.

–Tú eres quien lo ha sospechado. Tú me dirás.

–No. Tú eres quien debe decirlo.

–¿Decirte qué?

–¿Por qué estás jugando conmigo?

–¿Crees que estoy jugando?

–¿Por qué contestas a todas mis preguntas con otra pregunta?

–¿Es eso lo que he estado haciendo?

–¿Acaso no es verdad?

Él se encogió de hombros pero no dijo nada, sino que siguió sonriendo como queriendo decir «yo sé algo que tú no sabes». Y era verdad: sabía algo que ella ignoraba. Y esperaba estar cerca cuando lo averiguase.

Angie el Ángel se volvió una vez más a mirar al cielo.

–Gracias, Bob –dijo con disgusto–. Muchas gracias por nada.

Ethan siguió su mirada hacia el velo negro y aterciopelado de la noche, y la curiosidad se apoderó de él.

–¿Consigues que los cometas te hagan favores, Ángel?

Ella se echó a reír.

–Ojalá. Maldito cometa... ¿a quién se le ocurre hacer los sueños realidad? ¿Quién se habrá creído que es: Ethan esperó que siguiese explicándole, pero como no fue así, siguió con la conversación.

–Ahora que hemos aclarado lo de mi verdadera identidad...

–Nada de eso. No hemos aclarado nada.

–Podemos seguir con él otro tema –concluyó como si ella no hubiera hablado.

–¿Qué otro tema?

–El de tus verdaderos sentimientos hacia mí, los cuales son bastante intensos, como ambos sabemos.

Angie le dio la espalda y caminó hasta un extremo más oscuro del patio. Él la vio dejar la taza sobre la barandilla, cruzarse más la camisa y después los brazos. Aunque su postura era de todo menos alentadora, se acercó a ella tanto como pudo.

–Estás loco –le dijo ella con suavidad–. Yo no siento nada por ti, y mucho menos bueno.

Él se sonrió.

–Sí, ya.

Ella no dijo nada y Ethan deseó poder adivinarle el pensamiento. A pesar de lo que acababa de decirle, presentía algo, algo que no podía definir pero que le empujaba a acercarse, a tocarla, a abrazarla, a besarla como había hecho aquella primera noche en su habitación.

Ethan siempre había vivido de forma peligrosa, desde que era un crío, y siempre actuaba por instinto. Y aquella noche no iba a ser diferente, así que hizo exactamente lo que el instinto le decía que hiciera. Dio un paso hacia Angie y con un dedo trazó la línea elegante de su mandíbula. Entonces ella lo miró, y Ethan vio algo en sus ojos que le hacía parecer perdida de algún modo, y de pronto deseó ayudarla a encontrar el camino hacia dondequiera que fuese, así que rodeó su cintura con un brazo y la besó en los labios.

Lo que ocurrió después fue algo que nunca llegaría a explicarse. Algo dentro de él se desató despacio, como si la cuerda de una guitarra se hubiese soltado tras años de tensión.

Tras años de correr persiguiendo algo que no habría podido definir, o quizás huyendo de algo, tuvo la sensación de estar por fin donde debía estar. En el lugar al que pertenecía. En el lugar en que necesitaba quedarse para siempre.

Así que volvió a besarla, primero apenas un roce; después, profundamente. Y bebió de ella su dulzura, su ternura, su sensibilidad, y encontró en ella el alimento que necesitaba para sobrevivir un día más.

Angie sintió el beso de Ethan de arriba abajo, desde la cabeza a la punta de los pies, y sólo pudo maravillarse de que algo que evidentemente estaba mal, pudiera hacerla sentir tan maravillosamente bien. Olvidó por un instante que Ethan Zorn era un hombre peligroso.

Olvidó por un momento que debía huir de él, y no lanzarse deseosa a sus brazos. Olvidó por unos segundos que lo que estaba haciendo era una locura y no sólo se dejó llevar, sino que le respondió a él, a la noche, a la oscuridad y al cometa. Porque estaba segura de que lo que

estaba ocurriéndole era todo culpa de Bob. Sí, una excusa estúpida. Pero también era un hecho documentado que la proximidad de Bob influenciaba enormemente a los habitantes de Endicott, y en aquella ocasión, ella lo estaba experimentando en sus propias carnes.

Y menudo hecho estaba siendo aquél para documentar. Estaba siendo un beso abrasador, salvaje y maravilloso. La exquisita perfección de su experiencia la tenían un poco sobrecogida, y sólo la necesidad de respirar la obligó a separarse de él, pero sólo un instante porque volvieron a besarse un segundo después.

Aquella vez, Ethan la apretó contra su cuerpo, hasta que ella sintió su excitación contra el vientre. Las piernas le temblaron al darse cuenta de que estaba tan excitado y tan rápidamente, y el corazón le latió como un loco cuando él deslizó la mano hasta alcanzar la curva de su pecho. Pero en lugar de separarse, como su lado racional le ordenaba que hiciera, Angie se apretó aún más contra él y cubrió la mano de Ethan con la suya.

Un grito ahogado se escapó de sus labios cuando acarició su pezón con la fuerza de una tormenta tropical, y tuvo que aferrarse a él, a su pelo, a su espalda, para que la pasión no la arrastrase.

Parecía rodearla por completo. Lo único que podía sentir, oler y saborear era Ethan. Su respiración era entrecortada y errática, y el calor de su cuerpo casi abrasador. Se moviera como se moviese, él estaba allí, acariciándola, consumiéndola, saboreándola. Sentía las manos en sus pechos, en el pelo, apretando posesivamente sus nalgas, abrazándola con más fuerza todavía hasta que sintió que sus cuerpos podían quedar pegados para siempre.

Ella exploró todo lo que estaba al alcance de sus manos: cada plano sólido de sus músculos, cada curva, cada enfebrecida parte de su cuerpo. Y a medida que lo acariciaba, dejó de considerarle un hombre al que hubiese que temer y evitar, y ella dejó de ser una mujer asustada e insegura. Él no era más que un hombre y ella sólo una mujer, pero juntos eran capaces de generar magia.

Sólo cuando llegó a la hebilla de metal de su cinturón, recordó que estaba en el jardín de sus padres, y que la última vez que la pillaron besándose allí con un chico, la habían castigado un mes sin salir. Pero estaría dispuesta a que la castigasen durante toda la eternidad si con ello podía saborear un poco más a Ethan Zorn.

Pero fue él quien puso final al beso. Se separó de ella violentamente, jadeante, aferrándola por los hombros e intentando mantenerla alejada. Angie estaba demasiado aturdida, demasiado delirante como para reaccionar, así que lo único que hizo fue preguntarse por qué de pronto tenía tanto frío cuando un segundo

antes tenía tanto calor.

Ethan la miraba mientras su respiración salía como una niebla plateada, y sus ojos castaños parecían casi animales.

–¿Y si fuese de verdad quien tú crees que soy? –le preguntó con la voz teñida de angustia.

–¿Qué?

En lo único que podía pensar era en el calor que emanaba su cuerpo.

–Y si estoy en Endicott para desviar la empresa de tu padre hacia... algo ilegítimo, digamos?

La pregunta la sobresaltó.

–¿Qué es lo que quieres decirme?

Él la miró en silencio un momento con los dientes apretados, pero enredó los dedos en su pelo con suavidad.

–¿Y si de verdad fuese la amenaza que tú crees que soy?

Angie tragó saliva e intentó no pensar en el hecho de que no quería dejarle marchar...

jamás.

–¿Es esto una confesión? –le preguntó en voz tan baja que ni siquiera podría decir si la habría oído.

El siguió mirándola a los ojos.

–Necesito saberlo, Ángel.

–¿Saber qué?

–Si de verdad comprendes lo que está ocurriendo aquí.

Ella asintió, aunque sus pensamientos eran vagos e incoherentes.

–Claro que lo comprendo. Es por Bob.

–¿Por Bob? ¿Te refieres al cometa?

Ella asintió.

–Cuando viene, pasan esta clase de cosas.

–¿Qué clase de cosas?

–Pues confundir a la gente. Todo el mundo hace cosas que no haría normalmente.

La expresión de Ethan se ensombreció.

–No me digas que crees en esa leyenda, Ángel.

–Por supuesto que sí. Lo he visto con mis propios ojos. Personas perfectamente normales empiezan a hacer cosas verdaderamente absurdas. Y es todo por culpa de Bob.

–Ya. Resulta muy cómodo echarle la culpa a Bob. Así uno puede olvidarse de todo, hacer algo impulsivo y salvaje incluso, algo que no se haga normalmente, disfrutarlo y después, echarle la culpa a Bob.

–No, no es eso –objetó ella–. Es una especie de interferencia

galáctica. Cada vez que Bob se acerca a una distancia determinada de Endicott, la personalidad de la gente se ve afectada. Es un hecho documentado.

—¿Y quién lo ha documentado?

—No lo sé. Científicos, supongo. La actividad inexplicable de Bob ha traído siempre de cabeza a la comunidad científica — cuando se dio cuenta de que seguía sujetándole por los brazos con la posesividad de un amante, se obligó a soltarse, a dar un paso atrás y a bajar la mirada—. Lo que quiero decir —añadió con nerviosismo—, es que no creerás que yo iba a estar aquí, a la luz de la luna, besando a un hombre como tú si no mediase alguna clase de interferencia cósmica.

Él no contestó, así que Angie se aventuró a mirarlo. Estaba de pie con los brazos enjarras y los dientes apretados.

—¿Ah, sí?

Pero antes de que pudiese contestar, se acercó a ella, le quitó la camisa, y se la puso.

—Buenas noches, señorita Ellison —le dijo mientras se la metía en el pantalón—. Por favor, discúlpeme ante sus padres por marcharme sin despedirme de ellos. Es que de pronto no me encuentro bien. Y déles las gracias. Ha sido un placer.

Y desapareció en la noche como una sombra. Angie miró entonces hacia el cielo y maldijo al cometa por ser tan predecible. ¿Qué demonios podría hacer para detener el asalto de extraños sentimientos que estaba experimentando?

Sí, Ethan Zorn era un hombre excitante; era lo que ella había estado deseando desde hacía quince años, pero con cometa o sin él, tenía que controlarse. Aquel hombre era un mal advenimiento, para ella, para su familia y para toda la población de Endicott. De alguna manera tenía que asegurarse de que todos lo supieran, y de que ella no volvía a caer bajo su hechizo.

—Ya, claro —se dijo en voz alta—. ¿Y cómo vas a arreglártelas?

Sobre su cabeza y en la distancia, una estrella solitaria y más brillante que el resto, parpadeó con una luz de diamante. Y de algún modo, aunque era demasiado pronto para que fuera visible, Angie supo que Bob estaba allí, y que se reía.

Capítulo Cinco

Angie había ido demasiado lejos.

Ethan cabeceó mirando el título del diminuto artículo enterrado en la esquina izquierda de la página seis del *Endicott Examiner*, en la sección de local. *¿Llega el crimen a Endicott?*, era el titular. Bajo esa línea, aparecía el nombre de Angela Ellison.

Bueno, por lo menos lo había formulado en forma de pregunta. Genial. Aquello era genial. Después de lo que ambos habían compartido, decidía acosarle en el periódico.

Debería haberla atado cuando tuvo la ocasión de hacerlo.

El teléfono de la mesilla sonó, volviéndolo a la realidad, que era el último lugar en el que deseaba estar en aquel momento. Recogió la chaqueta del traje y el maletín y salió de la habitación, fingiendo no haber oído el teléfono; después bajó por la escalera y salió al jardín, donde le esperaba una soleada mañana de septiembre.

Que la señora Mack se ocupase de contestar. Entre su dureza de oído, su mala caligrafía y el enfado de Palmieri por la situación, Ethan encontraría excusa suficiente para no entender nada de los mensajes que, sin duda, se encontraría al volver a casa aquella noche.

Si es que volvía. No podía adivinar hasta qué punto iban a tomarse en serio sus jefes lo ocurrido.

Cerró la puerta del coche con más fuerza de la necesaria, y el pequeño Porsche rojo se bamboleó como si no fuese más que un bolso de señora. Entonces puso en marcha el motor y aceleró tres veces, imaginándose a Angela Ellison delante del coche. Ni se imaginaba de qué modo aquel absurdo artículo había sellado su suerte. La de ella y la de él.

Sí, se dijo mientras ponía el coche en movimiento. Debería haberla atado cuando tuvo ocasión.

Angie estaba sentada a su mesa, tomando distraída un bocado de su sandwich de ensalada de pollo y leyendo una novela de espías, cuando un puño golpeó la mesa a escasos milímetros de su lata de refresco. El golpe le hizo dar un respingo, y a punto estuvo de caerse de espaldas. Entonces levantó la mirada, dispuesta a decirle un par de palabritas al imbécil que la hubiera asustado de aquella manera, y se encontró con que la cara que tenía frente a ella era la de Ethan Zorn; un Ethan Zorn *verdaderamente* enfadado.

–¿En qué demonios estabas pensando para publicar una basura como ésta? –le preguntó, lanzándole un ejemplar del *Examiner*.

Angie empujó la silla hacia atrás, se levantó y se frotó las manos para deshacerse de las migas antes de pasárselas por los pantalones para secarse el repentino sudor que hacía resbaladizas sus palmas.

–La verdad es que–dijo, y se maldijo por la especie de graznido que pareció su voz–, técnicamente, no he sido yo quien ha publicado el artículo. Ha sido Marlene, la editora. Yo no soy más que quien lo ha escrito.

–Entonces, ¿en qué demonios estabas pensando para *escribir* una basura como ésta? –

rugió.

–No es basura –le desafió Angie–. Es un buen artículo.

Él le echó una ojeada al periódico y después a ella.

–No es más que periodismo amarillo.

Angie lo miró ultrajada.

–No lo es. En el *Examiner* sólo imprimimos hechos, tal como los vemos.

–Como los veis –repitió, disgustado–. Supongo que hasta debería estar agradecido de que no hayáis dado nombres –pareció suavizarse un poco–. La verdad, imagino que hasta debería agradecer que el artículo no diga apenas nada de nada.

–¡Eh! –le interrumpió indignada, a pesar de que sabía que tenía razón. Marlene había aguantado su historia hasta tal punto que el artículo había quedado reducido a un montón de palabras que decían, bueno... bastante poco.

–Pero estás jugando con fuego, Ángel –le advirtió–. Ni tienes ni idea de lo que estás haciendo. De lo que ya has hecho, incluso. Y te lo estoy advirtiendo por tu propio bien. No te metas en esto.

Eso sí que era una amenaza. No podía interpretarse como otra cosa. Angie miró a su alrededor y cayó en la cuenta de que estaba absolutamente sola. El equipo de la oficina lo componían sólo nueve personas, y todos, a excepción de ella misma, iban a casa a comer. A ella le gustaba quedarse por si alguien llamaba con algo interesante, lo que no ocurría casi nunca. Pero aquella mañana había tenido otra razón para quedarse en la redacción.

–¿Estás intentando intimidarme?

Ethan Zorn apoyó ambas manos sobre la mesa y acercó su cara a la de ella.

–Sí. Que no te quepa la menor duda.

Ella tragó saliva.

–Pues no te va a funcionar porque no pienso dar marcha atrás. Eres un criminal que está intentando traer el crimen organizado a esta ciudad, y yo pienso descubrir tu juego ante la opinión pública – declaró, cruzándose de brazos–. Es mi deber moral y cívico.

Ethan se echó a reír.

–Ángel, si te acercas más a lo que tú crees que es una historia y vas

a crearle un montón de problemas a mucha gente. Especialmente a ti misma.

–No te tengo miedo –le juró, a pesar de que su voz estaba cargada de inseguridad.

Él le dedicó una enorme y amenazadora sonrisa.

–Y una mierda.

–No te tengo miedo –repitió. Al fin y al cabo, le había besado. Dos veces. ¿Cómo podía seguir teniéndole miedo? Claro que siempre existía la posibilidad de que fuese un sociópata. Pero nadie es perfecto, ¿no?

–Ya lo veremos –replicó él sin dejar de mirarla a los ojos–. Otra idiotez como ésta puede costarte muy cara –añadió, irguiéndose.

Ella exhaló la respiración que había estado conteniendo sin darse cuenta e intentó tranquilizarse.

–Porque tú lo digas.

–Sí, porque lo digo yo –le aseguró–. Y un par de personas más.

Eso llamó su atención. Quizás pudiese sonsacarle algo.

–¿Ah, sí? –preguntó su instinto de reportera–. ¿Quiénes?

Su sonrisa se volvió feroz.

–Averígualo si puedes.

Ella sonrió.

–Y lo averiguaré. Te lo prometo.

Él movió despacio la cabeza.

–No me hagas repetirte lo que te he dicho antes, porque la próxima vez puede que no sea tan educado.

Ella lo miró boquiabierta.

–Me estás amenazando de verdad, ¿no?

Él se desabrochó tranquilamente la chaqueta y cuando los delanteros se separaron, ella reparó inmediatamente en la pistola.

–Nada de amenazas, Ángel –le dijo en voz baja–. Es sólo un consejo. Me disgustaría mucho que pudiese ocurrirle algo a una chica tan agradable como tú.

–Sí, ya. Seguro que sí.

–No lo dudes. Es poco corriente que un hombre como yo cuente con la admiración de una chica dulce y pura como tú, aunque sea de lejos.

Ella enrojeció y su sangre tomó velocidad como el fuego prende en la leña seca.

–Pero claro –continuó él–, últimamente tu admiración se ha hecho más... próxima,

¿verdad?

Se refería a aquel pequeño incidente en el patio de sus padres,

claro, pero antes de que Angie pudiese replicar, él continuó:

–Vigila tu espalda, Ángel –le dijo–. No todos los que trabajan en mi misma línea son tan razonables como yo.

–¿Y qué línea de trabajo es la suya, señor Zorn? ¿Estamos hablando de su trabajo como representante de Cokely Chemical, o de su estatus como miembro de la mafia?

Él sonrió, indulgente.

–Míralo de esta manera: o terminas con una denuncia por difamación, o con un traje de cemento. De las dos posibilidades, ninguna es buena. ¿Me comprendes?

Y de pronto dio media vuelta y salió de la redacción como si tal cosa.

Angie se mordió el labio con la mirada fija en la puerta por la que había salido. Desde luego, tenía valor. Después de lo que habían compartido, era lo bastante audaz como para amenazarla. Pues iba a comprobar que Angela Ellison, periodista de investigación, no se asustaba fácilmente. En su mente empezó a conformarse un artículo de seguimiento al que había escrito en la edición de la mañana. Miró el reloj. Si se daba prisa, hasta podría aparecer en la edición de la noche.

Era ya de noche cuando Angie llegó a casa al día siguiente, y estaba agotada por haber tenido que defender a capa y espada su artículo en el *Examine* Todos y cada uno de los ciudadanos más relevantes de la ciudad habían llamado o se habían pasado por el periódico para preguntarle por el significado de su artículo. ¿Qué el crimen organizado estaba a punto de desembarcar en Endicott? Imposible. Angie se había pasado la mitad del tiempo intentando explicar por qué había escrito ambos artículos y la otra mitad intentando explicar de qué hablaban.

Menos mal que estaba segura de lo que decía. El hecho de que no tuviese todavía los hechos que pudiesen corroborar sus historia sobre Ethan Zorn no era tan terrible, ¿no?

Sabía sin sombra de duda lo que se proponía hacer en Endicott, aunque nadie más en toda la ciudad la creyera.

Tenía sus fuentes. Bueno, su fuente. Maury. Un amigo de la universidad que se había licenciado en periodismo y que trabajaba nada menos que para el *Philadelphia Inquirer*.

Había investigado la muerte de uno de los *capos* de la mafia unos meses atrás, y había alertado a Angie cuando el nombre de su ciudad había aparecido en algunos lugares sospechosos.

Maury había hecho un trato con ella: si quería seguir la historia, ambos compartirían información y entre los dos completarían la

historia y la publicarían.

Sí, bueno, Maury trabajaba para el obituario en el *Inquirer* y había hecho el trabajo durante sus descansos, pero no por eso era una fuente menos fiable ni legítima.

Además todavía no había mencionado el nombre de Ethan Zorn en ninguno de sus artículos, se dijo mientras abría la puerta y recogía el correo del suelo. Ni el suyo, ni el de nadie más.

Si, bueno, también era cierto que, básicamente, sus dos artículos no decían nada sobre nada ni sobre nadie, concedió con un suspiro de frustración. Lo que mayormente había conseguido era confundir a los ciudadanos, y precisamente cuando el Festival del Cometa estaba en todo su apogeo, tal y como el alcalde había puntualizado. Pero ya tendría tiempo de ponerle nombre propio a aquellos artículos. No iba a terminar allí.

Había dado tres pasos en el salón y había dejado las llaves, el bolso y el correo en la mesa cuando se dio cuenta de que algo pasaba. Siempre dejaba la lámpara verde que tenía junto al sofá encendido cuando se iba a trabajar, y no la de pie de cobre que tenía en un rincón y que apenas daba un vago resplandor amarillo.

Y también estaba completamente segura de haber dejado la radio apagada al irse. En cualquier caso, siempre escuchaba las noticias mientras se vestía por las mañanas, y no una emisora de jazz. De pronto, la puerta principal se cerró a su espalda y Angie se dio inmediatamente la vuelta. No estaba sola: Ethan Zorn estaba apoyado en la pared y la miraba con una expresión muy inquietante, una expresión que le hacía parecer demasiado grande y demasiado peligroso. En el mismo instante en que Angie abrió la boca con intención de gritar, Ethan se abrió la chaqueta para dejar al descubierto su arma. Angie se lo pensó mejor.

Ethan sonrió, y su dentadura perfecta y su traje caro no parecían hacer conjunto con la postura amenazadora. Cuando el corazón empezó a martillearle en el pecho, cerró los ojos.

Ethan la había besado, se recordó. Con suma ternura, así que no podría hacerle ningún daño después de haber compartido con ella algo así, ¿no? A no ser que...

—Ángel —la saludó con una voz tan suave como un coñac de diez años—. Tú y yo ramos a tener que mantener una pequeña charla.

Angie no sabía qué hacer. Intentó recordarse que debía ser un hombre peligroso, pero decidió que por el momento, lo mejor sería no moverse y esperar. Esperar y ver qué hacía él. Esperar y escuchar lo que quisiera decir para explicar su presencia allí. Esperar y rogar para que en el edificio se declarase un incendio fortuito.

Pero él se limitó a seguirla observando, así que Angie intentó recordar si tenía algo en el salón que pudiera servir como arma, por si acaso se le había olvidado lo de sus besos. Pero a no ser que hubiera desarrollado la fuerza suficiente para doblar el palo de la lámpara, no iba a tener suerte.

—¿Ah, sí? —repondió al fin.

Ethan asintió.

—Ah, sí.

—¿So-sobre qué? —balbució.

Ethan se empujó para separarse de la pared, cerró la puerta y echó el cerrojo con un sonoro clic. Entonces se dio la vuelta, y su expresión seguía siendo tan amenazadora como antes. Se acercó a ella despacio y no paró hasta que la punta de sus carísimos zapatos italianos rozaron los corrientes mocasines de Angie.

Entonces se inclinó hacia ella hasta que sus frentes casi se tocaron.

—De cómo te estás convirtiendo en un verdadero incordio.

—¿Qué yo soy un incordio? —repitió, poniéndose de puntillas en un esfuerzo por ponerse a su altura—. No soy yo quien está intentando destrozarse esta ciudad, guapo, sino tú.

Eso le hizo sonreír. Bueno, no es que fuese exactamente una sonrisa, sino un mero gesto ladeado de su boca. Algo es algo.

—¿Destrozar la ciudad? ¿De verdad crees que es eso lo que pretendemos?

—¿Por fin admites estar conectado? —preguntó, casi temiendo su respuesta.

—Creo que necesito beber algo —dijo tras un segundo de silencio, y con la misma naturalidad que se había acercado a ella, se separó—. ¿Dónde tienes el bar? —preguntó, como si todo el mundo lo tuviera en algún rincón de la casa.

—Hay vino en el frigorífico —contestó.

Ethan entró inmediatamente en la pequeña cocina que se veía desde la puerta principal.

En un instante, volvió al salón con una copa en cada mano, ambas llenas hasta la mitad de un líquido rojo oscuro. Le entregó una a Angie y ella bebió sin pensar con la esperanza de que aquel líquido pudiera calmar sus temblores, pero apenas había tomado un trago pensó que su invitado podía haber drogado el vino, así que devolvió el líquido que tenía en la boca a la copa.

—Lo sé —dijo Ethan, asintiendo—. Es horrible. Francamente tu gusto en vino es malísimo.

Un consejo para principiantes: nunca metas el vino tinto en la nevera.

Ella no contestó, sino que siguió mirándole cada vez más confusa. Él se encogió de hombros.

—Bueno, puede que un Beaujolais pueda refrescarse un poco, pero un burgundy, Ángel...

—movió la cabeza entristecido—. Es un tinto de mucho cuerpo, así que a temperatura ambiente.

—Pero a mí me gusta beber el vino tinto frío —le dijo—. Y Rosemary y Kirby se ríen de mí si lo pongo hielo.

Él se encogió y cerró los ojos, casi como si acabase de abofetearle, pero no dijo nada más, sino que se limitó a tomar otro sorbo, haciendo una mueca de desagrado al tragarlo.

—¿Cómo has entrado aquí? —preguntó cuando recordó que se trataba de un huésped no imitado—. Todas las mañanas cierro con llave la puerta.

Ethan asintió.

—Sí. Después de leer lo que se escribe en el periódico sobre la oleada de criminalidad que asóla la ciudad, no me sorprende.

Ella ignoró su sarcasmo.

—¿Cómo has entrado?

En lugar de darle una respuesta directa, se acercó al sofá y dejó la copa sobre la mesita, miró a Angie y dio unas palmadas en el cojín junto al que él ocupaba. Ella se acercó despacio para ponerse frente a él, dejó la copa al lado de la suya y después ocupó una mecedora de madera en el otro extremo de la habitación.

Ethan inclinó la cabeza para reconocer su gesto y le dijo:

—Otro pequeño consejo...

—Estás muy didáctico hoy, ¿no?

—Nunca compres los cerrojos en una tienda cualquiera —concluyó como si ella no hubiese hablado—. Cualquiera podría haber entrado. Tienes suerte de que no haya entrado ningún delincuente antes que yo.

—Hasta que tú llegaste, en esta ciudad no había delincuentes —murmuró.

La expresión que marcó su respuesta le resultó sorprendente. Si no le conociera mejor, hasta diría que le había herido con ese comentario.

—Mira —le dijo con suavidad—. Sé que estás un poco molesto por los artículos que he...

—¿Un poco molesto? —repitió con incredulidad—. ¿Un poco *molesto*!

—Pero no eran tan malos como podrían haber sido. Si los lees con atención, eran muy...

La sonrisa de Ethan, tan cálida, tan llena de vida, tan lejos de

cualquier cosa maligna o amenazadora, la pilló desprevenida, y ella inmediatamente dejó de ponerse excusas y se quedó mirándole en silencio, diciéndose una vez más que era una pena que un hombre tan atractivo se hubiese dejado arrastrar por el crimen. La verdad es que no parecía el típico mañoso, ni mucho menos. Incluso parecía un tipo verdaderamente agradable, alguien a quien merecería la pena conocer.

–¿Quién eres? –se oyó murmurar.

–Vamos, Ángel. Tú sabes bien quién soy.

–No, creo que no –suspiró–. Antes creía saberlo, pero ahora no estoy tan segura. Ése es el problema. Uno de ellos, al menos.

La sonrisa que le dedicó como respuesta fue enigmática, mezcla de desilusión y satisfacción.

–Soy Ethan Zorn –dijo, casi como si se conocieran por primera vez–. Un nombre de negocios trabajador y que naja constantemente. Y desde que he llegado a vuestra preciosa comunidad, me he encontrado en una situación distinta a todo lo que he experimentado antes.

–¿Ah, sí? ¿Y qué situación es ésa?

Él pareció dudar.

–Pues que de pronto estoy empezando a sentir algo por una mujer que cree que soy algo que no soy.

Cuando empezó a caminar hacia ella, Angie tragó saliva. Tenía que decir algo, lo que fuese, porque aquella conversación estaba empezando a tomar un cariz muy extraño. Pero por mucho que lo intentó, no fue capaz de pronunciar palabra, así que sólo pudo limitarse a contemplar cómo Ethan se acercaba, haciéndose más grande y más dominante con cada paso.

–Una mujer –continuó con una voz muy suave–, que ha confesado haber estado admirándome desde lejos. Une mujer –continuó–, con quien he podido saborear... la magia... dos veces ya.

–Ya te he dicho– contestó, y su voz era apenas audible– ...que es por culpa de Bob. De no ser por él, yo ni siquiera...

–Éso no es cierto, Ángel.

Ethan se detuvo frente a ella y primero la miró a los ojos, pero después fue bajando la mirada hasta su boca, su cuello, sus pechos, sus piernas.

Inconscientemente Angie se llevó la mano al cuello de la camisa y la cerró, pero aquel gesto sólo sirvió para hacerle sonreír. Incapaz de soportar seguir sentada mientras él continuaba de pie delante de ella, se levantó muy despacio, pero sólo entonces se dio cuenta de que de pie era aun mucho más vulnerable.

Estar sentada le había ofrecido una explicación para que él resultase mucho más grande que ella, pero de pie la diferencia seguía

siendo enorme, de modo que no tuvo más remedio que admitir que era un tipo grande y fornido, capaz de hacer con ella lo que quisiera.

Si es que lo quería, se dijo. Ethan Zorn era un hombre impresionante y poderoso. Un hombre que podía conseguir lo que quisiera cuando lo quisiera. Entonces, ¿por qué estaría perdiendo el tiempo jugando con ella? ¿Por qué no se limitaba a hacer lo que los mañosos hicieran con las chicas inocentes como ella? ¿Por qué quería volverla loca, acosándola para que adivinase sus pensamientos?

—Y como es evidente —continuó—, que los dos estamos muy interesados el uno en el otro, quizás deberíamos llevar ese interés a su conclusión lógica.

—¿Qué quieres de mí? —le preguntó en voz baja y temblorosa, que no era de ninguna manera la impresión que habría querido darle.

Él levantó una mano y pasó un dedo sobre sus labios y a lo largo de su cuello. Su contacto fue dejando un rastro de calor por su piel, que inmediatamente se extendió a todo su cuerpo. Los ojos se le cerraron como por voluntad propia, pero de pronto recordó quién era aquel hombre y qué hacía allí. No podía dejarse llevar por un gesto de ternura.

—¿Qué quieres? —repitió.

Entonces la sujetó por la barbilla para mirarla a los ojos.

—Quiero más de lo que puedo esperar tener —dijo—. Pero me conformaré con un par de cosas.

—No comprendo...

Él asintió, un gesto tan lento e intenso que ella casi no lo percibió.

—Sí. Yo tampoco estoy seguro de comprenderlo, Ángel.

Angie fue a preguntarle algo más, pero él bajó la mano y retrocedió, volvió junto a la mesa, recogió ambas copas y apuró la suya, no sin hacer después una mueca. Luego se acercó de nuevo a ella y le tendió su copa.

—Será mejor que te lo tomes —le dijo cuando ella negó con la cabeza—. Vas a necesitarlo.

Aunque la razón le dictaba que siguiera negándose, aceptó la copa, pero en lugar de tomar un sorbo, volvió a repetir la pregunta:

—Dime, ¿qué quieres de mí?

Él siguió mirándola y ladeó la cabeza, como si estuviera contemplándola tanto a ella como lo que tenía que decir.

—Quiero que elijas una fecha —le dijo con voz suave—. Una que nos venga bien a ambos.

Cuanto antes, mejor.

Angie sacudió la cabeza con la esperanza de acallar el zumbido que de pronto había empezado a reverberar entre sus oídos.

–¿Una fecha? –preguntó-. ¿De qué estás hablando?

–Una fecha para nuestra boda.

Ella se quedó callada un instante.

–Nuestra boda –repitió, convencida de que no podía haberle entendido bien. El zumbido de la cabeza era cada vez más ensordecedor-. ¿Me estás pidiendo que me case contigo?

Él volvió a acariciar su mejilla con el pulgar, una caricia algo áspera que le dio ganas de echarse a llorar.

–Ángel –dijo él en voz baja y seria-, voy a hacerte una oferta que no vas a poder rechazar.

Capítulo Seis

Ethan no estaba seguro de que le gustase la expresión de Angie. Hasta que había anunciado su ofrecimiento, ella le había estado estudiando con un gesto raro y preocupado, casi como quien estudia un tumor al microscopio y no está seguro de si es maligno o benigno.

Entonces, de pronto, su rostro se había iluminado y había aparecido en él la más deslumbrante sonrisa. Con aquella amplia blusa blanca y sus pantalones marrones, la cara limpia y sin maquillar, le había recordado a una chiquilla de instituto a quien acabasen de elegir delegada de la clase.

La única diferencia estribaba en que ninguna chiquilla de instituto hubiera conseguido que la sangre se le disparara por las venas de la forma en que Angie Ellison lo hacía tan sólo con mirarle.

–¿Que me estás pidiendo que me case contigo? –preguntó-. ¿Así, sin más? –añadió, chasqueando los dedos.

Él asintió, preocupado.

–Así, sin más. Como ya te he dicho antes... me he enamorado de ti.

–¿Que te has enamorado de mí? ¿Amor a primera vista? –añadió, sonriendo ante tal descubrimiento.

Él asintió pero más despacio.

–Sí...

–¿Y ahora quieres casarte conmigo? –preguntó con una sonrisa que casi le cegó.

Asintió una vez más.

–Sí... –contestó.

–Dios mío, señor Zorn...¿y si yo no quiero casarme? –preguntó con la misma alegría de una reina del baile-. Sobre todo con un asesino rastrero y mañoso como tú...

–No te preocupes, que sí que vas a querer –le aseguró entre dientes-, una vez hayas oído lo que voy a ofrecerte.

–¡Vaya por Dios! Y yo que me había estado reservando para el príncipe Eduardo...

–Siéntate, Ángel –le dijo, señalando al sofá-. Allí.

Y para sorpresa suya, obedeció sin rechistar. Ethan había estado dándole vueltas y más vueltas al problema de Angie el Ángel, y no había podido llegar a otra conclusión más que a aquella. Dos personas distintas le habían ordenado que la hiciese desaparecer, y Ethan no estaba seguro de qué lado temía más.

No podía imaginarse cómo se las había arreglado para hacerlo, porque había tenido sumo cuidado de cubrir sus huellas nada más dejar su casa de Filadelfia, pero Angela Ellison, reportera del diario *Endicott Examiner*, se las había arreglado para descubrir lo que podía

ser la historia del siglo en su ciudad.

Era obvio que Ethan y sus colegas habían infravalorado a los ciudadanos locales al decidir establecer una nueva base de operaciones en Indiana. Los habitantes de Endicott no estaban tan mal informados como habían supuesto, ni tampoco estaban dispuestos sin más a pasar por el aro lo que él y los demás habían planeado.

Y para colmo, una chica encantadora como Angie Ellison había aparecido en escena. De alguna manera se había convencido a sí misma de que iba a salvar a su ciudad sacando a la luz del día las pretensiones de la mafia.

Detestaba las ocasiones en las que la gente decente se veía envuelta en sus asuntos, porque la mayoría de los tipos para los que trabajaba no tenían escrúpulos a la hora de deshacerse de la gente que se metía donde nadie le llamaba así que, si no hacía algo para callar a Angie, alguien lo haría.

Él no se asustaba fácilmente, pero los tipos con los que había estado tratando últimamente no eran precisamente corderitos. A pesar de llevar ya seis meses formando parte del círculo interior, sabía que todavía no confiaban en él, y viceversa: él tampoco confiaba en ellos en lo referido a su seguridad personal y a la de Angie.

Ella había insinuado lo bastante en su periódico como para disparar las alarmas de todos aquellos a los que tanto esfuerzo le había costado llegar. Había sugerido lo bastante como, para que las personas indicadas se alertasen.

«Dios, qué paranoia hay en la mafia...»

La única forma que había encontrado de salvaguardarla era ofrecerle protección las veinticuatro horas, y conseguir que fuese una persona siempre fiel a él y a su... ocupación.

Y sólo había una forma de hacer tal cosa.

Iba a tener que casarse con ella.

Puede que estuviese anticuado, o que su actitud fuese sexista, e incluso la de un loco, pero le gustaba pensar en sí mismo como una especie de caballero andante, por mucho que la armadura hubiese cambiado a lo largo de los años. Y el hecho era que, aunque estuviese trabajando con la peor clase de gente, un hombre tenía que tener un cierto sentido del honor; saber dónde se debe trazar la línea entre el bien y el mal.

Sí, bueno, puede que su línea hubiese dado unos cuantos saltos a lo largo de los años, pero al menos seguía manteniéndola, y asegurarse de que gente inocente no resultase herida era algo que estaba en el campo del bien. Pero era esencial que, al tiempo que protegía a Angie, no se despertaran sospechas. Tenía que buscarse una excusa legítima

para poder vivir con ella para que los locales no sospechasen nada.

Porque aquello era Endicott, Indiana, la última de las ciudades pequeñas que seguían siendo como décadas atrás. Ni siquiera le sorprendería encontrarse vírgenes de treinta años, de modo que ninguna mujer como Angie Ellison iba a dejarse llevar por él. No a no ser que existiese alguna clase de motivación cósmica a la que poder echarle la culpa, como por ejemplo a Bob, y no sin que hubiese alguna clase de acuerdo socialmente aceptable. Incluso si ese acuerdo era esencialmente contra su voluntad.

Ethan no tenía otra opción, y Angie tampoco. Había llegado a la única conclusión lógica y tenía que hacérsela comprender. Dicho de otra manera: iba a tener que conseguir que se casase con él. O al menos hacer creer a los chicos malos y al resto de la ciudad que se casaba con él.

Se separó de ella y caminó despacio hasta la ventana del salón. Un telescopio pequeño y barato se asentaba precariamente sobre un trípode y Ethan se acercó a él con verdadero interés.

–Tienes un telescopio –comentó, cambiando deliberadamente de tema.

Sintió sus dudas, pero al final le contestó.

–Todo el mundo en Endicott tiene un telescopio cuando Bob se acerca.

Ethan asintió y se agachó a mirar.

–No veo mucho –dijo.

–Pues yo veo lo bastante para saber quién es quién.

Su comentario le hizo darse la vuelta.

–Creo, Ángel, que tú sólo ves lo que quieres ver.

Angie se levantó del sofá, dejó la copa sobre la mesa y se acercó a él, cruzándose de brazos.

–¿Ah, sí? –le preguntó, mirándole directamente a los ojos–. Pues aunque me gustaría mucho conocer al hombre adecuado y casarme, no me cabe la menor duda de que tú no eres ese hombre, señor Zorn. Así que no pienses en mí para boda alguna.

Él sonrió.

–Ya veremos.

Dejó el telescopio y se acercó de nuevo a ella. Pero aquella vez se detuvo antes de tocarla y ocultó las manos en los bolsillos del pantalón. Por un momento, se limitó a mirarla, a dejarse llevar por la profundidad de sus ojos castaños, por el brillo de sus labios entreabiertos y el arrebol de sus mejillas, que indicaba que no estaba ni mucho menos tan tranquila como pretendía hacer creer. Entonces pasó con desgana a su lado y se dio la vuelta.

–Angie –le dijo, adoptando su mejor voz de Marlon Brando–, has estado diciendo algunas cosas que han hecho parecer que mis socios y yo no somos trigo limpio.

Ella se dio la vuelta y sonrió con sarcasmo.

–Vaya, vaya., ¿y no será eso porque tanto tú como tus asociados no sois más que gusanos asesinos? Además, lo que sería verdaderamente difícil sería haceros parecer lo contrario.

–Así que el angelito sabe rugir, ¿eh? –comentó Ethan con una sonrisa, ocultando la admiración que le inspiraba el hecho de que aún fuese capaz de enseñar las uñas y los dientes cuando estaba claramente acorralada. Tenía que admitir que su valentía era conmovedora. Estúpida, pero conmovedora.

–Como te dije ayer –contestó ella con mucha suavidad–, no me asustas.

Ethan dio unos pasos hacia ella y bajó la cabeza hasta que sus narices se rozaron.

Entonces enredó unos cuantos mechones de su pelo rubio en un dedo.

–En ese caso, voy a tener que cambiar de táctica.

Sus ojos se abrieron de par en par.

–Eso no será necesario –dijo, más complaciente–. Escucharé lo que tengas que decirme.

Aquella repentina capitulación le enervó, pero decidió seguirle el juego de momento.

Despacio, soltó su pelo e interpuso algo de distancia entre ellos.

–Como ya te he dicho –comenzó de nuevo–, has estado propagando la idea de que soy un hombre en el que no se debe confiar, y que estoy aquí bajo falsas premisas, y no las que te describí en nuestra primera reunión. Recuerdas esa reunión, ¿verdad, Ángel? –añadió, sólo por el gusto de ver su reacción–. Me refiero a la noche que me pediste que te atara.

–Yo no...

–Y no me gusta esa insinuación que has hecho de que yo no soy quien digo ser –le interrumpió, y esperó a que ella volviera a mirarlo para continuar–. Incluso si tienes razón.

Incluso si de verdad no soy quien digo ser.

–¿Qué? –le preguntó al final de una breve pausa.

–He dicho que tienes razón.

–¿Ah, sí?

–Sí. Desde el principio.

–¿Sí?

Él asintió.

–Trabajo para... para una tercera parte. Una parte cuyo interés está puesto en la empresa farmacéutica de tu padre. Una tercera parte que quiere emplear la compañía de tu padre para ampliar sus negocios, un negocio que no está lo que se dice respaldado por la ley.

¿Comprendes lo que te quiero decir?

Ella negó tímidamente con la cabeza.

–Estoy aquí trabajando para la mafia, Ángel. Y queremos utilizar la plataforma de la empresa de tu padre para ampliar nuestro negocio de fabricación de drogas.

Ella lo miró boquiabierta

–¿Cómo?

Él asintió filosóficamente.

–Sí. Todo lo que has sospechado de mí y de mis motivos es acertado –la expresión de ella le hizo reír–. No tienes por qué sorprenderte tanto, Ángel. Ten más fe en ti misma como periodista. No sé cómo lo has hecho, pero tus investigaciones han sido acertadas. Has hecho un buen trabajo.

Ella sonrió con nerviosismo; estaba claro que no sabía muy bien si sentirse orgullosa de sí misma o si tener miedo de él.

–Gracias –le dijo–. Sabía que tenía razón. Sabía que eras un gusano, un asesino mañoso que...

–Un trabajo *demasiado* bueno –le interrumpió, bajando la voz–. Ya sabes a qué me refiero.

Ella lo miró en silencio un momento y él observó fascinado el funcionamiento de su cerebro.

–No estoy segura de saber a qué te refieres –dijo al fin.

–Seguro que sí. Inténtalo –contestó, acercándose.

–No. Lo siento. Sigo sin comprender.

Otro paso más.

–Te has acercado demasiado a lo que está ocurriendo en Endicott –le dijo, confiando en estarle dando la dosis justa de suspense y misterio–. Has puesto... nerviosas a unas cuantas personas.

–¿A que... a qué clase de personas? –balbució.

El se limitó a sonreír.

–Y me han pedido que... haga algo contigo.

Ella tragó saliva ostensiblemente.

–¿Que hagas algo conmigo?

Él asintió y dio un paso más.

–Algo... ¿cómo qué?

Ethan se encogió de hombros.

–Como hacerte desaparecer de escena.

–¿De–desaparecer de escena?

Otro paso más.

–Ponerte fuera de circulación.

–¿Po–ponerme fuera de–de circulación?

Un paso más. Hacia ella.

Angie tragó saliva

–No creía que los gángsters hablaseis así de verdad –murmuró.

–Y no hablamos así. Sólo intentaba decirte lo que quieren que haga contigo de forma suave –Angie tragó saliva ostensiblemente–. Pero les he dicho que tengo otra idea mejor para ti –añadió, y dio el último paso–. Tiene que ver con eso de que me hayas estado admirando desde lejos, y con que quieras que te ate y todo eso...

–Pero...

–En fin, Ángel, esta es mi oferta –continuó–: tú y yo vamos a casarnos, tan pronto como sea posible. Luego tú vas a dejar de hacer insinuaciones en la prensa, porque no querrás hundir el buen nombre de tu marido. Al fin y al cabo, también será el tuyo –sonrió.

–Yo creo que no...

–Y este matrimonio es también una buena idea porque si las cosas llegasen a ponerse un poco... *incómodas*, con la policía quiero decir, no podrías testificar contra tu querido marido.

–No. No entiendes lo que...

–Me ha costado lo suyo, pero he conseguido convencer al gran jefe de que estás locamente enamorada de mí, y que tus artículos del periódico no eran más que una forma de vengarte de mí porque yo salía con otra mujer.

–¡Un momento! ¡Te estás pasando de la raya! Yo nunca...

–Pero ahora me he dado cuenta de mi error y he decidido que soy el perfecto caballero que las prefiere rubias, así que voy a repirme a tus ruegos y a hacer una mujer honesta de ti.

–Muchas gracias por la consideración pero el...

–Y con eso, Ángel, debes quedar callada de una vez por todas.

El temor que pudiera sentir por su seguridad se había desvanecido para cuando terminó de explicarle todo, y se había visto reemplazado por la indignación.

–¿Quedar callada? –preguntó con una voz tan baja y serena que él supo que estaba a punto de estallar–. ¿Callarme a mí?

–O te casas conmigo, o te enfrentas a las consecuencias. Y esas consecuencias son las causas de tu desaparición indefinida. ¿Me comprendes?

Ella casi se echó a reír.

–Menuda elección. Mira, guapo: yo soy periodista, así que no pienso callarme. Y nadie podrá hacerme callar; ni tú, ni tus amenazas.

Nadie.

—¿Ah, no?

Ella asintió.

—Eso he dicho.

Se miraron el uno al otro en silencio durante un momento, desafiándose ambos, exigiéndose la rendición. Angie se sentía más incómoda con cada segundo que pasaba, pero

¿qué podía hacer? La vida en Endicott no la había preparado para enfrentarse a la posibilidad de que un gángster irrumpiese en su casa y le propusiera que se casase con él.

De pronto, oyó un sonido extraño que provenía de su interior, el sonido del nerviosismo y de la ansiedad. Y al mirar a Ethan, supo que él también lo había oído, porque su sonrisa se volvió depredadora. Un segundo después, rozaba con los dedos la corbata de seda que llevaba puesta.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó—. ¿Vas a atarme de verdad?

«Eres imbécil, Angie», se reprendió por segunda vez, cerrando los ojos con fuerza para no ver su propia vergüenza. ¿Por qué demonios había vuelto a sacar este tema? Oyó a Ethan reírse y abrió los ojos para encontrarle sonriendo como lo haría un gato delante de una sardina.

—Bueno, supongo que si tanto lo deseas —le dijo con una voz enloquecedoramente suave—, voy a tener que darte ese gusto.

Angie no pudo camuflar una sonrisa nerviosa que se dibujó en sus labios. Ethan seguía mirándola, sonriendo de medio lado y sin dejar de acariciar su corbata, como si no pudiera esperar para usarla.

—Estás de broma, ¿no? —le preguntó cuando pudo.

Su única respuesta fue empezar a deshacerse muy despacio el nudo de la corbata.

—No te atreverás.

Sin una palabra, deshizo el nudo Windsor perfecto y fue sacando, centímetro a centímetro, la corbata de debajo del cuello.

—No —dijo ella, levantando una mano—. De ninguna manera.

—Sí. Por supuesto que sí.

—No te atreverás —repitió.

Se envolvió un puño con un extremo y el otro con el otro para darle a la corbata un buen tirón.

—¿Sabes una cosa? —le preguntó—. Pues que nunca he podido resistirme a un desafío.

Capítulo Siete

–Mira, Ángel, si fueses un poco más razonable, no tendríamos este problema.

Angie miró a Ethan echando fuego por los ojos e intentó soltarse de la corbata de seda que unía sus muñecas tras el respaldo de la silla. Como no lo consiguió, intentó librar las piernas del cinturón de seda de su propia bata que las tenía sujetas a las patas de la silla de la cocina. Nada.

Ethan la había atado hacía más o menos media hora, y ahora estaba sentado frente a ella, a caballo en una silla igual a la suya pero con el respaldo hacia delante.

–¿Qué sea yo la razonable? –contestó entre dientes–. Soy yo quien está atada a la silla,

¿sabes?

Él apoyó la barbilla sobre el brazo que tenía colocado en el respaldo y sonrió.

–Bueno, Ángel, parecías desearlo tanto que no he querido desilusionarte.

Angie se imaginó poder estrangularle con sus propias manos, e incluso apretó los puños, pero lo único que dijo fue:

–Tú eres el único que no está siendo razonable. Desátame. Ya.

–Pues yo creo que estoy siendo perfectamente razonable –replicó–. Además, me da la sensación de que, como dice el refrán, los árboles no te dejan ver el bosque.

Angie lo miró sorprendida.

–¿El bosque? El único bosque que hay aquí es que un asesino mañoso me ha atado a una silla en mi propia casa. ¿Cómo quieres que sea razonable?

Él hizo una mueca de disgusto.

–¿Sabes? Estoy empezando a cansarme de que me llames asesino. Nunca he matado a nadie, para que lo sepas. Todavía no.

–Ah, ya. Y pretendes que me lo crea, ¿no?

–Es que es verdad –le dijo, y si no le conociera mejor, habría jurado que le dolía que pensase algo así de él–. El asesinato no entra en la descripción de mi puesto de trabajo.

Angie elevó los ojos al cielo. ¿Qué los gángsters tenían «descripciones de sus puestos de trabajo»? ¿Y qué más? ¿Sindicato, también? ¡Ja!

–¿Quieres hacer el favor de desatarme? –le volvió a pedir, peleándose una vez más con la corbata–. Se me están empezando a dormir los brazos.

–¿Por qué no lo has dicho antes? –replicó, preocupado–. Eso puede

arreglarse.

Se levantó y fue a su espalda, pero en lugar de soltarla, le pasó las manos por los brazos.

–¿Dónde te duele? –le preguntó, dándole un suave masaje–. ¿Aquí?

El roce de sus dedos la estaba afectando de una manera que habría dado cualquier cosa por evitar. Pero por mucho que deseaba sentir repulsa por Ethan Zorn, por mucho que deseaba odiarle, simplemente no conseguía hacerlo. A pesar de lo que hacía para ganarse la vida, a pesar de la forma en que había decidido ignorar la legalidad, a pesar del hecho de que carecía de ética y de moralidad...

Angie suspiró. La cosa es que era un hombre encantador: divertido, inteligente, atractivo, sexy... incluso podía ser tierno y delicado en su propio estilo. Y ella estaba reaccionando ante él como lo haría ante cualquier otro hombre que tuviese esos mismos rasgos.

«Es un criminal», se obligó a recordar. «Te ha dicho claramente que trabaja para la mafia, y que quiere apoderarse de la empresa de tu padre para sus propios fines».

«Sí, pero es tan encantador», le dijo otra voz interior. «Además, tu respuesta no es del todo culpa tuya. No te olvides de Bob».

En circunstancias normales, Ethan Zorn le parecería repulsivo, ¿no? Todo era culpa de Bob. No podía evitar sentirse atraído por un criminal, ¿verdad? Dichoso Bob...

–¿Te sientes mejor? –oyó que Ethan le preguntaba, y su voz le sonó algo ronca y muy muy cerca.

Al tiempo que sentía el calor de sus manos en los músculos doloridos, estaba notando también su respiración en el pelo y su perfume, algo limpio y conservador que parecía no encajar con la clase de hombre que era.

La sangre empezó a volarle por las venas, llevando un extraño calor por todo su cuerpo.

El corazón empezó a latirle acelerado y su respiración se tornó trabajosa, algo que esperaba que él no pudiera percibir.

–Un... un poco más... arriba –balbució–. Por encima de los codos.

No podía verle. Sólo sentía su presencia detrás y el roce de sus dedos en los brazos y Angie cerró los ojos para intentar conjurar la imagen de otro hombre en su lugar. Un hombre bueno, decente, un hombre del que ella pudiera estar orgullosa. Pero la visión que se apareció ante sus ojos fue la de un hombre de pelo negro y ojos castaños y beatíficos. El hombre bueno que debía suplantar al malo no era otro que Ethan Zorn.

Y es que había algo en Ethan que no cuadraba, algo que parecía no encajar con su profesión. No sabía por qué estaba tan segura, pero de

alguna manera Angie sabía que Ethan no era quien decía ser. No sólo no era representante de la Cokely Chemical Corporation, sino que tampoco era un gángster.

O al menos, no era un nombre malo en el fondo.

Ojalá tuviese tiempo de analizarle, de revisar las razones que la habían conducido a su primer diagnóstico de él en la esperanza de encontrar el punto en el que se había equivocado. Pero él eligió aquel preciso momento para subir las manos un poco más arriba, exactamente más allá de los hombros y hasta su cuello, y Angie perdió por completo la capacidad de pensamiento.

–Mm... –murmuró cuando Ethan pasó el pulgar por la línea de su mandíbula–. Ethan...

Era la primera vez que se dirigía a él de ese modo, y se sintió extraña. Él se acercó y le sintió agacharse hasta que sus cabezas estuvieron a la misma altura.

–¿Te sientes mejor? –le preguntó en voz baja y dulce.

Ella asintió.

–Entonces, ¿ya no te duelen los brazos?

–No. Me siento... mm... muy bien. Muy bien.

Le oyó reírse con suavidad.

–Me alegro. De pronto, yo tampoco me siento tan mal.

Hubiera querido decir más, pero las palabras se le quedaron bloqueadas en la garganta.

Ethan se había acercado más, de modo que su mandíbula áspera por la barba rozó la de ella.

Oyó la respiración de él volverse desigual, lo mismo que el ritmo de su propio corazón, y mantuvo los ojos cerrados para disfrutar de la sensación un momento, de su proximidad, de su olor.

Y de repente se encontró deseando tocarlo, y como si actuasen por voluntad propia, sus dedos se cerraron, y sus muñecas lucharon una vez más por liberarse de la corbata. No era justo, pensó. Estaba atada a una silla que le imposibilitaba seguir sus instintos y su deseo, mientras que Ethan tenía rienda suelta para hacer lo que quisiese...

–Ethan.

–¿Sí, Ángel?

Sólo entonces se dio cuenta de que había pronunciado su nombre en voz alta, en la clase de voz que una mujer utiliza cuando quiere que un hombre la lleve a alturas sensuales que nunca antes ha visitado. Y lo supo porque él le había contestado precisamente con esa voz.

«Contrólate, Angie», se ordenó en silencio. «Es muy sexy, sí, pero seguro que le buscan en más de una docena de estados».

«No me extraña», contestó su otra voz. «Sobre todo en Indiana».

Angie apretó los ojos e hizo todo lo que pudo por controlar las reacciones de su cuerpo traidor. Pensó en ríos helados. Recordó el olor a alcantarilla. Pensó en cómo solía encontrarse el camaleón de su hermano metido en sus zapatos. Pensó en Ernest Borgine.

Recordó cómo Hacienda se cebaba en las personas solteras.

Pero no consiguió nada.

A pesar de sus esfuerzos por sofocar el deseo que había despertado en ella, el roce de los dedos de Ethan seguía intoxicándole el cerebro, y ella, que Dios la ayudase, se sentía caer cada vez más bajo su hechizo.

–Ethan... –solvió a decir.

–¿Mm?

«Esto no va bien. Nada bien. Parece aún más excitado que yo».

–Eso no... no puede... ah... no va a funcionar –le dijo.

Por un momento él no contestó y siguió acariciando su cuello con el pulgar.

–¿Qué es lo que no va a funcionar? –le preguntó.

–Lo que... estás haciendo con las manos.

Bajó el dedo en dirección de la espalda y Angie se las arregló para sofocar un suspiro de rendición.

–¿Y qué es lo que estoy haciendo con las manos? –preguntó mientras con la otra mano imitaba el movimiento anterior. Arriba y abajo, desde la base del cuello hasta los hombros.

–Eso –dijo casi sin voz.

–¿Eso? –preguntó, repitiéndolo una vez más–. ¿O eso? –añadió, llegando con el índice hasta el primer botón de su blusa, jugando alternativamente con él y con la piel que había debajo.

Angie contuvo la respiración.

–Las dos cosas. No van a funcionar. No vas a conseguir que cambie de opinión. No vas a convencerme de que me case contigo.

El detuvo las manos un instante y ella intentó ahogar las pequeñas explosiones de calor que sentía por cada ápice de piel que él había tocado. Pero su cuerpo, su cuerpo traidor y débil, a pesar de todo, se movió hacia él del mismo modo que un cometa se siente atraído hacia el sol. Era magnético, y ella no podía resistírsele.

–Hemos llegado a un punto, Angie –le dijo con una voz igual de ahogada que la suya–, en el que he renunciado a intimidarte.

–¿Que... que has renunciado? –murmuró, maravillándose ante la profundidad de su desilusión. –

Él hundió entonces una mano en su pelo y otra bajo su blusa. Angie contuvo la respiración ante la invasión e instintivamente arqueó

la espalda.

–Sí –continuó él al encontrar el encaje de su sujetador–. Llegados a este punto, he decidido intentar seducirte. Nuestro matrimonio sería mucho más interesante así, ¿no crees?

El corazón se le paró durante casi un segundo y después latió tan rápido que hasta se sintió mareada.

–Tampoco quiero que hagas eso –le aseguró con una voz temblorosa–. No pienso dejarme seducir por un... un...

–¿Asesino mañoso?

–Eso.

–Bueno... –suspiró él–. Entonces me temo que tendré que convencerte de que no soy esa clase de hombre, ¿no?

–Nunca me convencerás de eso –contestó, aun odiándose a sí misma por decir tal cosa.

–¿Ah, no? –replicó él, en voz baja y peligrosa–. Observa con atención.

Despacio, tan despacio que Angie podría haber protestado de haber sido capaz de hacerlo, Ethan fue bajando la mano hasta llegar a cubrir su pecho, lo que le obligó a ella a contener un gemido.

Su silencio debió animarlo porque con la misma suavidad, subió la mano y la deslizó bajo el suave encaje de su sujetador. Con la levedad de un suspiro, volvió a bajarla hasta cubrir por completo su pecho con la palma de la mano.

Como si los dos fuesen uno, ambos suspiraron, Angie arqueando la espalda hacia su caricia, él cerrando los dedos, poseyéndola.

–Tienes una piel tan suave, Ángel –le susurró al oído–. Tan caliente. No tendrás la gripe, ¿verdad?

–Por favor... –murmuró ella, aunque no sabía bien si era rechazando algo o pidiendo más.

–¿Por favor qué? –le preguntó él, al tiempo casi la yema de su pulgar encontraba el centro maduro de su pecho, y Angie contuvo la respiración al sentir cómo trazaba un círculo sobre él.

–Por favor... –dijo de nuevo, aunque no estaba segura de lo que quería que hiciese. Su razón parecía haber sido reemplazada por una imperiosa necesidad.

–¿Por favor, qué? –repitió, y su voz sonó más rota que la de ella.

Apretó entonces su pecho, dejando constancia de su posesión, y una explosión de calor la sacudió. Angie intentó una vez más liberarse de las ataduras, y una vez más se encontró completamente atrapada. Fue entonces, al darse cuenta de que había sido él quien la había atado, cuando encontró en coraje de poner fin a todo aquello.

–Por favor, basta –susurró.

Y a pesar de que su tono de voz no llevaba ni mucho menos la insistencia que ella hubiera querido, Ethan se quedó inmóvil, y tras una última caricia, apartó la mano despacio... Dios, tan despacio que Angie contuvo la respiración. Después soltó el pelo que había tenido en un puño y retrocedió. Sólo cuando le sintió volver de nuevo delante de ella, abrió los ojos.

–Hay algo entre nosotros, Ángel –le dijo, clavándola con una mirada que era al mismo tiempo solícita y exigente–. Algo fuerte, muy fuerte. Échale la culpa a Bob si quieres, pero creo que es algo mucho más rápido y más elemental que un pedazo de roca incandescente que viaja por el espacio.

Angie sabía que contradecirle sería mentir, y que él también lo sabía, así que guardó silencio.

–Pero te prometo –añadió Ethan–, que no volveré e tocarte a menos que... hasta que tú me lo pidas. Hasta que nos hayamos casado.

–No vamos a casarnos –le dijo–. Y no vas a volver a tocarme.

–No hasta que tú me lo pidas.

–Entonces, nunca jamás.

–Ya lo veremos.

Ethan empezó por soltar los nudos de sus piernas y después desató sus muñecas. Angie se frotó los brazos inmediatamente, tras una breve mueca de dolor.

–Lo siento –le dijo Ethan, y parecía sentirlo de verdad–. Sólo quería que me escuchases, y no se me ocurrió otra forma de conseguirlo.

Ella se echó a reír con incredulidad.

–Deberías probar a hablar de una forma razonable.

Él arqueó las cejas sorprendido.

–De acuerdo. Si quieres que sea razonable, eso es lo que voy a ser.

Y volvió a sentarse a caballo sobre la silla. Durante unos minutos no dijo nada, sólo la observó como si estuviese recordando cada caricia, cada sonido, cada vibración que había pasado entre ellos. Su expresión se tornó soñadora y distante, y esbozó una ligera sonrisa.

–Voy a contarte los hechos tal y como son, Ángel –le dijo un momento después, pero su voz aún parecía distante–. Has estado hurgando en sitios en los que no deberías haber metido las narices, y ahora hay unas cuantas personas que temen que vayas a sacarlas a la luz.

Angie intentó seguir el hilo de aquel nuevo asunto, pero la cabeza aún le daba vueltas a consecuencia del intercambio eléctrico que habían compartido.

–Eso es porque voy a sacarlas a la luz.

–Si lo haces, sufrirás por ello.

No la estaba amenazando; ni siquiera haciéndole una advertencia. Simplemente estaba constatando un hecho. Si seguía adelante con sus investigaciones, alguien vendría a por ella. Y lo curioso era que parecía molestarle tanto a él como a ella.

–De acuerdo –dijo a regañadientes–. No seguiré adelante.

–No es suficiente.

–¿Cómo que no es suficiente?

–És muy poco y muy tarde. No lo comprendes. Estos tipos son chicos duros que viven fuera de la ley, y los has asustado.

Se levantó tan rápido que su silla cayó al suelo. De algún modo, parecía estar suplicando, y por ridículo que pudiera parecer, eso le asustaba aún más.

–Los has asustado –repitió–, y eso no les gusta, Ángel. Sobre todo tratándose de una mujercita de provincias.

Ella tragó saliva.

–Vaya... pues lo siento mucho.

–No quieren que sigas armando ruido –continuó como si ella no hubiese hablado–.

Quieren que desaparezcas. ¿Comprendes?

Angie volvió a tragar saliva. Hubiera querido decirle algo valiente y despreocupado, pero no se le ocurrió nada en absoluto.

–¿Por qué te preocupas por mí? –le preguntó–. Tú mismo has dicho que soy como un incordio, y no debería importarte lo más mínimo que desaparezca.

Ethan frunció el ceño y con suma ternura, puso la mano en su mejilla.

–No quiero que te hagan daño.

No encontró nada que decir ante aquello, así que sólo lo miró en silencio. Él acarició su mejilla una sola vez con el pulgar y después bajó la mano.

–La cuestión es –continuó–, que podrían pensar de otra manera si te tuvieran de su lado, de modo que puedan tenerte vigilada –dudó un instante antes de añadir–: donde yo pueda tenerte vigilada.

–Pero...

–Mira, no tienes que casarte conmigo de verdad –le dijo–. Sólo tenemos que conseguir que los peces gordos piensen que es así.

–¿Qué quieres decir?

–Quiero decir que sólo tenemos que fingir casarnos. Creo que con eso bastaría, al menos por el momento y para mantener a mis superiores y a mis colegas a distancia. Y así tendría una excusa para

estar contigo a todas horas, día y noche, de modo que tu buena reputación no se vera afectada.

–¿Por qué «por el momento»? –le preguntó. Era increíble, estúpido e innecesario, pero hasta estaba considerando su proposición.

Pero ¿y si tenía razón? ¿Y si de verdad estaba en peligro? ¿Y si el hecho de que pensaran que era su mujer minimizaba ese riesgo?

–Porque después –continuó, ajeno a lo que ella había estado pensando–, mi trabajo aquí habría terminado.

–Creía que ibais a quedaros con la empresa de mi padre –le recordó–. Y si es así ¿no tendríais que estar de forma permanente en Endicott? En cuyo caso –añadió rápidamente–, tendría que volver a mi cruzada en vuestra contra.

–Yo no he dicho que esté decidido que vayamos a quedarnos con la empresa de tu padre.

Sólo he dicho que estamos considerando la posibilidad.

–Pero ¿y si al final decidís que sí?

Él inspiró profundamente para contener su frustración.

–Ángel, ¿quieres confiar en mí?

Ella abrió los ojos de par en par.

–¿Que confíe en tí? No hablarás en serio.

Él asintió.

–Sí, hablo en serio.

Angie se lo quedó mirando un momento, y se preguntó si podría confiar en su instinto cuando un cometa de la estratosfera estaba haciendo que la gente del lugar hiciera y dijera las cosas más extrañas. Porque su instinto le decía que debía confiar en Ethan Zorn. Su instinto le empujaba a creer que se preocupaba sinceramente de su seguridad, y que de verdad le importaba mucho lo que pudiera ocurrirle. Su instinto le decía que era un buen hombre, que se preocupaba de su bienestar.

Pero ¿hasta qué punto podía confiar en su instinto?

Ethan pareció interpretar su silencio como un buen síntoma, porque continuó:

–Tengo un amigo en Filadelfia que antes era sacerdote. Desgraciadamente se sintió tentado por lo que recogía en el cepillo de la iglesia, y su permiso para seguir ejerciendo como sacerdote fue revocado. Desde entonces, trabaja para nosotros.

–Un hombre de iglesia que trabaja ahora para la mafia –repitió Angie por si no había oído bien.

Ethan se encogió de hombros.

–Nosotros necesitamos un guía espiritual tanto como los demás.

–Más bien.

–En cualquier caso, ya he hablado con él y me ha dicho que puede ocuparse de todo.

Hará parecer que te casas conmigo, sin que de verdad tengas que pasar por la vicaría.

–Es una locura, Ethan –le dijo.

–Me temo que no tienes mucho donde elegir.

–Quizás podría escribir un artículo retractándome del anterior.

–Eso no bastaría.

–También podría marcharme de la ciudad durante una temporada.

–Te encontrarían.

–No si...

–Te encontrarían –repitió, y su mirada era demasiado seria como para dudar.

Angie intentó pensar en otra cosa, lo que fuera, que pudiera representar una alternativa, pero nada de lo que se le ocurrió podía ser más efectivo que el matrimonio fingido que Ethan le proponía.

Tan malo no podía ser... Al fin y al cabo, sería cuestión de meses, y los dos se llevaban bien de una forma un tanto extraña, pero bien. Aunque detestase admitirlo, Ethan le gustaba... más o menos.

Además, había prometido no tocarla, a menos que ella se lo pidiera, lo cual no ocurriría ni en un millón de años. Ni siquiera teniendo a Bob acechando en el horizonte. Pero, ¿podía de verdad confiar en alguien que vivía al otro lado de la ley? ¿Y qué otra posibilidad tenía si otros criminales la buscaban para... liquidarla?

–Bueno, Ángel –dijo él, interrumpiendo la cadena de preguntas que atoraban su cabeza–.

Necesito saberlo: ¿vas a casarte conmigo, sí o no?

Capítulo Ocho

—Yo os declaro marido y mujer.

Angie oyó el anuncio como a través de una densa niebla y se preguntó una vez más cómo Ethan Zorn se las habría arreglado para convencerla de cometer una locura como aquella, y qué demonios estaba haciendo casándose con él.

«Pues salvar el pellejo; eso es lo que estás haciendo», se dijo a sí misma. «Hacer lo necesario para evitar que la mafia te liquide».

¿Cómo diablos habría llegado a meterse en aquel lío? Ah, sí. Quince años atrás le había pedido a un cometa que ocurriese algo excitante en aquella ciudad. Y Bob, que el diablo le confundiera, le había concedido el deseo a través de Ethan Zorn. Qué considerado. Qué amable.

De vez en cuando, mientras era pequeña, había soñado con el día de su boda. Solía vestir a su Barbie con el traje de novia de encaje que su tía Emma le había hecho a mano, al G.I.

Joe de su hermano con su uniforme de gala de marine de los Estados Unidos, espada incluida, y con los dos muñecos se había dirigido a la abadía de Westminster, que era el distribuidor del piso de arriba en casa de sus padres, y allí, con Christie, la mejor amiga de Barbie, actuando como obispo, Angie había preparado la escena de boda más hermosa que el mundo conociera jamás.

Y aquella particular escena no había tenido nada en común con la que Angie acababa de vivir en el papel de novia. En lugar de un precioso vestido de encaje hecho a mano, había tenido que comprar el único vestido de su talla que había encontrado en Novias Hildy, que consistía en una falda ajustada en satén color marfil, con un cuerpo del tamaño de Argentina y un escote hasta Tierra del Fuego. El tocado era aún más surrealista, una enorme creación con perlas más adecuada para un espectáculo en Las Vegas que para la capilla de una pequeña ciudad.

Ethan, por otro lado, parecía tranquilo y frío, oscuro y peligroso, y tremendamente cómodo en el papel del novio. Su esmoquin negro era sobrio y elegante, y como único adorno llevaba una pequeña rosa roja en la solapa. En lugar de la tradicional pajarita, había elegido una camisa blanca sin cuello abrochada con un solo botón dorado, de tal modo que Angie tenía que contener un suspiro cada vez que le miraba, tan atractivo y tan sexy como estaba.

Al menos una parte de su fantasía infantil había salido bien. Incluso mejor de lo que cabría esperar. G.I. Joe con su uniforme azul no tenía nada que hacer frente a Ethan Zorn en su esmoquin negro.

—Puedes besar a la novia.

La frase despertó a Angie de sus sueños con la fuerza de un camión. Se había olvidado de lo del beso público para sellar su unión, pero evidentemente Ethan no.

Antes de que pudiese decir nada, él la besó con la intensidad y la destreza de un hombre que está poniendo su sello de aprobación. Se separó un instante, justo para que ella tuviese tiempo de tomar aire, y la besó una segunda vez, si cabe con más gusto. Gritos y silbidos de ánimo y deleite surgieron de entre los invitados del novio, y tímidas risillas y aplausos inciertos del lado de la novia.

Cuando Ethan la soltó al fin, Angie se tambaleó hacia atrás, y a punto estuvo de caerse por las escaleras del altar. Ethan se echó a reír y la tomó en brazos, y mientras el órgano empezaba a tocar, él bajó las escaleras del altar con ella en brazos y acompañado por los aplausos de los invitados.

Y durante todo el camino, ella sólo fue capaz de mirarlo asombrada. A partir de aquel momento, todo el mundo le iba a considerar su marido. Su marido. *Su marido*. Y un pensamiento se abrió paso entre todos los demás: aquella noche, a todos los efectos, iba a ser su noche de bodas.

Para completar la charada de aquel matrimonio, Ethan había reservado una suite en el Admiralty Inn, la versión en Endicott del Hotel Cuatro Estaciones... eso, siendo bastante generosos. Ya pesar de que le había prometido no volver a tocarla, a menos que ella se lo pidiera, lo cual no iba a ocurrir, Angie se preguntó hasta qué punto estaría dispuesto a llevar aquella farsa.

Y más importante aún: ¿hasta dónde estaba ella dispuesta a llevarla? Después de cómo había sucumbido a su propuesta hacía ahora una semana, eso sin mencionar lo rápido y fácil que se había derretido en sus brazos las ocasiones en las que la había besado, no estaba muy segura.

Todo debía ser culpa de Bob. Al fin y al cabo, aquel fin de semana iba a ser el momento en el que más cerca iba a pasar del planeta, así que, si aguantaba unos cuantos días más, los efectos de Bob empezarían a desvanecerse y ella podría volver a ser la de siempre. Es decir, una mujer a quien los hombres como Ethan no la afectaban de ningún modo.

Sólo unos días más, se dijo. Seguro que podría resistírsele sólo unos días más.

Cuando atravesaron las puertas del santuario al vestíbulo, Ethan la dejó en el suelo.

Angie tardó un instante en recuperar el equilibrio, pero aún después de hacerlo, él siguió con una mano sujetando su cintura. Y al

mirarlo, le encontró sonriendo y el corazón se le puso a galope en el pecho.

Era increíble, pero parecía feliz. Era como si estuviese verdaderamente complacido por lo que acababa de ocurrir. Pero antes de que pudiese decir una palabra, se encontraron rodeados de los invitados que querían darles la enhorabuena, y tuvo que volver a entrar en el papel de la novia feliz, lo que, curiosamente, no le costó demasiado.

Para cuando llegaron a Elks' Lodge para la recepción, a Angie empezaban a dolerle las mejillas de tanta foto. Había tenido que volver a fingir la felicidad por su nuevo estado, y de nuevo había descubierto una facilidad y una comodidad que le había sorprendido. Y

cuando el fotógrafo les pidió que repitieran el beso, hasta llegó a creer que estaba viviendo el día más feliz de su vida.

Por lo menos era el más excitante, eso sí.

Estaban los dos en la línea de recepción cuando Angie le preguntó a Ethan por uno de sus invitados.

—¿Cómo has dicho que se llama ese tipo? —le preguntó, señalando discretamente a un hombre bajito y gordo sentado junto a una mujer que llevaba tantos pájaros en el sombrero como los que salían en la película de Hitchcock—. ¿Ganso Lucy?

Ethan siguió la dirección que ella le indicaba, pero parecía distraído.

—Algo así.

—¿Qué clase de nombre es ése? —le preguntó—. Y esos otros tipos que me has presentado... Dos Dedos Nick. Eddie el Napias. Y Lenny... ¿Lenny el qué?

—Lenny el Salvaje.

—Eso es. Oye, Ethan...

—¿Qué?

—¿Cómo se supone que voy a presentar a tus amigos a mis padres? Ninguno tiene un nombre normal.

Él frunció el ceño.

—Hombre, pues no deja de ser curioso que me digas eso cuando entre tus conocidos están Boomer y Tippy.

Ella lo miró a modo de advertencia y él suspiró.

—Vamos, Ángel, quiero que conozcas a alguien.

—¿A quién?

—A mi jefe.

Angie se quedó clavada en el suelo. La última persona a la que quería conocer era a su jefe. ¿Cuál sería el protocolo tratando a los

mandamases del crimen? ¿Debería arrodillarse y besar su anillo? ¿Preguntarle si iba a necesitar alguna cabeza de caballo mientras estuviese en la ciudad?

–Ethan, no me parece buena idea –dijo, intentando ralentizar su avance.

–¿Por qué no? Quiere conocerte.

–Sí, pero está ese asuntillo de que me quería fuera de la circulación –le recordó.

–Ah, sí –contestó Ethan, deteniéndose–. Me había olvidado de eso.

–¿Que te habías olvidado de que tu jefe quería liquidarme?

Él se encogió de hombros.

–Bueno, es que entonces no eras mi mujer.

–Será mejor que vayamos a la mesa. Los invitados tienen que tener hambre.

Pero cuando Angie dio la vuelta para hacer precisamente eso, se encontró cara a cara con sus dos mejores amigas, que la miraban desilusionadas. Rosemary y Kirby no le habían ocultado sus sospechas ni su temor por su seguridad con aquella boda tan rápida. Y seguían pareciendo muy preocupadas. Ethan debió percibirlo también, porque se excusó y acudió a saludar a su jefe.

–Aún estás a tiempo– dijo Rosemary sin más preámbulo en cuanto Ethan se alejó–.

Kirby y yo podemos esconderte. Ese tío no te encontrará nunca.

–Sí me encontrará –contestó Angie apesadumbrada–. O peor, sus socios me encontrarían. Esa gente sabe cómo hacerlo.

–Hay alguien que podría ayudarnos –dijo Kirby–. James tiene mucho dinero y propiedades por todo el mundo. Podría llamarlo y...

–Vaya, así que ahora es *James* –interrumpió a su amiga–. ¿Qué ha sido de «ese playboy mirón y promiscuo», eh?

Kirby tuvo la decencia de parecer azorada.

–Las cosas han cambiado un poco –dijo, mirando al suelo.

Angie y Rosemary intercambiaron miradas.

–¿En qué sentido? –preguntó Angie.

Kirby cambió de postura.

–Yo, eh... no quiero hablar del tema.

Angie fue a contestar, pero Rosemary lo impidió al añadir:

–Willis piensa que estás haciendo una tontería.

Angie elevó la mirada al cielo.

–Willis piensa que todo el mundo es idiota excepto él, Rosemary, por si lo has olvidado.

Especialmente tus amigas y tú.

–Ya no es como era antes –dijo a la defensiva–. Ha cambiado. Al

menos en algunas cosas.

Rosemary jamás había sacado la cara por Willis Random, sino que había sido su crítica más mordaz.

—¿En qué cosas? —preguntó Angie, que no podía imaginárselo de otro modo que siendo el cara de pizza que había torturado a Rosemary durante todo el instituto.

—Compruébalo tú misma —contestó Rosemary, mirando por encima de su hombro—. Ha venido a la boda como... mi acompañante.

—¿Que estás saliendo con Willis? —exclamó Angie—. ¿Dónde está?

—Hablando con el cura y tu madre.

Angie se volvió y vio a su madre de pie entre el guía espiritual socio en el crimen y un hombre guapísimo que no se parecía para nada al recuerdo que ella tenía de Willis Random.

Aquel hombre medía más de uno ochenta y cinco, tenía unos hombros impresionantes y llevaba gafas de montura metálica que le hacían parecer serio, inteligente y extrañamente sexy al estilo Clark Kent.

—¿Ése es Willis?

Rosemary asintió en silencio y si no la conociera mejor, hubiera jurado que su amiga parecía enamorada del chico hecho hombre que siempre la había hecho sentir tan pequeña e insignificante.

—Oye, Angie —dijo Rosemary, que estaba deseando cambiar de tema—: ¿qué piensan tus padres de que te hayas casado con un criminal?

—¿Estás de broma? Mi madre y mi padre están locos de contento. Creen que Ethan es el mejor yerno que podrían tener, porque no saben a qué se dedica, claro. Mi padre está entusiasmado con los beneficios que va a obtener por tener un yerno que trabaje para una compañía química. Creen que va a venirse a trabajar a Endicott, que vamos a comprar una casa en su misma calle y que empezaremos inmediatamente a tener hijos.

—¿Todo eso se lo has dicho tú? —preguntó Rosemary, horrorizada.

—No, Ethan. Le hubiera estrangulado con mis propias manos.

Pero antes de que pudiera seguir hablando del tema, sintió que alguien la sujetaba por el brazo. Ethan estaba a su lado, y de no haberle conocido bien, diría que la estaba utilizando como escudo contra sus dos amigas.

—Creo que deberíamos ir a la mesa —le dijo—. Algunos de mis... asociados se están empezando a inquietar. Y será mejor que no estén mucho tiempo sin comida, te lo aseguro

—y tras un instante, añadió—: habrá carne roja, ¿verdad?

Los recién casados llegaron a la mesa del bufé y se sirvieron

langosta, salchichas estilo Viena y delicias de zanahoria antes de verse asaltados por otro grupo de personas que quería darles la enhorabuena. Cuando por fin consiguieron llegar a la mesa y sentarse a comer, el encargado de la música se acercó al micrófono y presentó a la nueva pareja, invitándoles a abrir el baile como marido y mujer.

Ethan dejó el trozo de langosta que se había llevado a la boca, sonrió a Angie y con un suspiro de resignación, le ofreció la mano. Ella se obligó a sonreír y juntos salieron al centro de la pista, y con una sensación en el vientre que nunca antes había experimentado, apoyó la cabeza en su pecho y le rodeó la cintura con los brazos.

No sabía qué pensar. Su parte racional le decía que aquel hombre era malo, alguien con quien mantener las distancias a cualquier precio, pero su corazón le decía otra cosa completamente distinta. Ethan Zorn era un enigma, simple y llano. Su ocupación era la de un hombre cruel, sin escrúpulos y sin moral, pero en el fondo sabía que no era ninguna de las tres cosas. Pero ¿cómo descubrir al verdadero Ethan Zorn?

Algo excitante era lo que le había pedido a Bob quince años antes. Y vaya si le había concedido el deseo. Si tuviera que volver a hacerlo...

Angie cerró los ojos y contuvo un suspiro de satisfacción que le llegó de Dios sabe dónde. El corazón de Ethan latía con firmeza bajo su oído, sus brazos la rodeaban con una ternura que no podía estar fingiendo, y siendo sincera consigo misma, tenía que admitir que nunca en toda su vida se había sentido más viva, más llena de deseos, jnás... feliz.

Claro que todo eso podía ser culpa de Bob, pero aún así... si tuviera que volver a hacerlo...

Lo haría exactamente del mismo modo.

Porque lo que más deseaba en el mundo era averiguar qué había detrás de Ethan Zorn, de lo que él dejaba ver de sí mismo. Afortunadamente ahora era su mujer, al menos, en lo concerniente al resto del mundo. Y las esposas tenían un acceso a sus maridos que nadie más podía tener. Simplemente iba a tener que trabajar un poco más duro que la mayoría de las mujeres para descubrir la verdadera naturaleza de sus maridos.

Pero no le importaba. Al fin y al cabo, iban a pasar mucho tiempo juntos. Y sólo por el hecho de que Ethan hubiera decidido casarse con ella, no pensaba renunciar a descubrir qué le había traído de verdad a Endicott. Puede que no pudiese publicar el resultado de sus averiguaciones en el periódico, al menos hasta que fuese seguro hacerlo, pero si se creía que le había cortado las alas casándose con

ella, estaba listo.

Así que Angie se guardó aquel secretillo para sí misma con una sonrisa y se acurrucó un poco más en los brazos de su marido. En cuestión de horas, estarían en el hotel, dispuestos a pasar la noche de bodas. Y, como cualquier novia en esa ocasión, estaba segura de que iba a descubrir toda clase de cosas sobre su marido.

Desgraciadamente, añadió después, eso también significaría descubrir toda clase de cosas sobre sí misma; cosas que ni siquiera habría sospechado, entre ellas la razón de que un hombre llamado Ethan Zorn hubiese sido capaz de tenerla muchas noches sin dormir últimamente.

Y ahora que esas noches iban a estar compartidas con el mismísimo Ethan, no pudo evitar preguntarse si un vaso de leche caliente y un buen libro bastarían para satisfacerla.

Aquella misma noche lo descubriría.

Capítulo Nueve

Ethan estudió la placa de bronce que identificaba la puerta ante él y volvió a preguntarse qué demonios estaba haciendo poniendo a una buena chica como Angie el Ángel en una posición tan precaria como aquella. *SuiteLuna de miel*, decía el letrero con una letra demasiado elegante y bonita como para estar asociada con él.

Luna de miel, repitió para sí. Una frase tan sencilla e inofensiva que estuviese conjurando una imagen tan elaborada y preocupante en su cabeza. Esa clase de habitaciones eran adecuadas para otras personas, no para él. Personas con vidas normales, que no tenían que llevar constantemente un arma encima, ni ir de aquí para allá como un vagabundo por todo el país, ni andar rodeado de asesinos mañosos. Personas que tenían algo que ofrecer a sus seres queridos, aparte de una vida rodeada de crímenes y peligros.

Entonces miró a su supuesta mujer. Jamás había pensado en casarse, ni siquiera temporalmente como en aquella ocasión. No sólo porque hubiera creído imposible encontrar una mujer de la que enamorarse para toda la vida, sino porque tampoco le había parecido posible que una mujer se enamorase de él.

De hecho, aún era así, se recordó. La única razón por la que Angie estaba a su lado era porque temía por su seguridad y porque él no le había dejado otra opción. Pero no pasaba nada, porque él no la quería. No podía quererla. No era capaz de esa clase de compromiso; ni siquiera de esa clase de emoción.

Al menos, así había sido hasta entonces, se corrigió, contemplando el elegante perfil de la mujer con quien se había casado. No hasta que se había encontrado a Ricitos de Oro en su cama. Desde entonces, la cabeza y el corazón habían estado jugándole malas pasadas.

Tenía que ser ese condenado cometa. Él era la última persona en el mundo dispuesta a creer en fuerzas cósmicas y esas tonterías, pero incluso él tenía que admitir que últimamente no había venido actuando como siempre. Quizás, y sólo quizás, hubiese algo de cierto en toda aquella historia de Bob. Quizás, y sólo quizás, estuviese bajo una influencia celestial que estaba jugando con él.

O quizás, sólo quizás, se estuviera enamorando de Angie Ellison.

—¿Ethan? —le preguntó la mujer de sus sueños.

—¿Mm? —contestó él, aún perdido en sus ensoñaciones.

—¿Es que no vas a abrir la puerta?

Ethan volvió a mirar la placa de bronce. *SuiteLuna de Miel*. Demonios... después de lo que había dicho y hecho, tenía derecho a una luna de miel como cualquier otro. Y si Angie estaba dispuesta a seguir adelante con la farsa, él también. Había sido idea suya, y no

importaba qué más tuviera que hacer durante su estancia en Endicott: su prioridad sería la seguridad de Angie.

Al introducir la llave en la cerradura, se preguntó hasta dónde estaría Angie dispuesta a llevar sus votos matrimoniales, porque él no estaba demasiado fuerte en sus convicciones morales en lo concerniente a Angie el Ángel.

Pero le había hecho una promesa. Le había prometido no volver a tocarla a no ser que ella se lo pidiera, e inmediatamente lamentó haber ido tan lejos, porque la verdad era que quería tocarla, quería volver a acariciar los lugares suaves y acogedores a los que todavía no había llegado.

Ahora que, teniendo en cuenta lo que pensaba de él, iba a tener pocas posibilidades de que le permitiese acercarse a menos de cien metros de esos lugares. Por lo tanto, lo único que tenía que hacer era encontrar la forma de hacerle cambiar de opinión.

Pan comido, ¿no?, pensó con ironía. Pero nadie había dicho que lo del matrimonio fuese fácil.

Abrió la puerta y cuando Angie fue a entrar, él la sujetó por la cintura. Cuando ella se volvió a mirarlo, él sonrió y la tomó en brazos.

–¡Ethan! –exclamó–. ¿Qué estéis haciendo?

–Cruzar el umbral con mi novia en brazos –contestó.

Una vez dentro, cerró la puerta con el pie y vagamente reparó en que la habitación en la que iban a pasar dos noches tenía el aspecto de lo que era: una suite para pasar la luna de miel. Estaba decorada con profusión, iluminada sólo con luces indirectas y exageradamente romántica.

El centro de la habitación lo ocupaba una cama de madera profusamente labrada y cubierta por una colcha de encaje color marfil, convenientemente abierta en espera de la llegada de los novios, complementada con un montón de almohadas de satén junto al cabecero. Una mullida alfombra oriental, la mayor que Ethan había visto, descansaba a sus pies. En una mesa antigua junto a la pared del fondo, la dirección del hotel les había dejado una botella de champán en un cubo de hielo, junto con una cesta de fruta y unos aperitivos que no había visto nunca.

Era el sueño de un hedonista hecho realidad: vino caro, comida deliciosa, una cama diseñada para el placer carnal y una mujer hecha para amar. La buena noticia era que esa mujer *era*, en efecto y al menos por el momento, su esposa. La mala, que estaba decidida a tenerle como mínimo a un metro de distancia.

Sabía que debía dejarla ir, no sólo de sus brazos, sino de su vida. La situación no podía ya ser más extraña. Estaba de pie en una

habitación diseñada para acomodar apetitos insaciables, y estaba allí con una mujer que merecía mucho más que satisfacción meramente física.

Pero en lugar de dejar a Angie, Ethan la apretó contra él. Ella lo miró a los ojos en silencio, con una mezcla de aprensión y algo que decidió no contemplar. Porque en aquel momento, con Angie mirándose así, casi podría creer que eran verdaderos marido y mujer.

–Bueno, ya estamos dentro –dijo Angie con suavidad cuando vio que Ethan no la dejaba en el suelo–. Ya puedes bajarme –añadió, e hizo un movimiento que, en lugar de separarlos, los juntó por el pecho, de modo que su mano quedó sobre la piel desnuda de su espalda.

Despacio, con un ritmo constante, empezó a acariciarla con el pulgar, maravillándose de la forma en que su piel parecía cobrar vida. Era tan suave, tan cálida, tan sugerente. No había conocido a otra mujer igual. Y él no podía responder a su invitación.

Qué demonios, pensó. Échale la culpa a Bob, pero lo único en que podía pensar era en lo mucho que deseaba hacer a Angie su mujer en la forma más básica y bíblica, una y otra vez. Si ella le decía que no, pues tendría que conformarse, pero si no lo hacía...

Si no lo hacía, se ocuparía personalmente de que los dos pasaran la noche de bodas más inolvidable del mundo.

–¿Y si no quisiera soltarte? –le preguntó.

Ella abrió los ojos de par en par, pero no dijo nada.

–¿Y si –continuó–, no quisiera dejarte marchar... nunca?

Ella siguió guardando silencio, pero Ethan había esperado que le apartase de su lado, física o verbalmente, pero lo que sintió fue que los brazos que le rodeaban el cuello le apretaban un poco más, ligerísimamente, pero un poco más.

–¿Y si... –continuó despacio –...quisiera hacer de nuestra noche de bodas eso... una noche de bodas? La forma en que dos personas que acaban de casarse celebrarían su noche de bodas.

Ella entreabrió los labios como si quisiera decir algo, pero guardó silencio. Sin embargo, sus ojos hablaban de una manera que nunca podrían hacerlo las palabras. vio temor en ellos, cierto, pero vio algo más; algo más elemental, más intrigante, mucho más fuerte que el miedo. Vio deseo. Vio necesidad y... ¿podría haber visto... amor?

–Ángel... –empezó de nuevo, sin saber bien qué quería decirle, pero con la seguridad de que había algo muy importante que debía decirle.

–¿Qué? –preguntó ella ante su silencio.

–Ángel –repitió él, enredando uno de los rizos sueltos de su pelo en

un dedo. Se sentía aturdido; no estaba seguro de estar haciendo lo correcto.

Sintió que ella se soltaba de su cuello y el corazón se le disparó cuando hundió los dedos en su pelo. Un relámpago de algo abrasador y furioso le alcanzó, y cerró los ojos.

–¿Sí? –la oyó preguntar.

Apretó los ojos al oír el sonido denso, lánguido y sensual de su voz. Hizo un esfuerzo de concentración para poder decirle lo que tenía que decir, pero su cabeza parecía sumida en arenas movedizas.

–Ángel –dijo una vez más.

–¿Sí, Ethan?

Inspiró profundamente.

–Yo... eh... es que..

–¿Sí?

–Es que... tengo que decirte una cosa.

–¿Qué es?

Angie apoyó la cabeza más cerca de la suya y su respiración rozó el pelo de su sien. Su calor y su fragancia le rodearon, hasta que se sintió ahogándose en un pozo de sensación.

Cuando abrió los ojos, descubrió que su boca estaba sólo a unos centímetros de la suya y que sus labios se separaron a modo de inconfundible invitación.

–Ángel –dijo una vez más.

–Ethan, por favor –susurró, su voz cargada de necesidad–. Dime lo que sea.

«Y sigamos adelante con nuestra noche de bodas».

Sin saber cómo, estaba seguro de que ella pensaba lo mismo que él. Deseaba tanto como él consumir su noche de bodas; quería hacer el amor con él tanto como él con ella, sin pensar en las implicaciones, ni en las repercusiones.

Con cometa o sin él.

Entonces comprendió que, en realidad, a Angie poco le importaba quién dijera ser o a qué se dedicase. Sentía algo por él. Hasta cabía la posibilidad de que se hubiera enamorado.

De algún modo había visto más allá del exterior, más allá de la imagen que había estado esforzándose por proyectar desde su llegada a Endicott, y sabía... *sabía* que no era el asesino que le había dicho con tanta insistencia que era.

Sentía algo por él... qué maravilla. *Por él*. Sabía que tenía que decirle algo, pero aunque su propia vida hubiera dependido de ello, no habría podido recordar de qué se trataba. Sólo sabía que Angie le deseaba, a él, a su verdadera persona, y que él la deseaba a ella, así

que se olvidó de todo lo demás y la besó como si no existiera el mañana.

Porque, en el fondo, temía que así fuera. Una vez supiera la verdad sobre él, y el verdadero motivo que le había empujado a venir a Endicott y a interpretar el papel que estaba interpretando, no querría saber nada más de él. Así que, mejor que decirle algo que pudiera echar a perder ese momento, la besó. Una vez, y otra más, y ella, tras la sorpresa inicial, se derritió en sus brazos con la misma pasión y con la misma necesidad.

Durante un momento pelearon por poseerse el uno al otro, y sus lenguas se mezclaron en una danza de desesperación.

Algo tórrido y explosivo hizo saltar por los aires el control de Ethan, y caminó con ella en los brazos hasta la cama. Pero en lugar de dejarla en el centro y abalanzarse sobre ella, que era lo que en realidad deseaba hacer, se sentó en el borde y la acomodó a ella en su regazo, pero sin poder dejar de besarla.

Y mientras seguían explorándose el uno al otro, fue quitando una a una las horquillas de su tocado, dejándolas caer al suelo, hasta que pudo quitárselo y soltar su pelo.

Cuando una cascada de tirabuzones rubios cayeron a su espalda, él hundió en ellos las manos para sujetarla mientras devoraba su boca. Angie le respondió colocándose frente a él, pero como aquel vestido impedía sus movimientos, le soltó el tiempo necesario para subirse la falda hasta los muslos para poder sentarse a horcajadas sobre él, las rodillas apoyadas en el colchón.

Ethan no habría podido imaginarse una sola buena acción que hubiera realizado durante toda su vida y cuya recompensa hubiera podido ser Angie Ellison. Pero tenía el pensamiento demasiado enredado en aquel momento para pensar. Lo único que podía hacer era responderla, disfrutar del regalo que le estaba ofreciendo, por temporal que pudiera ser.

La rodeó con fuerza por la cintura, no fuera a ser que recuperase la cordura e intentara separarse de él y se tumbó boca arriba sobre el colchón, llevándola con él.

Angie no sabía qué clase de locura debía haberse apoderado de ella para reaccionar ante un hombre como Ethan con tanta necesidad. Quizás el problema fuese que no se lo podía imaginar con maldad alguna. Desde su primer encuentro, había sentido una enorme incertidumbre sobre él, ya que la había tratado con ternura una vez se había dado cuenta de que no representaba una amenaza para él.

Incluso habiendo admitido que era la clase de hombre que ella sospechaba, su atracción por él no había disminuido. Era una

estupidez, sin duda, pero parte de sí misma estaba convencida de que lo único que a Ethan le faltaba para ser un miembro normal de la sociedad era el amor proverbial de una mujer buena.

Era inteligente y divertido, amable y generoso, atractivo y fuerte. Tenía todo lo que se podía buscar en un compañero para toda la vida. «Pero es un criminal», le dijo una voz interior. «Un hombre cuya ocupación, cuyo estilo de vida atenta contra todo lo que tú consideras bueno y verdadero».

«No», se contestó inmediatamente. «No es así». Aún no sabía cómo podía estar tan segura, pero Ethan Zorn no era así.

Entonces se sintió caer en la cama sobre él, y dejó por completo de pensar. Estaba abrazándola como si fuese la respuesta al mejor de sus sueños, al mejor de sus deseos. Sus manos acariciaban su espalda con avidez hasta hundirse en su pelo mientras besaba sus labios, sus mejillas, su cuello. Una y otra vez.

Jamás se había sentido más deseada, más necesitada, más venerada, más... amada. Y de pronto se dio cuenta de que Ethan Zorn era un hombre del que podría enamorarse para siempre. Una punzada como un navajazo le atravesó el corazón, pero se obligó a no pensar en ello.

En aquel momento, lo único que quería era pasar una noche con él. Una noche para olvidar quién era y para qué había llegado a su ciudad. Una noche para olvidar ella también quién era. Una noche para desear que las cosas pudieran ser diferentes. Quince años antes, había pedido que le ocurriese algo excitante, y aquella noche Bob parecía dispuesto a otorgarle su deseo, aunque durase sólo unas cuantas horas.

Y en el corazón, en cada gota de su ser, sabía que lo que estaba ocurriendo entre ellos era bueno. Era lo que tenía que ser. Y ninguno iba a evitar que ocurriese.

Después, echó la llave al baúl de los pensamientos y se concentró en sentir.

Uno a uno, Angie fue desabrochando los botones de su camisa hasta que, poco a poco lo desnudó, acariciando con los labios cada centímetro de piel que dejaba al descubierto.

Cuando sacó la prenda de la cinturilla de sus pantalones, la abrió de par en par, y como si una fuerza invisible la atrajese, deslizó los dedos por el vello oscuro de su pecho, bajo el cual, su piel era cálida y satinada. Fue trazando músculo a músculo, tendón a tendón, primero con las manos y después con la boca.

Llegó cerca de a cinturilla de sus pantalones y puso su mano sobre la hebilla del pantalón. Ethan gimió, un sonido primitivo y animal que

a ella le hizo sonreír, pero sintió que tiraba de ella para volver a su boca, y antes de que pudiera decir algo, si es que hubiera querido hacerlo, Ethan tiró del vestido. Dado el escote tan pronunciado que tenía, se deslizó por sus brazos sin esfuerzo alguno.

Sentir su pecho contra su piel le hizo estremecerse de arriba abajo e instintivamente se frotó contra él, arrancándole un sonido áspero, una mezcla de deleite y delirio, antes de que él la sujetara por los hombros para separarla.

De pronto e irracionalmente la timidez se adueñó de ella, y Angie se resistió, pero Ethan era persistente, y enlazando sus manos, volvió a empujarla suavemente. Pero ella volvió a evitar separarse de él, pegándose a su cuerpo.

–Quiero verte –murmuró él en un tono de voz tan suave, tan seductor que le costó un tremendo esfuerzo no rendirse a él–. Por favor, Ángel –insistió–. Déjame mirarte.

Siguió resistiéndose un momento más hasta que, al final, apretó su mano y se separó de él, cerrando los ojos. Ethan soltó sus manos y le sintió trazar la línea de sus brazos, sus hombros, su cuello. Cuando por fin abrió los ojos, le encontró no mirando sus pechos, sino su rostro. Con su mirada de ojos oscuros clavada en ella, bajó despacio las manos hasta cubrir sus pechos, y siguió mirándola a la cara mientras acariciaba sus pezones con el pulgar. Sólo entonces bajó los ojos.

Angie hizo lo mismo, y el corazón le latió aún más deprisa al ver dos manos grandes y masculinas sepultando sus pechos, y él siguió acariciando sus pezones hasta que estuvieron enardecidos y pidiendo más, y fue en aquel momento cuando se incorporó para seguir acariciándola con la boca.

Sentir su lengua fue algo extraordinario, y cerró los ojos para no perderse en las sensaciones que la asaltaban. Se aferró casi violentamente a sus hombros y Ethan la empujó hacia él por las nalgas, lamiéndola, excitándola.

Angie tenía aún el vestido enrollado en la cintura y él seguía teniendo los pantalones puestos, y lo que deseaba por encima de todas las cosas era sentirle desnudo junto a ella, de modo que le empujó para que volviera a tumbarse en el colchón y retrocedió para sentarse sobre su cintura. Los ojos de Ethan brillaban como piedras oscuras y preciosas y cuando Angie empezó a desabrocharle los pantalones, sonrió como un gato satisfecho.

Ethan tenía la sensación de que sus manos habían cobrado vida propia, y las dejó acariciar sus pantorrillas e ir subiendo a lo largo de la seda blanca de sus medias. Más arriba, cada vez más arriba, por debajo del vestido, hasta que encontró algo que lo detuvo.

Un liguero. Angie el ángel llevaba un liguero y medias. Para el día de su boda.

Para su noche de bodas.

Entonces recordó qué era lo que con tanto empeño había intentado recordar, y supo que no podían continuar hasta que ella supiera la verdad. Sería peligroso. Sería inmoral. Podía ser hasta ilegal, y sin duda, no estaría bien.

—Ángel —le dijo con la voz temblorosa—. Hay algo que tengo que decirte antes de que sigamos adelante con esto.

Ella sonrió, pero el gesto pareció incompleto en cierto sentido.

—Me parece que ya hemos ido demasiado lejos para revelaciones de última hora.

Ethan intentó mirarla a los ojos, pero el resto de su piel parecía tenerle hechizado.

—No. Esto es importante.

Pero Angie no parecía tener interés en lo que él pudiera decirle, porque en aquel momento, bajó la cremallera de sus pantalones. Él fue a protestar, pero ella empezó a jugar con su excitado sexo que encontró tías la cremallera. Con los ojos abiertos de par en par, al descubrir que no llevaba ropa interior, sonrió.

—Ángel —susurró, ahogando un gemido.

Ella subió y bajó su mano una vez, dos, tres.

—¿Qué? —musitó.

—Yo... tengo que decirte... algo.

Ella abrió la mano y siguió acariciándole con la palma.

—Ya sé todo lo que necesito saber.

—Pero...

—Todo —repitió.

Antes de que pudiera decir nada más, cubrió su boca para ahogar cualquier cosa que hubiera intentado decir.

En fin... si ella se negaba a escucharle, no iba a insistir. Al fin y al cabo, Angie no era una niña, y en aquel escenario estaba interpretando su papel tan ávidamente como él. Ya habría tiempo para hablar.

En aquel momento, habían llegado ya demasiado lejos para mantener una conversación.

«Más tarde», se dijo. Más tarde.

Pareció tardar toda una eternidad, pero al fin encontró en lugar en el que el liguero se cerraba, y mientras la besaba aún más apasionadamente, se deshizo del encaje reemplazándolo con las palmas de sus manos, moldeando su carne firme, hundiendo los dedos en sus delicados pliegues. Le oyó murmurar algo incoherente y

después la sintió quedarse inmóvil.

Por un momento temió haber ido demasiado lejos, pero después, la sintió arquear la espalda y acomodarse más en sus manos. Entonces se atrevió a continuar y la penetró con un movimiento suave y decidido. Primero la oyó contener la respiración, y después la sintió moverse sobre él. En un instante, ambos se deshicieron de sus pantalones.

–Ángel –susurró, mirándola a los ojos con la sensación de que debía hablar aún con ella–, antes de que sigamos, hay algo que tengo que decirte sobre mí. Yo...

–Sh... –le interrumpió, poniéndole el dedo sobre los labios–. No. No hay nada sobre ti que necesite saber.

–Es que tú no...

–Sh...

–Pero Ángel...

Angie le cubrió la boca con la mano.

–Calla, y hazme el amor, Ethan. Ahora.

Se la quedó mirando un instante, sabiendo que se merecía mucho más que lo que él podía darle y sabiendo también que la necesidad de tenerla le estaba devorando vivo.

Miró entonces sus pechos firmes y maduros, su abdomen liso, la curva de su cintura, el ligero y el vello rubio que cubría su monte de Venus...

Él era un hombre fuerte en cuerpo, en mente y en autocontrol, pero sabía que de ninguna manera tendría la fuerza suficiente para resistirse a ella, así que tiró de su cintura y contuvo la respiración al sentir de nuevo el roce de sus pechos en la piel.

–Lo que tú quieras, Ángel –le dijo con una voz que casi no reconoció–. Lo que tú quieras.

Capítulo Diez

Ethan se despertó sobresaltado en una completa oscuridad. En un principio no supo dónde estaba, y por un instante, el terror se apoderó de él, paralizándole. Entonces sintió una presencia cálida a su lado, acurrucada contra él, confiada. Su respiración la acercaba aún más, y soltó la respiración que no se había dado cuenta de que contenía.

Miró hacia abajo e incluso en la oscuridad vio unos rizos dorados que caían como una cascada sobre su pecho desnudo. Angie. Su mujer. Su salvación. Tomó unos cuantos rizos en la mano y se los acercó a los labios.

Jamás en toda su vida había experimentado algo parecido a lo que había sido hacer el amor con Angie Ellison. No estaba seguro de cuándo ni de cómo, pero en algún momento de la noche, mientras ambos estaban unidos en la más elemental de las uniones, había perdido parte de su alma, una parte de sí mismo, y había ido a parar a la mujer que dormía acurrucada a su lado.

Debería estar asustada de él. A sus ojos, era un criminal... como mínimo, un hombre que desafiaba la ley y, poniéndose en lo peor, un hombre que hacía daño a la gente. Y sin embargo, se había entregado a él, le había franqueado la entrada a sus más íntimos secretos, le había ofrecido el regalo más hermoso, más generoso que había recibido nunca. Angie el Ángel le había salvado del peligro mayor que había corrido nunca: le había salvado de sí mismo.

Y ni siquiera sabía quién era en realidad.

Se pasó una mano por la cara y apoyándose en un codo, miró el despertador. Eran las cuatro menos cuarto, aunque no podría decir si de la mañana o de la tarde. La habitación tenía unos pesados cortinajes que tapaban las ventanas, de modo que era imposible determinar la hora del día. Probablemente a la mayoría de los recién casados les importaba poco saberlo. Pero claro, es que la mayoría de los recién casados no empezaban su vida en común basándose en un montón de mentiras.

Angie dormía profundamente, así que, con cuidado de no despertarla, sacó el brazo que tenía bajo su cuerpo y sin hacer ruido se levantó de la cama. Sin preocuparse de su desnudez, se acercó a la ventana y descorrió la cortina. Al otro lado del cristal, vio un cielo negro con estrellas y nubes, y suspiró. Sólo habían pasado unas cuantas horas desde que Angie y él consumaran su matrimonio y ya tenía remordimientos.

No sobre lo que había ocurrido con Angie, sino por lo que había hecho él. Y no sólo recientemente.

Ethan volvió a mirar al cielo, en busca de un cometa que debía

estar por alguna parte.

–Sal y lucha como un hombre, bastardo –murmuró.

Pero Bob no quiso revelársele; prefirió mantener su misterio tras el telón de nubes y así poder seguir obrando su magia, al menos con una pobre alma descuidada.

Él no era de Endicott, pero tenía la sensación de haber sido alcanzado por el hechizo del cometa más que nadie, porque de ninguna otra manera podía explicarse cómo había llegado a enamorarse de alguien como Angie, tan rápida, completa e irrevocablemente.

Dios, en qué lío se había metido.

La oyó moverse en la cama y se dio la vuelta.

–¿Ethan?

Aquella voz le llegó al corazón, realzando una soledad que ni siquiera se había dado cuenta que llevaba con él... no hasta llegar a Endicott y encontrarse a un ángel esperándole.

–Estoy aquí –contestó en voz baja.

La oyó moverse de nuevo y en la oscuridad, la distinguió levantándose. Angie encendió la luz y la habitación quedó sumida en una luz amarillo pálido que, de alguna manera, no parecía terrenal. Angie se había envuelto con la colcha de la cama, y el encaje le arrastraba como la cola de un vestido de novia. Su pelo era un torrente de oro y su piel parecía más pálida que nunca. Su aspecto era frágil e inocente, y algo se le rompió dentro al darse cuenta de que lo que iba a ocurrir en aquel momento tendría la capacidad de malograr la pequeña oportunidad que ambos podían tener de ser felices.

–Hace frío aquí –dijo al acercarse a él–. Vuelve a la cama.

–Ángel, tenemos que hablar.

Ya lo había dicho. Sin preámbulos, sin pretensiones, sin preparación, pero lo había dicho. Angie se apartó los rizos de la frente.

–¿Sobre qué? –le preguntó.

De pronto se sintió incómodo por estar desnudo y recogió los pantalones del esmoquin que estaban en el suelo, junto a la cama. No se volvió hasta no haberse subido la cremallera, y al hacerlo, ella parecía haberse cubierto más con la colcha. Algo frío y distante ensombrecía sus ojos.

«La luna de miel se ha terminado», pensó. Nada como una buena dosis de realidad para acabar con una fantasía perfecta.

Cruzó la habitación, se acercó a ella y puso una mano en su mejilla.

–Hay algo que tienes que saber sobre mí –repitió.

–No. Ya te he dicho que...

–Es importante.

–Pero...

–Ángel...

–No, Ethan. No, por favor...

Estaba claro en sus ojos que no quería oír lo que tuviera que decirle, porque no importaba cuáles fueran esas noticias: estaba segura de que iba a cambiarlo todo entre ellos.

Pero si quería que tuviesen una mínima oportunidad de mantener vivo el fuego que ardía entre ellos, tenía que saber la verdad.

–Ángel –dijo, tomando su cara entre las manos–, soy policía.

Angie abrió los ojos de par en par. Ni dijo una palabra y por un momento y se preguntó si habría oído bien. Entonces la sintió quedarse inmóvil y el corazón casi se le paró.

–¿Que eres qué? –preguntó en voz baja y desapasionada.

Ethan cerró los ojos. Iba a cometer un pecado profesional con lo que estaba a punto de hacer, pero pensar en que la había estado mintiendo era aún peor.

–Soy policía –repitió.

Cuando abrió los ojos, ella seguía mirándolo con una expresión que Ethan no habría podido decir si era buena o mala, así que continuó, temiéndose lo peor.

–Anoche intenté decírtelo, pero no me dejaste. Trabajo para la DEA, el departamento de estupefacientes. Lo siento, pero en este momento no llevo ninguna clase de identificación conmigo. No la llevo cuando trabajo de incógnita, que es lo que llevo haciendo estos últimos seis meses. Podría haberme costado la vida.

Ella cerró los ojos con fuerza y un ápice de esperanza cobró vida en su pecho.

–Así que vas a tener que confiar en mí –le dijo.

Angie abrió los ojos.

–¿Confiar en ti?

Ethan asintió.

–La mafia piensa que trabajo para ellos. Me han enviado aquí para estudiar la empresa de tu padre y el potencial que pueda tener para ellos.

Como no contestara, Ethan decidió continuar, pero la esperanza se hizo cada vez más pequeña, porque sus ojos se iban haciendo más y más distantes a medida que hablaba.

–Estoy a punto de descubrir el tinglado y poner a esos bastardos entre rejas para una buena temporada. Pero si lo más mínimo sucediera...–suspiró–. Un montón de personas podrían resultar heridas,

incluyéndolos a tu familia y a ti. Y francamente, Ángel, creo que no podría soportarlo.

Ella siguió en silencio, mirándolo a los ojos, y su expresión no revelaba nada de lo que estaba pensando.

–Te juro –continuó–, que nunca pretendí que te involucraras de esta forma, y tampoco pretendía que las cosas llegarán tan lejos. Pero cuando empezaste a meter las narices, a escribir artículos para el periódico... –suspiró–. Incluso si esas historias tuyas no revelaban nada, inmediatamente me llegó un aviso de las dos partes, de la DEA y de la mafia para que hiciese algo contigo, así que elegí lo único que podía hacer. Me asusté un poco, sí, y fingí este matrimonio como salida.

Ella siguió sin decir nada, así que continuó:

–A los malos les ha satisfecho que hayas aceptado mi ocupación y a los buenos porque así puedo controlarte. No había tiempo para planear otra cosa –hizo un abreve pausa–.

Siento haber tenido que mantener en secreto todo esto, pero ha sido por tu propio bien.

Ángie le estudió en silencio un rato, mirándolo a los ojos sin pestañear, rígida e inmóvil.

–Mi propio bien –repitió, y su voz sonó mecánica y sin vida.

Ethan asintió, pero sabía que estaba perdiéndola.

–El tuyo y el de tu familia. Incluso el de toda la ciudad, demonios.

No se había movido de allí, así que por un instante Ethan albergó la esperanza de que no se alejase de él, pero entonces despacio, muy despacio, retrocedió.

Pero él también dio otro paso para recuperar la proximidad perdida, y como Angie estaba envuelta en la colcha de la cama, le fue fácil abrazarla, pero inmediatamente ella se revolvió para soltarse, pero Ethan no pudo resignarse a perderla y la abrazó contra su pecho.

–Suéltame –espetó, debatiéndose.

–No hasta que hayas escuchado todo lo que tengo que decirte.

–Suéltame –le ordenó, retorciendo el cuerpo entero para intentar soltarse.

Ethan por fin accedió, pero temiendo que saliese por la puerta en aquel mismo instante, la sujetó por la muñeca.

–Suéltame –dijo una vez más.

–No.

–Ethan...

–No hasta que hayamos arreglado unas cuantas cosas.

Ella se echó a reír, pero su risa sonó hueca.

–Ya. Arreglar las cosas. Esa sí que es buena. Si nos quedamos aquí

lo bastante para arreglar las cosas, tendremos que quedarnos encerrados en esta habitación para lo que nos quede de vida.

—A mí no me importaría —contestó él, y ella volvió a reír con una risa vacía.

—Sí, me lo imagino.

Ethan la sujetó con más fuerza por la muñeca, temiendo que lo abandonase.

—Mira, ya sé que todo esto es un golpe para ti, y sé que cambia un montón de cosas, pero ¿por qué demonios estás tan enfadada?

—¿Que por qué estoy enfadada? —repitió con incredulidad—. ¿Que por qué estoy *enfadada*?

Él asintió.

—Pensé que te gustaría saber que no soy el asesino mañoso que tú pensabas que era.

Sobre todo después de...

Ethan tragó saliva. Era incapaz de poner en palabras lo que había pasado entre ellos unas horas antes. Aún estaba demasiado fresco, era una emoción demasiado nueva para él. Y

Angie tampoco podía hablar de ello, porque inmediatamente clavó la mirada en el suelo y pretendió no saber de qué estaba hablando.

—Hace tiempo ya que no pienso eso de ti —dijo, y cuando volvió a levantar la mirada, tenía los ojos brillantes y húmedos—. No estaba segura de quién eras, pero sabía que no podías ser uno de los malos.

Entonces fue el turno de Ethan de sentirse confundido.

—Pero... ¿por qué entonces lo cambia todo el hecho de que sea policía?

—Porque significa que me has estado mintiendo desde el principio. Significa que eres un mentiroso.

—Si te gustaba cuando podía ser un asesino, no me digas que unas cuantas mentiras inocentes van a cambiarlo todo.

—¿Mentiras inocentes? Esto es mucho más.

—¿En qué sentido?

Angie lo miró frunciendo el ceño, incapaz de comprender su confusión, y de un tirón, se soltó de su mano. Pero no hizo ademán de escapar. Ethan no sabía qué habría hecho si hubiese intentado huir.

—¿Es que no lo comprendes? —le preguntó.

Él negó con la cabeza porque, sinceramente, no entendía nada. Se había imaginado que saber que no era quien decía ser la molestaría, pero pensó que el enfado provendría de la propia sorpresa y de la confusión, y que sería un descubrimiento maravilloso para ella saber que el hombre con el que acababa de compartir algo especial estaba, al menos, del lado correcto de la ley.

Entonces recordó algo. En ese algo especial, habían hecho el amor si ninguna precaución por lo que podían generar una vida. No habían utilizado ningún anticonceptivo para evitar algo como... un bebé, por ejemplo. No, Dios mío.

Quizás ésa fuese la razón de que estuviera tan enfadada. Podía ser. O quizás no. Quizás no estuviesen aún en la misma longitud de onda.

–No –contestó–. Creo que no lo comprendo. Sería mejor que me lo explicaras.

–Pues yo creo que sí que lo comprendes –espetó–. Ése es el problema. Que sólo comprendes lo que tú quieres. Has comprendido muy bien que era la ocasión perfecta para darte un revolcón sin complicaciones.

–No, Ángel. No ha sido así. Lo que... lo que ocurrió aquí anoche fue mucho más –señaló la cama con un dedo, pero sin apartar los ojos de ella–. Jamás me había pasado algo así antes –le aseguró–. Y creo que no va a volver a ocurrirme en la vida, si no eres tú quien esté ahí conmigo.

–Pues ya te puedes ir despidiendo.

Sabía que iba a decir algo así, pero de todas formas, le dolió.

–¿Por qué? –le preguntó, despreciando la cualidad desesperada que parecía haber adquirido su voz.

–Porque eres un mentiroso, Ethan.

Él seguía sin comprender.

–¿No te importa hacer el amor con un hombre que vive fuera de la ley, si te importa con una persona que no dice la verdad?

Ella asintió despacio.

–Ángel, eso no tiene sentido.

Ella lo miró como si fuese el hombre más zote que había tenido la desgracia de conocer.

–Por supuesto que tiene sentido. Todo el del mundo.

–No.

Angie se envolvió más en la colcha y lo miró fijamente a los ojos.

–Ethan el mafioso, a pesar de serlo, era un hombre en el que yo creía que podía confiar.

Un hombre que pensé que confiaba en mí.

–Pero Ángel...

–Pero Ethan el policía es un extraño –le interrumpió–. Alguien que no confió en mí como para decirme la verdad desde el principio.

–No podía decírtela. ¿Es que no lo comprendes? Si te hubiera dicho quién era yo...

–Y por lo tanto –continuó ella–, Ethan el policía es alguien en quien no puedo confiar.

Él se la quedó mirando en silencio un rato y después suspiró exasperado.

—Es una locura. No puedo creer que te importase cuando era un mafioso y que ahora que estoy donde se debe estar, te parece que no puedes confiar en mí.

—Sé que a ti te parecerá una locura, pero para mí tiene sentido.

Para ella podía tener sentido, pero nada de lo que había dicho y hecho desde que la encontrara por primera vez en su cama había sido social o psicológicamente cuerdo.

Una vez más, ella tiró de la colcha con el imperativo de una reina.

—Y ahora si me disculpas, tengo que hacer la maleta. Me marcho. Esta luna de miel ha terminado. Igual que nuestro matrimonio.

Al pasar junto a él, Ethan volvió a sujetarla, esta vez por los hombros.

—No. Tú no vas a ninguna parte.

—Suéltame —le ordenó entre dientes.

—Es nuestra luna de miel —le recordó—. Tenemos esta habitación para un día y una noche más. Si te marchas ahora, le gente se preguntará por qué, y rápidamente se darán cuenta de que este matrimonio ha sido acordado. Y algunos de entre ellos van a empezar a pensar que no se puede confiar en que vayas a hacer lo que se espera de ti —y volvió a adoptar su mejor versión de la voz de Marión Brando—. En resumen, Ángel: que si dejas a tu marido, puede que a esas personas se les meta en la cabeza que lo que debes dejar es... esta vida. ¿Me comprendes?

Ella lo miró fijamente.

—Déjate de rollos estilo *El Halcón maltes*, que ya no me lo trago.

—Era *El Padrino*, y no *El Halcón maltes*. Y no es ningún rollo. Necesitas protección y yo estoy aquí para dártela. Si te marchas, vas a abrir la veda para la caza de periodistas metomentodo. Este matrimonio tiene que parecer un matrimonio en el sentido estricto de la palabra.

Soltó sus hombros, aunque sin estar convencido de que fuera quedarse.

—Tanto si te gusta como si no, tu vida está en peligro a menos que yo esté a tu lado. Y

eso quiere decir que vas a tener que quedarte en esta habitación treinta horas más por lo menos. Conmigo. Y después, Ángel, nos iremos a casa juntos. A mi casa. A *nuestra* casa.

Como marido y mujer. Y seguiremos viviendo como marido y mujer hasta que esta investigación concluya.

Ethan sacó la botella de champán que aún tenían enfriando en

hielo, y fingió un valor que no sentía, porque seguía temiendo que en cualquier momento saliese por la puerta y se colocara en la línea de fuego. Quizás debería haberla atado., o quizás fuese capaz de encontrar la forma de hacerle cambiar de parecer.

Sacó la enorme botella de entre los hielos.

–Dom Pérignon –dijo al leer la etiqueta–. Buen champán –luego se agachó y abrió la puerta del frigorífico–. Estupendo. También hay zumo de naranja –con el zumo en una mano y el champán en la otra, se volvió hacia ella–. Bueno, ¿qué eliges Ángel?

Capítulo Once

Angie miró al extraño del que se había enamorado y se preguntó qué debía hacer. Ethan seguía pareciendo y hablando como el de antes. Andaba de la misma manera, sus ojos seguían teniendo la misma profundidad y, medio vestido como estaba, seguía acelerándole el pulso y la libido.

Que el diablo le confundiera.

Pero no era el mismo hombre. No era el criminal con el corazón de oro que había despertado en ella tantas emociones tan conflictivas. No era el rebelde sin causa. No era un ángel caído en necesidad de redención. No era el tipo malo al que el amor de una mujer buena podía salvar. Simplemente, ya no era el Ethan Zorn que ella había llegado a conocer y a amar.

¿No?

Ya que ella no le había contestado respecto a lo de la bebida, decidió mezclarlas ambas, y Angie siguió sus movimientos con la mirada: los músculos de su espalda, sus nalgas apretadas, las piernas largas, los pies descalzos.

Era tan atractivo, pensó cuando se dio la vuelta y mientras se acercaba a ella con dos copas, y no pudo evitar recordar con qué pasión, con qué intensidad, con qué delicadeza le había hecho el amor, tanto que había llegado a pensar que podía haberse enamorado de ella tan irremediabilmente como ella lo estaba de él. Había empezado a creer que la quería, y que ella lo quería a él.

Independientemente de cuál fuera su profesión.

Porque había visto algo en él, algo que iba mucho más allá de una mera ocupación o un estilo de vida. Había visto que era un hombre bueno y decente. Entonces ¿por qué tanta sorpresa al descubrir que no era un asesino, sino que trabajaba del otro lado de la ley precisamente para encarcelar a toda esa gente? ¿Y por qué se sentía tan ultrajada por el descubrimiento?

Se detuvo cuando todavía faltaban unos cuantos centímetros para llegar a su lado.

Entonces, en silencio, le ofreció una copa, que ella aceptó inmediatamente. El combinado era dulce, suave y efervescente, completamente opuesto a las emociones que se arremolinaban en su interior.

¿Así que Ethan el policía es un extraño? –le preguntó él después de tomar un sorbo.

En silencio, porque no estaba segura de ser capaz de decir nada, asintió.

–¿Crees que soy un hombre diferente del que tú te enamoraste?

Ella volvió a asentir en silencio, y él sonrió.

–Entonces, ¿admites estar enamorada de mí?

Una forma muy hábil de llegar a dónde él quería llegar.

–Admito haberme enamorado de un hombre llamado Ethan Zorn – confesó–. Pero no eres tú. No puedo querer a un extraño.

Su sonrisa pareció vacilar, pero contraatacó bien.

–Entonces supongo que tendremos que darnos tiempo para conocernos mejor –dijo, y antes de que ella pudiese objetar algo, le ofreció la mano que tenía libre–. Ethan Zorn.

Varón caucásico de treinta y cuatro años. Capricornio. Nacido en Filadelfia, Pennsylvania.

Graduado en Eisenhower High School y la Universidad Estatal de Penn. Mis padres murieron cuando yo tenía catorce años y me criaron mis dos hermanos mayores, que todavía viven en el sur de Filadelfia. He pasado las enfermedades infantiles normales, y me dieron tres puntos en la barbilla cuando tenía dos años. Mi color favorito es el azul. Me encanta la comida italiana, conducir deprisa y pasar los fines de semana en la costa.

Como Angie se negara a estrecharle la mano, su sonrisa se decoloró un poco más y dejó caer la mano, pero no apartó la mirada de ella.

–Ah, y trabajo para la DEA –continuó–. He venido a Endicott para investigar ciertos hechos sospechosos relacionados con Ellison Pharmaceuticals. Lo siento, pero no puedo entrar en detalles. ¿Y tu nombre es...?

Lo que ella debía hacer era olvidarse de todo, hacer las maletas y marcharse, tanto si era verdad como si no que su seguridad estaba amenazada.

–Angie Ellison –se oyó decir casi sin saber cómo–. Mi padre es el propietario de Ellison Pharmaceuticals.

Ethan sonrió, y por un momento Angie creyó reconocer algo del hombre del que se había enamorado.

«No es él», se dijo. «Este hombre es un extraño. Un mentiroso. Un manipulador».

–Encantado de conocerte, Angie.

Era la primera vez que la llamaba por su nombre, en lugar de por el apodo que había inventado para ella, y extrañamente, la desilusionó. No es que lo de *Ángel* le gustase demasiado, pero el que la llamase Angie recalcaba el hecho de que no era el mismo hombre.

¿Y de verdad era eso tan terrible?

«Sí que lo es», se contestó, «porque significa que te ha estado mintiendo, que te ha estado utilizando desde que te conoció».

También quería decir que no era uno de los malos.

«Pero es que eso de *buenos y malos* es muy relativo», No necesariamente. No en aquel caso.

–Bueno, Angie –dijo tras otro sorbo–, hálame un poco de ti.

Ella suspiró.

–¿Qué quieres que te cuente?

–¿Has vivido siempre en Endicott?

–Sí; he nacido y he crecido aquí –contestó.

–Yo crecí en Filadelfia –le dijo–. En el sur. Un barrio estupendo. Te encantaría.

Ella se encogió de hombros.

–También me gusta vivir aquí –dijo, sorprendiéndose a sí misma con aquella afirmación.

Todos aquellos años, había maldecido a Endicott por ser tan aburrida. Todos aquellos años sólo había deseado que algo excitante ocurriese, y ahora que había probado esa excitación, había encontrado también y al mismo tiempo el encanto de una ciudad aburrida.

–Eso está bien –concedió Ethan cuando ella no dijo nada más–. Admito que tenéis una comunidad muy agradable aquí, aparte del problema de la mafia. Pero estamos trabajando en ello. De todas formas, supongo que éste no sería un mal lugar en el que establecerse y fundar una familia. Esa clase de cosas. Una vez nos hayamos deshecho de la mafia, claro.

Poco a poco, Angie sintió que el resentimiento se iba evaporando.

–Tú... ¿estás seguro de poder solucionarlo?

–Sí, puedes apostar a que sí.

–Y, una vez lo hayas hecho, supongo que te marcharás, que volverás a Filadelfia.

Él se la quedó mirando un momento y después negó con la cabeza.

–No necesariamente.

Algo cálido se abrió paso en su interior, pero ella intentó contenerlo.

–¿Por qué ibas a querer quedarte en un sitio como éste?

Él se encogió de hombros.

–¿Por qué te quedas tú?

–Porque yo vivo aquí. Es donde he nacido y donde he crecido. Mi familia está aquí, y Endicott es mi hogar. Es donde debo estar.

–Puede que yo también deba quedarme aquí.

Angie se quedó pensándolo. Ethan en Endicott. Como miembro de la comunidad en lugar de cómo amenaza. Un concepto interesante... Sinceramente no podía recordar la última vez que alguien se había venido a vivir a Endicott. Era un lugar agradable, sí, pero no una meca de oportunidades.

Pero todo eso no importaba. Lo que Ethan hiciera o dejase de hacer no tenía importancia, porque no era el hombre que ella había creído que era. No era el hombre de quien se había enamorado, sino un extraño. Un extraño con el que había hecho cosas que jamás haría en circunstancias normales. Un extraño de quien se creía enamorada porque a un cometa se le había antojado gastarle una broma.

Era Bob. Todo era culpa suya. Sus perturbaciones habían distorsionado su percepción y le había hecho enamorarse de Ethan. Y Bob habría desaparecido en un par de días, devolviéndole al cosmos su balance original. Una vez el cometa se hubiese alejado de Endicott, todo volvería a la normalidad, y esa normalidad no incluía a Ethan en ninguna de sus formas.

–No serviría de nada, Ethan –dijo–. No funcionaría.

La expresión esperanzada de su rostro se desvaneció.

–¿Qué quieres decir?

Ella suspiró y se arropó más con la colcha.

–Lo que quiero decir es que nada de todo esto importa. No importa si te quedas en Endicott o si te vas. No importa si eres Ethan el gángster o Ethan el policía. No importa si eres un mentiroso o si no lo eres.

–Angie, ya te he dicho que no soy un mentiroso. Simplemente no podía revelarte mi verdadera identidad... podría habernos costado la vida a ambos. Si tienes un poco más de paciencia, dentro de unos días...

–Dentro de unos días Bob se habrá ido de Endicott y ya no estaremos bajo su influencia.

Dejaremos de sentir lo que hemos estado sintiendo. Ya no te querré... seas quien seas. Y

tú... –la voz se le rompió en un triste sollozo–. Tú ya no me querrás, si es que alguna vez me has querido de verdad, que lo dudo.

–Angie... Ángel, yo sólo soy uno, y te quiero. Eso es lo que he estado intentando decirte.

Creo que te he querido desde el momento en que te encontré en mi casa, y nada podrá nunca cambiar eso. No tiene nada que ver con el cometa –le aseguró con una sonrisa triste–.

Te quiero, y haré lo que tenga que hacer para asegurarme que no nos ocurra nada. Eso es todo.

Ojalá pudiera creerle. Con todo su corazón deseaba poder confiar en lo que acababa de decirle, pero había tantos factores interfiniendo en aquello... se habían conocido en el peor de los momentos, bajo las peores condiciones posibles. Por un lado estaba el trabajo encubierto de Éthan y su investigación a medio resolver, una amenaza a su

seguridad que podía o no ser real. Había falsedades, subterfugios, ofuscaciones. Había tanto sin decidir y desconocido.

Y, por supuesto, estaba Bob. Una variable incontrolable como ninguna otra.

–Ethan, ¿cómo puedes estar seguro de algo en esta situación? –le preguntó–. Hay tanta confusión e incertidumbre en este momento que casi ni sé mi nombre: mucho menos tus intenciones.

Él se echó a reír con cierta ansiedad.

–Yo sé que te quiero –dijo–, y sé que nada podrá nunca cambiarlo. Y con eso, me basta.

–Pues para mí no es suficiente –contestó en voz baja–. Lo siento, pero no puedo estar tan segura como tú. Para mí, es demasiado. Muchas cosas han ido mal para poder enderezarlas ahora.

Dio un paso hacia ella, y aunque su instinto le decía que debía huir, Angie se quedó firme donde estaba. Pero cuando él apoyó la palma de su mano en la mejilla, se sintió perdida.

–Como te he dicho antes –susurró él–, tenemos treinta horas que pasar en esta habitación. Treinta horas para aclarar todo esto –tiró suavemente de ella hasta poder apoyar la frente en la suya–. Treinta horas para poder convencerte de una vez por todas de quién soy y de lo que siento por ti.

–No es suficiente –dijo con tristeza–. Treinta años no bastaría, y mucho menos treinta horas.

Él asintió.

–Treinta horas será más que suficiente, si me dejas que te lo demuestre.

Antes de que pudiera contestarle, Ethan la besó, y aquella vez no se pareció a ninguna otra. Desaparecidas estaban la pasión y el deseo incontrolable, la desesperación y la necesidad, dejando en su lugar un ruego y mucha ternura, una petición y una promesa.

–No, Ethan –susurró al apartarse, y cuando él fue a besarla de nuevo, ella cubrió su boca con la mano–. No, por favor. No puedo. Es que... no puedo.

Ethan se apartó de ella con las manos en las caderas y a cabeza hundida en señal de derrota.

–No puedes salir de la habitación –le dijo en voz baja–. Ninguno de los dos puede salir.

No estaría bien. Dormiré en el sofá si es necesario, y tú puedes usar la cama, pero durante las próximas treinta horas, Angie, tenemos que permanecer juntos.

Tras la capitulación y el anuncio, entró en el baño, y el sonido del agua al caer le confirmó todo lo que necesitaba saber. Se estaba

lavando las manos de ella. Literal y figurativamente, y que el hecho de saberlo no la tranquilizase le pareció inexplicable.

Tomó un sorbo del combinado e hizo una mueca al darse cuenta de que el champán se había quedado sin burbujas. Entonces se pasó una mano por el pelo y abrió su maleta aún sin deshacer para sacar algo de ropa.

Treinta horas atrapado con Angie iban a ser una dura prueba. Poco después de que el sol apareciera en el horizonte, el teléfono de la mesilla sonó, puntuando con su urgencia una situación ya tensa. Ethan lo dejó sonar cuatro veces antes de descolgar.

—Zorn.

Al otro lado de la habitación, Angie estaba sentada en el sofá de espaldas a él, con la mirada puesta en una novela que había tenido la previsión de meter en la maleta. Estaba allí cuando salió del baño tras la ducha, y había vuelto a esa posición inmediatamente después de completar su aseo. Ni había vuelto a hablar, ni a mirarlo, y estaba empezando a preguntarse si se habría quedado dormida sentada. Pero cuando volvió la cabeza hacia él, con la clara intención de escuchar su conversación, se dio cuenta de que estaba más interesada en lo que ocurría a su alrededor de lo que dejaba entrever.

—Bueno, Romeo, ¿piensas salir de esa habitación, o vamos a tener que entrar a sacarte?

Venturi. Mejor que Palmieri, pero seguía siendo un gusano, a pesar de que trabajase también para la DEA

—Estoy ocupado, Vic —le dijo.

—Sí, yo también lo estaría si tuviera una mujer como la tuya —una risa seca viajó por la línea—. A veces este trabajo no es tan malo, ¿verdad?

—¿Qué quieres, Venturi? Creía que iba a poder disfrutar de mi luna de miel sin saber de vosotros.

El otro se echó a reír otra vez.

—Tenemos que irnos más pronto de lo previsto.

Ethan sintió una repentina tensión en el estómago, y se volvió a Angie.

—¿Cuándo?

—Dentro de cuarenta y cinco minutos.

—¿Cuarenta y cinco minutos? ¿Cómo demonios ha sucedido eso? Se suponía que era dentro de tres días.

—Leo se ha puesto nervioso. Con tantos chicos en la ciudad para tu boda, deberíamos habernos imaginado que algo así iba a ocurrir. Tienes que estar en Ellison Pharmaceuticals dentro de media hora. El resto sigue el plan previsto. Feliz luna de miel.

Y la línea quedó interrumpida. Estupendo. Genial. Miró su reloj y después a Angie. Al menos ella estaría a salvo. Y quizás ahora que la investigación estaba a punto de concluir, los dos podrían concentrarse en cosas más importantes.

Como por ejemplo, pasar el resto de su vida juntos.

—Angie —la llamó con suavidad.

Casi se esperaba que no le hiciera caso, que siguiese con la atención puesta en el libro que fingía leer, pero se dio la vuelta en el sofá para mirarlo.

—¿Qué?

Vestida con unas mallas negras, un enorme jersey rojo y calcetines rojos, y con el pelo recogido en una coleta, estaba preciosa. Y lo único que él deseó hacer fue sentarse junto a ella en el sofá y mostrarle otra vez lo mucho que la quería. Pero desgraciadamente tenía trabajo que hacer, así que sacó del armario uno de sus habituales trajes oscuros y fue abrochándose los botones de la camisa mientras hablaba.

—Tengo que salir —fue lo único que le dijo.

Ella no pareció sorprenderse, pero sí preocuparse.

—Habías dicho que teníamos treinta horas.

Ethan se encogió de hombros.

—Me equivoqué.

—¿Qué ha pasado?

—No puedo entrar en detalles, pero mis contactos me han dicho que tenemos que adelantar un poco el plan previsto. Dentro de unas horas, todo habrá terminado.

Su preocupación pareció crecer con aquel comentario.

—¿Qué es *todo*?

Ethan sonrió, intentando calmarla y empezó a quitarse lo vaqueros.

—La investigación.

Ella asintió, pero parecía más interesada en verle desvestirse que en lo que tuviera que decirle.

—¿Volverás al hotel? —le preguntó y su voz sonó algo desigual.

Él contestó que no con la cabeza y se deshizo de los vaqueros.

—Voy a tener que estar fuera un tiempo. Después, tendré que ocuparme del papeleo, así que tardaré en terminar,

—¿Vas a... —suspiró—. Ethan, ¿tendrás cuidado?

Él sacó, una corbata del armario y se subió el cuello de la camisa, sonriendo ante la preocupación de su voz. Así que todavía tenían una posibilidad. Aún quedaba esperanza de que se diera cuenta de que ninguno podía luchar contra lo que les estaba ocurriendo; que, con cometa o sin él, sus destinos estaban unidos irrevocable e

indefinidamente.

–No te preocupes por mí, Ángel –le aseguró–. He invertido mucho en esto.

–Lo sé. Seis meses de trabajo.

–No sólo eso. Mucho más. Volveré, no te preocupes.

Ella no contestó, limitándose a mirarlo y a estudiar su rostro como si quisiera grabárselo en la memoria.

–Quédate en el hotel hasta que yo me ponga en contacto contigo –le dijo cuando terminó de vestirse.

–¿Es que hay peligro? ¿Y mi familia?

–No –contestó, confiando en que fuese cierto–. Todo va bien, pero me sentiría mucho mejor sabiendo dónde estás. Tú espera aquí a que yo te llame y te diga que puedes marcharte a casa, ¿de acuerdo?

Ella asintió.

–Está bien.

–Y Ángel...

–¿Sí?

–Recuerda que te quiero.

Antes de que ella pudiera contestar la besó en la boca, y tras acariciar su mejilla por última vez y clavar la mirada en sus ojos, se apartó de ella, salió de la habitación y acudió al encuentro de un hombre.

Capítulo Doce

Ethan llamó al hotel cuando habían transcurrido ya algo más de cinco horas de su marcha. Cuando Angie contestó al teléfono, sus palabras y su voz fueron frías y distantes.

Sí, todo iba según lo previsto. Sí, los tipos que querían detener estaban ya encerrados. Sí, su familia y la compañía de su padre estaban a salvo. Sí, él también estaba bien. Sí, ya podía volverse a casa.

Y no, no podría verla antes de marcharse a Filadelfia porque tenía que volver inmediatamente a aclarar algunos aspectos del caso, pero la llamaría en cuanto pudiera porque los dos tenían mucho que hablar.

Por qué pensar que se marchaba le dolía tanto que era algo que Angie no se podía explicar. No es que quisiera haberle visto antes de que se marchara, porque eso sólo habría servido para empeorar las cosas. No, lo mejor era empezar de cero. No tenía sentido retrasar lo inevitable, que era que cada uno siguiera su camino.

¿Qué otra cosa podían hacer?, se preguntaba mientras entraba en su apartamento el domingo por la noche. Incluso si las verdaderas razones de Ethan para marcharse no tenían que ver con el trabajo, hubiera tenido que marcharse, porque el destino era así.

Bob le había concedido un deseo, y ahora que el cometa se había marchado, se llevaba su excitación con él.

Debería sentirse aliviada de que las cosas volviesen por fin a la normalidad. ¿Por qué entonces se sentía tan vacía y sola?

—Debe ser como una especie de resaca del paso del cometa —murmuró mientras cerraba la puerta de su apartamento. Nada que un par de aspirinas no pudiesen arreglar.

El lunes, Angie les dijo a sus padres que Ethan había tenido que marcharse por cuestiones de trabajo. Prefería dejar el anuncio de su inminente divorcio para cuando se encontrase más fuerte. Ethan no llamó.

El martes, se despertó con retortijones en el estómago y con la extraña tristeza de saber que su relación con Ethan no había concluido en embarazo, a pesar de saber que aquellos días no eran los de fertilidad. A pesar del hecho de que lo último que deseaba era ser madre soltera. A pesar del hecho de estar segura que su amor por Ethan era sólo temporal.

Entonces, ¿dónde estaba el problema?

El miércoles, llamó a información de Filadelfia y pidió el número de Ethan Zorn, pero una voz metálica le contestó que ese número no estaba disponible. De todas formas no importaba. Se dijo, porque sería

absurdo hablar con él. Bob se había marchado y pronto lo haría también el cariño que sentía por Ethan. Después, se calentó una pizza para cenar en el microondas y terminó por dejarla sin tocar en el plato.

El jueves, se pasó por el alquiler de vídeos y se llevó a casa *Caramarcada* y *Algo para recordar*. Luego, se quedó despierta hasta las tres de la mañana esperando que sonase el teléfono, pero no sonó. Debía tener un poco más de paciencia. Bob estaría oficialmente fuera de Endicott al día siguiente.

El viernes, tras asistir a una comida en celebración del compromiso de una amiga, Angie volvió a casa, se metió en la cama con la manta eléctrica y una taza de té y lloró. Según todos los astrónomos, Bob había desaparecido ya, pero ella seguía estando enamorada de Ethan. Un amor que no había disminuido ni en forma ni en intensidad desde la partida de Bob. Un amor que se había instalado en lo más profundo de su alma. Un amor que jamás desaparecería, independientemente de dónde estuviesen Bob o Ethan.

El sábado al despertar, decidió que iba a quedarse en la cama el resto de su vida. ¿Qué sentido tenía levantarse, cuando una no es más que una idiota incapaz de ver lo más evidente, cuando se es una imbécil que piensa que algo tan poderoso como el amor puede sufrir la influencia de un cometa, cuando se está tan ciega como para dejar escapar al hombre más maravilloso que se ha conocido?

Claro que Ethan se habría ido de todas formas, porque aunque ella no había padecido la influencia de Bob sobre sus sentimientos, era evidente que él sí. De otro modo, ya la habría llamado.

Así que ignoró la risa de los niños y los cantos de los pájaros, se dio la vuelta y se tapó hasta la cabeza. Si lo intentaba con ahínco, podría compadecerse lo suficiente como para tener una excusa y desayunar helado de vainilla. Y teniendo los ojos tan hinchados de llorar como los tenía, y la garganta tan destrozada, no iba a ser demasiado difícil.

Pero de pronto, alguien tiró de las sábanas, dejándola expuesta a la luz del día. Asustada, Angie se dio la vuelta, y al quitarse el pelo de la cara, se encontró con los ojos castaños más preciosos que había visto en toda su vida.

–Hola, Ángel –la saludó Ethan con una alegre sonrisa.– ¿Qué tal?

Angie se incorporó y se frotó los ojos. Cuando apartó las manos y volvió a abrirlos, Ethan seguía estando allí. Le recorrió con la mirada hambrienta, reparando en los viejos vaqueros que moldeaban sus piernas, en el amplio jersey color crema que no podía ocultar la anchura de sus hombros ni su vientre plano, el cabello oscuro

despeinado por el viento del otoño.

–¿Ethan? –le preguntó con inseguridad.

Él abrió los brazos de par en par.

–El mismo que viste y calza.

–¿Qué... qué estás haciendo aquí?

Ethan apoyó las manos sobre la cama, una a cada lado de Angie.

–Eso es algo de lo que tenemos que hablar. Por cierto, que aunque la mafia ya no ronde por aquí, no deberías dejar la puerta abierta.

–Pero si en Endicott nunca pasa nada.

Él se echó a reír.

–Eso es cuestión de opiniones –replicó, inclinándose hacia delante hasta que su frente casi rozó la de ella– La última vez que estuve aquí, me enamoré y me casé. Yo no llamaría a eso *nada*.

Algo cálido y burbujeante saltó en su interior, y entonces recordó que estaba en camisón, en la cama, echando de menos a Ethan. Pero, bien pensado, no era mala situación.

Con una mano, acarició la mejilla de Ethan y suspiró.

–Ethan... ¿estás seguro? ¿Todavía me quieres?

–Qué pregunta más tonta, Ángel. Por supuesto que te quiero.

–Pero Bob ya se ha marchado –le recordó, preguntándose por qué se empeñaba en discutir cuando él ya le había dicho lo que tanto deseaba oír–. Y no me has llamado en todos estos días. Pensé que...

–Puede que el cometa se haya ido, pero mi amor por ti sigue estando aquí, y te aseguro que no va a marcharse a ninguna parte. Es algo que no puedes atribuirle a Bob. No te he llamado porque quería darte tiempo para que te dieras cuenta de que tú también me quieres a mí, con cometa o sin él –su sonrisa flaqueó un poco–. Porque tú todavía me quieres,

¿verdad?

–Ethan... –suspiró, poniendo también la otra mano en su mejilla–. Por supuesto que te quiero.

–Ya era hora de que te convencieras –replicó, sonriendo–. ¿Estás segura de que no vas a intentar echarle la culpa a Bob?

Angie se rió.

–No. Lo que siento por ti viene del corazón. De *mi* corazón.

Ethan asintió.

–Bien. Hay... hay una cosa que debes saber.

Ella enredó los dedos en su pelo y tiró de él.

–¿Mm? ¿Qué es?

–¿Te acuerdas de la boda de la semana pasada?

–¿Cómo iba a olvidarla?

Ethan se dejó convencer y se sentó a su lado en la cama.

–Es que... esa boda fue... legal.

Angie se quedó inmóvil.

–¿Qué?

Ethan asintió.

–Legal. Y... efectiva. Es decir, que somos marido y mujer ante la ley. Y ahora que lo pienso... bíblicamente, también lo somos –la miró a los ojos–. ¿Qué te parece? Gracioso,

¿no?

–Pero ¿no habías dicho que tu amigo había sido sacerdote, pero que ya no lo era?

Ethan asintió con algo de ansiedad.

–Sí, verás... eso es lo que yo creía. Y efectivamente no puede celebrar bodas... en el estado de Pennsylvania, porque su licencia fue revocada allí, pero parece ser que en otros estados está perfectamente autorizado para hacerlo. Qué gracia ¿verdad?

Angie estuvo en silencio un instante, mirándolo a los ojos.

–Ha sido un poco raro –continuó Ethan con el entusiasmo un poco aguado–. Ha habido un problema de comunicación. Él pensó que yo quería casarme de verdad, y como ninguno de los dos nos hemos molestado en confirmarlo ni... bueno, pues que fue una confusión.

Angie seguía sin saber qué decir.

–Pero tampoco es tan grave, ¿no? –continuó él–, porque ya sabes que nos olvidamos de usar... protección la noche de bodas, o sea, que si te quedaras por casualidad embarazada, el pequeño sería perfectamente legal, ¿sabes?

Como ella siguió sin hablar, Ethan bajó la mirada al colchón, donde su mano parecía estar entretenida en estirar una arruga de la sábana.

–Yo... eh... yo pensé que te alegraría saberlo –dijo en voz baja–. Teniendo en cuenta que puedes estar embarazada... y que nos queremos y todo eso.

–No estoy embarazada –le dijo, preocupada de pronto por cuál sería su respuesta al saberlo. ¿Habría vuelto a Endicott sólo porque pensaba que podía estarlo?

Le sorprendió encontrar en su mirada, cuando se decidió a mirarla, desilusión, tristeza incluso. Y de pronto, algo que había estado reteniendo en su interior, salió a la superficie.

Lo que había sido un pozo de soledad se llenó de pronto de calor y promesas. Y descubrió que su amor por él había crecido.

–Pero nadie dice que no podamos volver a intentarlo –sugirió con una sonrisa.

La tensión y la incertidumbre que había entre ellos se

desintegraron en el aire como el vapor. Ethan la abrazó.

–¿Quieres decir que no vas a pedir el divorcio? –le preguntó tras besarla.

–¿Divorcio? ¡Pero si no pienso soltarte jamás!

Y antes de que Ethan pudiese decir nada, fue ella quien tiró de él hasta conseguir tumbarlo en el colchón.

–¿Sabes una cosa? Que aún me debes treinta horas de luna de miel. Me lo prometiste, y no querrás parecer un mentiroso, ¿no?

Él sonrió, al tiempo que rodeaba su cintura con los brazos.

–En lo que a mí concierne, Ángel, esta luna de miel no tiene que terminar nunca.

–Estoy completamente de acuerdo. Entonces, ¿estamos casados de verdad? –le preguntó.

Él asintió.

–De verdad.

–¿Y no vas a volver a dejarme?

–Nunca.

–¿Te vas a quedar en Endicott?

Él sonrió y le apartó el pelo de la cara.

–Sí, voy a quedarme. Espero que no te importe tener un marido en el paro durante un tiempo. No hay mucha demanda de lo que yo hago aquí.

–Eso es cierto.

–Pero por otro lado, no estoy seguro de querer seguir dedicándome a lo mismo.

–¿Por qué no?

Ethan la miró a los ojos y su sonrisa se volvió algo triste.

–Pues porque estoy cansado de trabajar encubierto. De tener que vivir esa vida casi constantemente –suspiró–. A veces empiezas a sentirte como ellos, y llegas a preguntarte si no lo serás de verdad.

–Tú nunca lo has sido, Ethan.

Él asintió y la besó en la mejilla.

–Sí, he sido salvado por un ángel, pero es una pena que ese ángel vaya a tenernos que dar de comer a los dos durante un tiempo.

Angie se quedó pensativa un instante.

–Ethan, estoy pensando... dices que te graduaste en la universidad de Penn, ¿no?

Ethan había bajado las manos hasta sus rodillas e iba subiendo su camisón lentamente.

–Sí –corroboró.

–¿En qué?

–Como agente de policía. Pero mi especialidad es la química –

añadió, pero estaba distraído—. Ésa es la razón de que me asignaran este caso. ¿Por qué?

Sus manos habían seguido ascendiendo y llegaron a sus nalgas, y Angie encontró la entrada bajo su jersey.

—Estaba pensando... —empezó, levantándose para dejarle el torso desnudo.

—Sí, yo también he estado pensando —contestó él, subiendo más su camisón, hasta dejar la espalda desnuda—. No te creerías en lo que he estado pensando.

Angie se echó a reír.

—Quítate esto —le dijo, tirando del jersey.

Él se echó a reír.

—Sí señora.

—Lo que deberías hacer es quitártelo todo y después te hablaré de mi plan.

—Mm, Ángel, me encanta cuando dices guarrerías.

E inmediatamente se levantó de la cama y se quitó el jersey. Ella hizo lo mismo con el camisón mientras él se ocupaba de los vaqueros.

—Eso más tarde —le dijo cuando volvía a sentarse en la cama.

Ethan estaba desatándose las botas y se volvió para mirarla.

—¿Cuánto más? —le preguntó.

Ella se tumbó de lado, completamente desnuda, la cabeza apoyada en el brazo.

—Quiero hablarte de mi padre.

—¿Ahora?

—Necesita a alguien como tú.

Ethan se incorporó, las botas aún puestas y los vaqueros a la altura de las pantorrillas.

—Ángel, yo esperaba que fueses *tú* quien me necesitase.

—Y te necesito —le aseguró con el fuego del deseo hirviéndole ya en las venas—. Pero mi padre debería haberse retirado hace años, y yo creo que si tiene a alguien como tú trabajando en la compañía, al menos podría trabajar sólo media jornada —e imitando su acento de Pennsylvania, añadió—: entiendes lo que quiero decir, ¿no?

Él sonrió, terminó rápidamente de quitarse los vaqueros y las botas, y se metió en la cama a su lado.

—Hablaré con él el lunes por la mañana, porque, en este momento, tengo una luna de miel que disfrutar.

Y cuando Angie abrió los brazos para recibirlo, se le ocurrió pensar que quizás Bob les hubiese puesto juntos, pero era el amor quien los mantendría así. Para lo bueno y para lo malo. En la riqueza y en la pobreza. En la salud y en la enfermedad. Hasta que la muerte los

separase.

Y eso sí que era un deseo hecho realidad.